



LA DESAPARICIÓN DE

# PILAR BRACKENBURY

RAFAEL SALCEDO

# **LA DESAPARICIÓN DE PILAR BRACKENBURY**

Una obra original de

**Rafael Salcedo Ramírez**

© RAFAEL SALCEDO RAMÍREZ. Todos los derechos reservados. Queda terminantemente prohibido copiar, reproducir, difundir, publicar o modificar cualquier parte de esta obra sin previo consentimiento expreso y escrito del autor.

© RAFAEL ALEJANDRO SALCEDO GARROTE. Todos los derechos reservados. Queda terminantemente prohibido copiar, reproducir, difundir, publicar o modificar cualquier parte de la imagen de la portada de esta obra sin previo consentimiento expreso y escrito del autor.

© ENRIQUE MESEGUER. Todos los derechos reservados. Queda terminantemente prohibido copiar, reproducir, difundir, publicar o modificar cualquier parte de la fotografía de la portada de esta obra sin previo consentimiento expreso y escrito del autor.

“Muchas veces he pensado si el mal no está puesto en el universo como un tema de trabajo y un incentivo a nuestra curiosidad”.

**Santiago Ramón y Cajal**

“Y si acaso no supieras  
dónde me hallarás a Mí,  
no andes de aquí para allí,  
sino, si hallarme quisieres,  
a Mí buscarme has en tí”.

**Teresa de Jesús**

## CAPÍTULO I

Madrid. Agosto de 1980. Rodrigo Pascual —veinte y siete años recién cumplidos, barbilampiño, pelo azabache, ojos de tono violáceo, porte atlético, metro y setenta y nueve centímetros— estaba con un terrible humor de perros en el inicio de jornada tras el paréntesis feriado, propiciado por la celebración en todo el solar patrio de la fiesta del estío por antonomasia como era la “Virgen de agosto”; la cual se le antojaba no tanto calurosa como desagradablemente húmeda, lo que hacía que a esa hora temprana del día ya llevara empapada la camisa en toda la extensión de su espalda. Sin embargo, su estado de ánimo poco tenía que ver con las inclemencias meteorológicas y sí con su situación personal lindante con la pura catástrofe.

Y ese estado calamitoso no guardaba relación alguna con un severo pedrisco, ni aguaceros repentinos, ni siquiera una tormenta eléctrica con rayos devastadores, sino más bien la ignominiosa ruina económica tras un par de años de aventura empresarial, en los que sólo había logrado una amplia colección de facturas junto a un manojo de letras de cambio impagadas, amén de un préstamo bancario con el que soñaba cada noche tal si resultase una losa sobre toda su anatomía.

Rodrigo, como de costumbre, tropezó con el bordillo del vetusto ascensor —de manera torpe inducida por las preocupaciones financieras en las que reinaba obsesivo en su cabeza— el cual había tenido mejores días cuando se instaló en el edificio mientras la Segunda Guerra Mundial en pleno 1945 tocaba a su fin y en el que más de una vez había quedado encerrado y presa del pánico en sitio tan reducido y, para colmo, oliendo a cable quemado.

Ese mismo tropezón le hizo regresar a la realidad y dejarse de vanos cálculos para salir airoso de sus apuros económicos y él mismo puso una mueca, cercana al maleducado desdén, al ver su propio nombre rotulado en la puerta de acceso a la oficina que ocupaba, rezando “Rodrigo Pascual. Investigador Privado”. Se detuvo, se rascó la coronilla y tuvo que aguantarse las ganas de dar un puñetazo a esas letras que tantos disgustos le habían dado, pasando por su mente los dos años largos en los que, cortada de raíz la cadena que le ataba al funcionariado policial, había permanecido como detective privado alicaído tanto por la desesperanza causada por los trabajos recibidos como por la desilusión que había supuesto encontrar en esa actividad todo lo contrario a sus sueños, para los que apostó fuerte renunciando a unos ingresos fijos que, si bien no excesivos, sí lo eran para mantener un digno ritmo de vida y no como en esos días en los que apenas contaba para el simple sustento.

Rodrigo, superada la ira del momento, abrió la puerta y penetró en aquello que él mismo se resistía a reconocer como una oficina y, por el contrario, tildaba de garito decorado con muebles desvencijados, sillas con grietas en las patas, una mesa carcomida que apestaba literalmente y en la que ni siquiera confiaba en guardar documentos sensibles por si acaso alguna mañana aparecían llenos de excrementos a saber de qué tipo de bicho rastrero o, incluso, roedor que morase en las entrañas de la madera putrefacta.

El joven detective ni siquiera en esos momentos de desánimo profundo —más en las fechas en las que se encontraba con un Madrid casi post apocalíptico sin coches, sin gentes, también sin negocio— tuvo la peregrina idea de acudir a por el auxilio de sus padres. Y no porque no pudiesen echarle una mano, al menos para cubrir el llenado del frigorífico con telarañas que

poseía en el piso de alquiler en Vallecas, donde compartía sus días y también, de manera lastimosa, algunas de las noches de borrachera de vecinos amigos de lo ajeno, quienes dedicaban su tiempo libre a limpiar, y bien, los bolsillos de los panolis y “primos” que acechaban en el centro capitalino.

La razón de ese rechazo a claudicar de su aventura personal no era otra que la oposición recibida de su propio padre, veterano del Cuerpo de Policía felizmente retirado, para quien había resultado poco menos que una ofensa que su vástago traicionara su juramento, devolviendo la placa sin más excusas que, a su entender, su locura de juventud y también las maneras de niño mal criado por su madre y también esposa a la que reprochaba —siempre que podía— no le hubiese apoyado en tamaña afrenta al Cuerpo del que se sentía orgulloso de haber pertenecido.

Rodrigo, componiendo la mesa y en particular apilando las facturas y requerimientos bancarios, pensó que sólo le falta volver con el rabo entre las piernas hasta su padre y pedirle ayuda para continuar en su empeño por hacerse un hueco en la investigación al margen de la policía.

Y es que de ninguna de las maneras, pensó para sí, y mucho menos cuando tendría que confesarles a ambos progenitores cómo Lorena, su novia de toda la vida, le había mandado a paseo hacía escasas dos semanas en una despedida donde casi recibió un puntapié en el trasero al salir de casa de sus padres, mientras éstos le dedicaban una mirada con más reproche que la de su hija y ya ex novia, quien había conocido a un teniente de Caballería con más futuro que él y también poseedor de una cuenta corriente con muchos ceros.

¿Qué podía pasarle más? Se decía a sí mismo mientras observaba cómo el suelo churretoso de la oficina precisaba no sólo un buen barrido sino también un fregado a fondo con un potente desinfectante, amén de un rascado puesto que atisbó al lado de la puerta incluso un chicle pegado al enlosado como una isla donde hubiesen arraigado pelos, pelusas y sabe Dios qué clase de porquerías varias.

Y es que se encontraba ya en el umbral de la indigencia más paupérrima, en la práctica desahuciado a tenor de los requerimientos del casero para que le pagase los tres meses que ya le debía y, por su parte, el tendero del barrio poniéndole la cara colorada al decirle en público que no le fiaría más ni siquiera un triste cuarto de jamón de york, con el cual aliviar el hambre del estómago que evidenciaba su obligado ayuno con el soniquete perpetuo de las tripas sin nada en lo que entretenerse.

En estos pensamientos tan negativos, Rodrigo abrió el primer cajón de la mesa y pegó un respingo al salir disparado un pequeño ratón que fue a estamparse contra la pared que tenía a sus espaldas, manteniendo entre sus dos larguísimos incisivos un trozo de galleta procedente de la única ración vespertina de aquél durante el día anterior; conseguida por el joven gracias a la oferta publicitaria encontrada en el buzón del edificio hacía ya un par de días, la cual no dudó ni siquiera un instante en canjear acudiendo veloz al supermercado más cercano.

Tras el sobresalto y apiadado de que el susodicho roedor sólo pretendiera zamparse el desayuno, Rodrigo le proveyó de más restos galletáceos que aún quedaban dentro del cajón, lo que aquél refugiado en un rincón agradeció royendo con fruición y confiado a su benefactor inesperado que le observaba hasta feliz de su acción tan caritativa aunque, nada más aproximarse éste más, el ratoncillo tomó su vitualla y salió a toda velocidad hasta algún escondrijo en los bajos del sofá de muelles a punto de saltar y llegar hasta el mismo techo, quedándose allí sin temor a que le molestase el joven investigador, quien regresó a su mesa al escuchar cómo sonaba el teléfono.

—*Pascual Investigaciones, dígame —soltó aquello Rodrigo con voz ceremoniosa después de*

*dejar que el timbre sonara tres veces, enderezando su espalda y habiéndose antes aclarado a conciencia la garganta para llevar su tono al más grave posible.*

*—¿Ahora respondes en plan cursi con eso de Pascual Investigaciones? ¡Pues menos gilipolleces y más liquidar las deudas a los acreedores! ¿Te enteras? ¡Y ten por seguro, caradura, que no voy a parar hasta que me pagues lo que me debes! —escuchó Rodrigo la voz al otro lado del auricular, por supuesto reconocida y también temida por cuanto sabía de sobras qué motivaba la llamada y de qué manera le había pillado con la guardia baja para zafarse de esa casi persecución a la que era sometido.*

*—Espera, Andrés, no te pongas así, hombre. Dame un poco de tiempo para conseguir el dinero.*

*—Eso me dijiste hace tres semanas y aún estoy esperando.*

*—Andrés ¿Alguna vez te he fallado? Sabes que siempre te liquido.*

*—Sí, claro, me liquidas al año siguiente ¡Ni una más! ¿Te enteras? Así que quiero mi dinero ya ¡O sea, ya! Porque si no te denunciaré y nos veremos en los tribunales.*

*—Pero, chico ¡Andrés, vamos, hombre! ¡Que somos amigos hace años y...!*

*—Nada de amigos, Rodrigo, porque esto sólo son negocios y tienes la malsana costumbre de aprovecharte de los demás y, en especial, de mí. Pero se acabó ¡Quiero mi dinero!*

*—Verás, no quiero mentirte, Andrés, pero confié demasiado en el cliente y cometí el peor de los errores al entregarle las fotos que te encargué sin exigirle el pago previo.*

*—¡Eres un idiota, Rodrigo! Pero a mí eso me la rempanfinfla ¿Te enteras? Allá tú si te has comportado como un vulgar cretino ¡Pero a mí me pagas como sea y ya!*

*—Hombre, déjame unos días. He quedado con el cliente mañana por la tarde y espero me abone el trabajo. En cuanto tenga el dinero, te lo acerco sin falta.*

*—Más te vale. Si mañana no tengo esa cantidad atente a las consecuencias, porque mi abogado me ha asegurado que te embargará hasta las cejas.*

*—Tranquilo, que no hace falta llegar a eso y menos meterte en litigios y...*

*—Yo estoy tranquilo, Rodrigo, pero tú mucho menos cuando recibas la demanda y tengas que buscar abogados, procuradores, cargar con las costas del juicio y no sigo porque te veo mendigando en la Plaza Mayor.*

*—Oye, que mañana tengo el dinero y no digas esas cosas, Andrés, no perdamos la amistad.*

*—Te metes la amistad por donde te quepa, Rodrigo, pero a mí me pagas ese trabajo ¡O te hundo!*

*—No seas tan... —frenó Rodrigo sus palabras, también sus mentiras a sabiendas, ya que su otrora amigo y compañero Andrés había colgado el teléfono de mala manera y, de paso, finiquitado su relación amistosa desde el mismo parvulario en el “Ramiro de Maeztu” madrileño, en cuyas aulas se habían criado juntos. Sin embargo, lo peor era que ni había cliente, ni había dinero, ni había nada que pudiese hacer para evitar la hecatombe de una demanda, por lo que el joven se reclinó en el sillón aunque con sumo cuidado por si terminaba con sus huesos en el suelo, colocó ambas manos en la nuca y contempló a su alrededor aquella mugre que le envolvía, la colección de porquería que pasaba por ser el mobiliario, los cuadros enmohecidos si bien no menos que las mismas paredes con síntomas de deshacerse como un azucarillo en cuanto se les diese un buen golpe y luego cerró los ojos con tal de olvidarse por un instante de aquel momento de zozobra en el que se hallaba; incluso envidiando al pequeño ratoncillo gozoso echándose al colete la comida gratis que le había proporcionado y hasta su suerte porque había dado con un infeliz como él, quien se compadecía de sí mismo e incapaz de aplastarle como un bicho al que exterminar por simple higiene.*



Durante un largo minuto, Rodrigo quedó como traspuesto sumido en un ensueño donde no había pesares y sí inmensos prados verde esmeralda que llegaban hasta la misma orilla de un océano de aguas calmas y cristalinas, donde el sonido de las ariscas gaviotas reidoras rompía la armonía del profundo silencio de la perfección, hundiéndose en la fantasía que, no obstante, hizo desvanecerse de manera brusca el timbre del teléfono de nuevo como heraldo de malas nuevas en su desastrosa vida.

—*Pascual Investigaciones, dígame —habló Rodrigo echando mano de su voz más seria y circunspecta, una vez más con tal de enmascararse a sí mismo.*

—*Oiga, Pascual, ya le digo que no le va a servir el truco de hacerse pasar por otro. Conozco sus formas y también las miles que tiene de librarse de un acreedor —escuchó Rodrigo aquellas palabras lanzadas como dardos y tragó saliva nada más identificar de manera inequívoca la voz del propietario del local que ocupaba, incluida por supuesto la cochambre de éste.*

—*¡Señor Muñoz, encantando de oírle! —soltó Rodrigo aquello con tan poco convencimiento en lo último expresado que hasta él mismo sintió vergüenza.*

—*A la recíproca, eso mismo digo yo, Pascual, después de muchas llamadas y varias veces que he pasado por ahí y no ha tenido la decencia de abrirme.*

—*¡Por Dios, señor Muñoz, nada de eso! Verá, tenga en cuenta que este negocio mío requiere mucho trabajo de campo, ya se hará cargo y...*

—*No me lo hago y sé cómo intenta evitarme desde hace tres meses justos, los cuales son los mismos que ha dejado de abonarme la mensualidad del local. Así que demasiada paciencia he tenido con usted ¿Entendido?*

—*Bueno, señor Muñoz, comprenderá que me quedan por reclamar a diversos clientes los pagos por mis servicios de investigación y...*

—*Vamos a ver, Pascual, a mí me la trae al paio su relación con los clientes morosos. Pero lo que no voy a aguantar un minuto más es tener yo mismo uno de esos en su persona ¿Estamos? ¡Págume de una vez, o a la calle! ¡Hoy mismo!*

—*Bien, señor Muñoz, con sinceridad le digo que me es imposible abonarle el montante de los tres meses y, si acaso y me concede unos días, podré darle una cantidad a cuenta y...*

—*¿Está usted sordo, Pascual? ¡No y no! ¡Págume! ¡Todo y hoy mismo!*

—*¿Qué quiere que le diga? No puedo reunir esa cantidad y, verá usted, tenga en cuenta que es dieciséis de agosto y, bueno, Madrid, las vacaciones, la playa y...*

—*¡Y un cuerno! Arrégleselas como pueda, Pascual, vaya al infierno si es preciso, pero cobre y págueme ¡Ya!*

—*Está bien, de acuerdo. Mire, si no le es molestia, mejor lo dejamos para mañana a primera hora ¿Qué le parece?*

—*Quiero ahora, Pascual. Déjese de maniobras dilatorias.*

—*No podría, señor Muñoz, y usted lo sabe. Pero ya le aseguro que, si viene usted a eso de las nueve y media de mañana, tendrá su dinero contante y sonante.*

—*Sigo sin fiarme de un chisgarabís como usted, Pascual, pero no tengo más remedio que aceptar su ofrecimiento. Mañana en punto y hora estará allí pero, ojito, si no recibo mi dinero le echaré literalmente a patadas yo mismo. Y ya sabe cómo me las gasto. De todas formas, creo que tomaré medidas drásticas para asegurarme de que no es otra de sus arteras maneras de eludir la obligación que ha contraído conmigo y así atarle corto, por si acaso mañana decide irse por los Cerros de Úbeda.*

—*No llegará mi sangre al río, hombre, y no se ponga así. Mejor, si le parece, le invito*

*después a desayunar unas porras con chocolate.*

*—¿Porras dice? Las que voy a darle yo si llego y no veo mi dinero.*

*—Lo tendrá, señor Muñoz, soy hombre de palabra.*

*—Sí, claro, sobre todo eso. En fin, le advierto, Pascual, que vaya comprando un bote bien grande de árnica en la farmacia, por si me la juega mañana y tiene que curarse las heridas de los tropecientos mil mamporros que le daré antes de desahuciarle. Adiós y corra a por mi dinero ¡Ya! —fueron las palabras finales del enojado dueño del local, expresadas con una seguridad, en particular las amenazas físicas, que a Rodrigo le dieron escalofríos sólo de pensar cómo estamparía un derechazo en su nariz aquel tipo no demasiado alto pero sí fornido y con manos de estibador portuario, dispuesto a enviarle ensangrentado al hospital en un santiamén y, para colmo de males, sin que pudiese hacer nada por evitarlo dado que no era amigo de pendencias y menos de solucionar los conflictos de manera violenta.*

De todas formas, lo que más le preocupaba en ese instante era cómo conseguir el dinero, por lo que comenzó a darle vueltas a la cabeza pero sólo concluyó para sí cómo era inútil cuanto se le ocurriese dado que ni tenía clientes nuevos ni, en su caso, éstos estarían dispuestos a pagarle ni un céntimo.

Para agravar la situación, el único disponible a tiro era al que había entregado las fotos de su señora con un socio, desnudos ambos en la cama en pleno intercambio de fluidos corporales, con la mala pata que los honorarios tras el éxito de la investigación había quedado el sujeto, con la generosa cornamenta, en pagárselos sin falta y de eso hacía ya meses sin que le soltara la guita salvadora de su economía y también de la amistad con su amigo Andrés, el fotógrafo.

Por un momento, Rodrigo tuvo un amago de debilidad y, reclinado de nuevo con los ojos cerrados, fantaseó con bajarse del burro, llamar a su padre y dejar que éste le extendiese un immaculado cheque bancario con el cual, en primer término, recuperar la amistad de Andrés y su gran olfato para pillar “in fraganti” a los adúlteros y, en segundo y más benigno para su nariz y demás huesos, apaciguar el ímpetu guerrero del dueño del local para, de esta forma, no tener que pasar la noche del día siguiente escayolado y con un chichón descomunal en su cabeza ingresado en la sala de observación de un hospital.

No obstante, resistió a duras penas la intención de tirar su orgullo por la borda y así mantenerse firme en su empeño, resquebrajado por el infortunio pero incólume en sus principios de triunfo en algo que constituía un reto que superar y, en mayor medida, demostrar su valía como investigador sin que nadie dirigiese sus propias decisiones, sin que cualquier lameculos le dijese qué hacer o qué no hacer, o bien arrogarse su talento para mayor gloria ante sus superiores; cosa que había sufrido en sus propias carnes y no estaba dispuesto a que volviese a suceder por mucho que su padre —quien era un alma cándida a su parecer y de instinto monjil, para él mismo en exceso gregario siendo el extremo opuesto de su carácter que tiraba al materno con más personalidad— le aconsejara una y otra vez plegarse a esos tics de la profesión y permitir que algún merluzo pelota le mandara y, lo peor e inaguantable para él, se apropiara de su perspicacia y sagacidad demostrada de forma inútil ya que había permanecido todo su tiempo de servicio policial en un segundo plano.

De nuevo el teléfono interrumpió su disquisición interior, lo cual se había convertido casi en un debate entre su yo aventurero, ávido como siempre de desafíos, y su yo sedentario, en ese momento cagado de miedo por las deudas y aconsejándole vehemente volver al redil del sesteo burocrático policial, con sus nóminas mensuales, sus extraordinarias de verano y navidad, así como sus vacaciones pagadas.

*—Pascual Investigaciones, dígame —por tercera vez aquella mañana, Rodrigo habló por el*

auricular y en esta oportunidad dejándose de fingimientos y ofreciendo su tono habitual de voz, toda vez que perdidos al río, aunque cruzando los dedos para que al otro lado del hilo telefónico se encontrase algún cliente que aliviara sus penurias y, de paso, le cambiara la expresión de absoluta derrota de su rostro.

—Oiga, Pascual, no hace falta que me identifique porque es la enésima vez que le llamo y, como imaginará, por el motivo que ya conoce.

—Sí, claro, muy buenos días, señor Méndez, por supuesto que he sabido era usted. Precisamente acabo de hablar con mi contable y me ha dado buenas noticias.

—¡No me diga! ¡Albricias! ¡Aleluya! ¿Pagará usted algún recibo más de su préstamo? Quiero decir aparte del primero, y también único, que se dignó abonarnos hace ya seis meses.

—¿Tanto? Pues, de verdad se lo digo, señor Méndez, no había caído en que el tiempo pasa tan rápido.

—¡Vaya, hombre! Sin embargo para nosotros no ha sido un suspiro viendo las hojas del calendario pasar y usted sin devolvernos ni un céntimo más. Le digo, Pascual, que ha faltado a nuestra confianza ¿Recuerda? Nos aseguró su solvencia, nos convenció con su palabrería hueca de que tenía tantos casos que resolver que apenas tenía tiempo de tomar un café. Vamos, que ni Scotland Yard, o sea, que incluso atendía casos internacionales, que estaba asegurada la devolución de ese préstamo y que para nosotros sería una gran inversión.

—¿Quién dice que no es así? Verá, señor Méndez, en todas las empresas hay altibajos financieros. Y no voy a negarle que la mía se encuentra en estos momentos, por supuesto de manera circunstancial, en uno de aquéllos y...

—Pues ya le dura la racha, amigo.

—Bien, tiene razón, señor Méndez, pero puedo darle garantías de que en muy breve plazo les voy a liquidar el débito.

—Eso me dijo hace tres meses.

—¿Sí? La verdad, no lo recuerdo. Esta cabeza mía, con tantos casos que llevo a la vez, se hará cargo...

—Y tanto que me lo hago, Pascual, pero de que tendremos que pasar su préstamo a "Fallidos" y trasladar el tema a nuestra asesoría jurídica.

—Nada, hombre, le puedo garantizar que, como máximo, el jueves próximo le haré una entrega a cuenta del montante.

—Eso me dijo hace un mes también. Tendrá que pensar en otra opción, Pascual.

—¡Qué barbaridad! Ya le decía antes que pensar en tanta investigación me resta capacidad para encargarme de los asuntos cotidianos. Le pido disculpas, ya que no tengo constancia de haberle dicho lo que apunta. De todas formas, confíe en mi palabra y aguarde unos días porque vuelvo a asegurarle que tendrá su dinero y el Banco descansará aunque, como se suele decir, yo aún más estando al día con ustedes.

—Tratándose de usted, Pascual, en materia de descanso y vistos los antecedentes le digo que se equivoca de lleno puesto que aquél, si llega el caso improbable de que nos liquide el préstamo, será eterno para nosotros y, ni mucho menos, el suyo lo superará.

—No se hable más, señor Méndez, en eso quedamos. Por mi parte, pondré todo mi empeño en que nuestra relación financiera continúe por mucho tiempo.

—Me va a permitir disentir de usted, Pascual, porque lo que nosotros deseamos es que pague y esa relación, como usted dice, se acabe para siempre. No queremos morosos y usted, aunque se resista, es uno y bien grande.

—No diga usted eso, hombre. Sólo me he retrasado en los pagos. No obstante, verá como

*dentro de unos días cambia de opinión con respecto a mí.*

*—Bien, así lo espero y, si le parece, voy preparándole la liquidación con los intereses de demora.*

*—¿Intereses? ¿Demora?*

*—Sí, hombre. Es que como tiene usted tantísimos casos y cosas nacionales y también de importación, pues no se acuerda lo que hablamos hace poco ¿Recuerda? Cuando le advertí que no pagar en tiempo y forma los recibos del préstamo traería consecuencias negativas en forma de más intereses por la demora, tal como prescribe la legislación vigente. Así que, por encima le hablo, el débito se ha incrementado en un cuarenta por ciento del principal, más los intereses iniciales claro está que tendrá que abonar de manera irremediable si no quiere que, como ya le he prevenido antes, pase el tema a nuestra asesoría jurídica en la oficina central y ellos obren conforme a Derecho. Y sabe usted, amigo mío, cómo funciona el Derecho, o sea, callado e implacable.*

*—Bien, nada que objetar. Si la Ley dice que tengo que pagarle más intereses, pues se los pagaré. No hay problema.*

*—Sí hay problema, y lo tiene usted, amigo, porque el mes próximo la demora puede llegar a ser del cincuenta por ciento y así sucesivamente. Usted verá. La Ley nos ampara y a usted le dará por “salva sea la parte” si no paga.*

*—No ocurrirá eso, señor Méndez, ya que estoy dispuesto a pagarles en el plazo que le he dicho. Ni un día más, ni un día menos.*

*—Bien, entonces miel sobre hojuelas. Espero no tener que repetir esta llamada y acuda ese día con el dinero para liquidar. Me pongo ahora mismo con los cálculos, con tal de que no tenga que esperar.*

*—Me parece fenómeno, señor Méndez, allí estaré —respondió finalmente Rodrigo para, con cara de preocupación, despedirse de aquel sujeto, un simple lacayo de usureros oficiales amparados en la denominación de Banco y bendecidos por sucesivos gobiernos corruptos por sus tejemanejes en la oscuridad. De cualquier forma, lo fuesen o no, tenía la seguridad de que tarde o temprano caería sobre él mismo el peso de esa Ley amañada por “trileros” agoniosos con trajes de alpaca y diseño italiano, puros habanos, coches de importación, sillones de cuero legítimo y, por tanto, tendría que responder a la deuda que, de no remediarlo pronto, seguiría acumulando intereses día a día haciéndose como una gigantesca bola de nieve cruzando desquiciada por algún desfiladero helado.*

Rascándose la coronilla, dejando la mirada perdida, Rodrigo volvió a hacerse aquella pregunta ¿Qué podía pasarle más? Y, sin que bajara la mano derecha de su cabeza, obtuvo la respuesta de inmediato cuando alguien llamó a la puerta, asomó la gaita y le habló.

*—¿Rodrigo Pascual?*

*—Sí, soy yo ¿Qué se le ofrece?*

*—Poca cosa, hombre. Y con este uniforme que llevo, ya se imaginará a qué vengo.*

*—Pues, la verdad, no caigo.*

*—Se caerá con todo el equipo, amigo, en cuanto le diga que estoy aquí para cortarle el suministro de luz.*

*—¿Cómo?*

*—Ya, ya, esa pregunta me la hace todo el mundo así, con esa cara que usted acaba de poner, salvo las señoras que enseguida se echan a llorar. Usted parece que aguanta bien el tipo, amigo. Hace bien, porque por mucho que suplique, incluso se arrodille, le voy a pegar el tijeretazo “ipso facto” y tan contento. No sé si me capta.*

—Le capto, le capto. Sin embargo, no recuerdo haber visto avisos de corte.

—¿No? Pues, se lo digo por experiencia, si está usted alquilado seguro que le han llegado al dueño de esta covacha que tiene por despacho, sin ánimo de faltar.

—No falta, hombre. Es cierto que este sitio es penoso.

—Pues eso. Así que tardo un minuto y me marcho. Y, como siempre digo, no es nada personal. Soy un mandado ¿Sabe? Y con esto me gano los garbanzos. Los que se llevan la tajada son los “barandas” de la compañía.

—Ya, sí, bueno, no se preocupe. Adelante —respondió Rodrigo cariacontecido.

—¿Se puede pasar? —escucharon ambos otra voz y, tras asomar un segundo sujeto la cabeza, Rodrigo le pidió lo hiciera.

—Buenos días tengas ustedes. Y, Pepe, veo que me has adelantado —tras el saludo, le hablo así el nuevo visitante al empleado de la compañía eléctrica, quien estaba afanado en su tarea con la caja de registro en la pared.

—¡Coño, Manolo! Te hacía yo hoy por Fuencarral.

—¡Qué va, Pepe! Ya sabes que se van coordinando los jefazos. Así que detrás de ti, voy yo con mi faena.

—¿Faena? —preguntó levantándose Rodrigo, luego andando unos pasos hasta donde se encontraban los dos operarios para ofrecerles una expresión de total perplejidad y, mosqueado, mucho más con el diálogo entre ambos con aquella familiaridad.

—Sí, hombre, tranquilo, que todo tiene su explicación —dijo el recién llegado —Aquí mi compadre viene a lo de la luz, y en mi caso estoy para lo del teléfono.

—¿Qué? —Rodrigo, tocando techo en cuanto a incredulidad, se llevó las manos a la cabeza.

—Bueno, ya le habrán mandado el aviso ¿No?

—¡Que ni avisos ni porras, joder! —perdió las formas Rodrigo, agobiado esta vez por los acontecimientos inesperados.

—Oiga, sin faltar ¿Estamos? Yo sólo soy un obrero de la compañía telefónica y punto. Hago mi trabajo y me largo luego. Y reclamaciones al maestro armero.

—¡Hagan lo que sea y váyanse cuanto antes! —respondió Rodrigo destrozado, sintiéndose incapaz de hallar una salida para algo que no tenía vuelta atrás y que le dejaba al pie de los caballos, en un “jaque mate” urdido en la sombra por el dueño del local decidido a presionarle antes de su cita concertada.

—Una cosa le digo, amigo. Si va usted y abona los recibos en el Banco, mañana mismo estamos aquí otra vez y le damos servicio —le habló el electricista, de mejor talante que el del teléfono, quien no aguardó un segundo para dar el corte a la línea.

—De acuerdo, y perdonen los dos. Es que estoy pasando una mala racha.

—Eso mismo también dicen todos. Bueno, Manolo, aquí está todo el pescado vendido. Vamos para el siguiente corte que nos queda tajo para rato.

—Y que lo digas, Pepe —contestó el otro sujeto y, juntos, abandonaron con un seco “Adiós” el despacho de Rodrigo, quedando éste desolado, tirándose de nuevo en el sillón y colocándose ambas manos sobre los ojos con tal de aislarse de aquella pesadilla en la que se veía envuelto y donde a cada paso los hados se volvían más en su contra, sin dejarle un resquicio para la esperanza y hasta perdiendo su naturaleza optimista para afrontar las dificultades.

—¡Buenos días! ¿Se puede? —observó Rodrigo, después de volver a la cruda realidad, cómo una cara juvenil y conocida asomaba por la puerta, si bien careciendo de la sonrisa acostumbrada.

—¡Pasa, Benito, claro que sí y acomódate! Pero, bueno, no me acostumbro a verte fuera del

bar, incluso ni a un metro de la barra que es tu imperio —contestó el investigador incorporándose, en particular por respeto a quien apreciaba desde hacía ya años y ofreciéndole la silla que le parecía aguantaba mejor el peso sin deshacerse.

—Muchas gracias, Rodrigo, pero sólo vengo un momento y...

—Vamos, chico, no te quedes ahí parado. Venga, déjate de tonterías y te sientas ahora mismo.

—Es que... es que no vengo para nada agradable ¿Sabes?

—¿Qué me dices? ¿Ha ocurrido algo o...?

—No, no, nada de eso. No van por ahí los tiros, Rodrigo —respondió el chaval, quien apenas tendría unos años menos que aquél, algo pasado de kilos que atestiguaba su rostro mofletado confiriéndole un aspecto de bonachón.

—¿Entonces? No te veo así, Benito, desde que esa chiquita de Carabanchel te dio calabazas.

—Ojalá fuera algo así, Rodrigo. Verás, es que se trata de Don Sabino.

—¿Qué le ha pasado? ¿Algún accidente...?

—No, hombre, bicho malo nunca muere, ya sabes. El caso es que me ha cogido por las orejas y, después de propinarme una patada bien dada, me ha obligado a venir a pedirte que pagues el total de la cuenta del bar ¡El muy cabrón!

—¡Lo que me faltaba hoy! Si es que cuando viene una, vienen todas juntas y en cola. En fin, está claro que todo se está precipitando sobre mí y eso quiere decir que he llegado al límite.

—Rodrigo, tú sabes bien que esto no es nada personal y que es por culpa de ese hijoputa porque...

—No te apures, hombre. Te conozco bien y sé que me darías crédito hasta el mismo día del Juicio Final. Así que tranquilo y no sientas remordimientos por traer estas noticias.

—Oye, Rodrigo, tengo ahorrado unos duros y....

—¿Qué dices? ¡Ni en sueños, Benito! Verás, le vas a decir a Don Sabino que liquidaré la deuda dentro de un par de días o tres y con eso se conformará. No es la primera vez que me aprieta, por lo que aguantará a ver si busco la forma de conseguir lo que le debo. Pero, ojo, amigo, cuando ahora vuelvas junto a él vas a ponerle buena cara, quiero decir sonriente como si te hubiese contado un chiste verde, y le sueltas que no podías entrar en el despacho de gente que estaba esperando a ser recibida por mí y, como si no quisieras la cosa, le cuentas que al final salí a verte y te dije eso de liquidar la deuda ¿Entendido?

—No se me hubiese ocurrido así, Rodrigo. Cuenta conmigo. Verás cómo le hago ese teatrillo y hasta soltando una carcajada diciéndole que tienes tantos clientes que vas a tener que poner un cartel de “no pasar”.

—Gracias, amigo, y te prometo que no te pondrá más la cara colorada ese necio. Voy a conseguir ese dinero y no es una treta más para librarme de su asedio.

—Entonces, Rodrigo, me marcho tranquilo y nos vemos dentro de unos días por el bar.

—Sin duda, Benito, allí estaré y mil gracias por ser tan buena persona —respondió el investigador muy serio, hasta compungido por el gesto bondadoso y desprendido de ofrecerle aquel chaval hasta sus propios ahorros, máxime conseguidos con el duro trabajo de sol a sol en una suerte de sucedáneo de esclavitud a la que era sometido, tal si estuviese atado a la barra de aquel bar por un sujeto sin escrúpulos quien se aprovechaba de su ingenuidad y, también, de su fuerza y capacidad de trabajo sin jamás quejarse por un mísero salario.

Una vez Benito abandonó el despacho, con quien tenía una deuda afectiva mucho mayor que la del vil metal con su patrón, Rodrigo soltó un puntapié a una de las sillas que, nada más recibirlo, salió despedida en pequeños trozos que quedaron esparcidos por toda la estancia, incluso

saltándole hasta en sus propias ropas. La furia, contenida a duras penas, brotó de improviso y con una fuerza que a él mismo le sorprendió. No era hombre irascible, con un aguante incommensurable ante cualquier gánapiro impertinente con el que se cruzase, y esa reacción era a todas luces absolutamente extemporánea para alguien cuyo temperamento tendía al encefalograma plano, por lo que se alarmó a sí mismo y decidió hacer acto de contrición por cuanto le resultaba hasta desagradable haber protagonizado esa escena propia de otras personas y otros ambientes.

Rodrigo, lejos de apaciguarse —si bien sin más ademanes violentos— decidió había llegado el momento de dar un volantazo brusco a su vida, tal vez girar hasta el límite el timón de su existencia y virar hacia una forma diferente de ganarse la vida. Tenía claro cómo aquella profesión le venía grande y, aunque sin mucho bagaje, lo conocido de ella estaba más cerca de un estercolero pútrido invadido por la inmundicia humana que de un lugar donde gozar con su labor investigadora. Así, supo era el momento de claudicar, de rendirse con honra, arriar la bandera, arrojar las armas y dejarse llevar al paio de la corriente de la vida.

Lo primero, por tanto, fue sacar los pocos enseres que poseía en el interior de los cajones, dejando algunas galletas manidas a su roedor de cabecera y huésped usufructuario del despacho, para luego tirar a la basura papeles que no contenían más que mentiras, de igual forma alguna foto comprometida sin valor crematístico a esas alturas de la película de su fallido trabajo, para terminar tomando una prenda de abrigo del perchero del que asomaba la carcoma por sus brazos casi vencidos y luego, echando un vistazo final a su cochambroso despacho, cruzarlo y dirigirse hacia la puerta, abrirla y a continuación cerrarla con un portazo corajudo que hizo temblar hasta la barandilla de la escalera.

Era el momento, pensó para sí en tanto recorría los pocos metros hasta el ascensor, pulsaba el interruptor y comprobaba, tal cual ocurría en cada momento, que permanecía ocupado. Se lo tomó con paciencia y más cuando su cabeza parecía estar en un bucle melancólico profundo, sometida a las acometidas de sus dos “yo”. El colérico arreándole para continuar su huida hacia adelante, empujándole iracundo a seguir la senda del abandono de aquella suerte de carrusel de calamidades en que se había convertido su aventura investigadora, arrojando por la escotilla los años perdidos en un afán que se le antojaba en esos momentos vano y propio de alguien con un sentido ínfimo de la realidad y, por el contrario, abocado a una fantasía perenne, extasiado en un porvenir que sólo existía en su pensamiento proclive a enredarse en sueños inalcanzables.

En clara contraposición el “yo” juicioso, quien era todo razonamiento y templanza, se batía en retirada herido por las diatribas de su bravío oponente, cuyos argumentos de peso parecían desequilibrar la balanza decantándose Rodrigo en esos momentos por sus consejos drásticos. No obstante, incluso zaherido por doquier, el “yo” más sereno y analítico se resistía a darse por vencido y le hacía ver al joven investigador cómo no todo estaba perdido y que, a la vuelta de la esquina, la fortuna le sonreiría después de tan larga espera, por lo que le proponía abandonar la exasperación del momento por unos cuantos reveses, reflexionar sobre los errores cometidos, enmendarlos, desprenderse de su orgullo, acudir a sus padres que le querrían bien y le ayudarían en la medida de lo posible, replantear su vida y su profesión y, de resultas de esto, darse una nueva oportunidad para completar sus ilusiones de lograr un triunfo que borrara todos y cada uno de los sinsabores que, también en esos instantes duros, estaba soportando cada vez con menos espíritu de lucha tal como, hasta la fecha, había opuesto a los vaivenes de su aventura.

Sumido en la abstracción motivada por sus propios y enrevesados razonamientos, sometido a una cruenta batalla en su interior sin que concediera la victoria final para ninguno de los dos bandos en cuestión por motivo de que no aceptaban la rendición incondicional, Rodrigo pareció no darse cuenta cómo el ascensor llegaba, quedaba frenado y la puerta se abría de par en par.

*—Buenos días —escuchó el joven investigador sin que reaccionase al primer intento, por cuanto moraba en su interior atento a los argumentos contrapuestos de ambos bandos en lucha y él asistiendo mudo sin tomar partido todavía.*

*—Buenos días —respondió Rodrigo, aunque sin tener conciencia de ello y haciéndolo tal si se tratase de un autómeta al que pulsaran un resorte metálico, cruzándose con la persona que salía del ascensor y penetrando en éste como si permaneciera en una nube, ajeno a todo lo terrenal.*

*—Disculpe, joven —escuchó Rodrigo justo antes de pulsar el botón de bajada del ascensor hacia el vestíbulo del edificio, sin caer en que las palabras eran pronunciadas por la persona a la que ni siquiera había mirado a la cara hacía un segundo —¿Sabe dónde tiene su despacho Rodrigo Pascual?*



## CAPÍTULO II

—¿Cómo? —tras unos momentos de indecisión en los que el tiempo lo percibía como detenido, Rodrigo viajó en un minúsculo lapso de aquél desde la profundidad de su razonamiento, desde los recovecos insondables de su mente confusa sometida a una batalla feroz aunque incruenta, hasta la misma realidad que había abandonado hacía rato. Su propio nombre, escuchado de labios de una anciana de la que tuvo conciencia por fin, a la que observó deteniéndose en su impronta elegante pese a su avanzada edad, la finura de su atuendo y la mirada franca que le ofrecía, resultó ser la clave para atraerle hacia el espacio tiempo en el que su vida se desarrollaba, sintiendo de nuevo la materia en torno a él.

—Perdone usted, señora, estaba distraído. Me dijo que preguntaba por Rodrigo Pascual ¿Es así?

—Tal cual. Investigador privado, para más señas, según reza en este recorte de periódico —contestó la anciana, quien le mostró lo mencionado y señalando a la vez con exactitud la dirección que figuraba.

—Pues, señora —Rodrigo estuvo indeciso en el arranque de la respuesta— Resulta que soy yo mismo ¿Sabe?

—¡Qué casualidad! —contestó con una sonrisa de oreja a oreja la anciana, a quien le faltó tiempo para hacer salir del ascensor a Rodrigo y ofrecerle la mano que éste, respetuoso, estrechó para a continuación cumplimentar las reglas de la cortesía.

—¿Se marchaba usted? —la anciana no tardó en hacerle la pregunta que Rodrigo ya intuyó.

—No quiero mentirle, porque la verdad es que sí.

—¡Vaya, qué contrariedad! —la anciana, dejando su sonrisa inicial, cambió su expresión a otra que al joven le pareció de tristeza —¿A qué hora regresará? —le preguntó la segunda cuestión que Rodrigo también sabía de antemano y que temía más que a la primera.

—Señora, no sé cómo decírselo, pero acabo de dejar el despacho, aunque no para un tiempo determinado sino para siempre. De manera que no volveré más tarde, sino nunca. Ha sido una decisión difícil, pero las circunstancias me han obligado a ello —le dijo Rodrigo sin poder mirar a los ojos a la mujer, clavando su mirada en la solería arañada, cuarteada y poco higiénica a sus pies, inclinándose de esa forma tan expresa por la medida tan dura propuesta por su “yo” colérico, cortando por lo sano su sufrimiento ante tanto infortunio sobrevenido en tan poco plazo.

—¡Jesús bendito! ¡Qué momento ha elegido usted para cerrar!

—Bien, señora, sé que le hago un perjuicio por, digamos, plantarle de esta forma tan poco educada. Sin embargo, debe asumir que ha llegado en el peor momento. Tal vez a primera hora le hubiese atendido, pero varios hechos lamentables ocurridos de manera encadenada me han empujado a tomar esta decisión tan difícil. De todas formas, en Madrid hay cientos de investigadores privados que podrán ayudarle. Verá, muy cerca de aquí puedo indicarle un par de ellos, si le parece.

—Bien, no se apure, señor Pascual. Le entiendo y perdone que no haya dado media vuelta a la primera, tomado el ascensor y salido en busca de otro detective. Pero no crea que es porque no entiendo la situación, sino porque es usted el único que hoy, dieciséis de agosto, permanecía

*abierto al público. Le puedo asegurar que los demás, y le digo que a muchos, les telefoneé ayer y ninguno estaba disponible por cuestión de las vacaciones.*

*—Entiendo —respondió Rodrigo rascándose la barbilla, sin saber qué hacer ante la sinceridad de aquella señora, escociéndole la forma de tratarle y, en mayor medida, por su edad avanzada —Si quiere, yo podría rastrear a ver si encuentro a....*

*—No, déjelo, joven. Mejor me vuelvo. Mis fuerzas tienen un límite y éste ya lo he alcanzado a estas horas.*

*—¿Se encuentra bien? —Rodrigo observó cómo la respiración de la anciana apenas le daba para hablar.*

*—Nada, es el calor y algo de fatiga porque llevo un buen rato de acá para allá.*

*—Por favor, señora, pase a mi despacho y podrá descansar hasta que recupere las fuerzas —Rodrigo le tomó del brazo y le encaminó hasta aquél, abrió la puerta y le invitó a sentarse en la silla que, pensaba, tenía garantías de no deshacerse nada más sentir el peso de la anciana.*

*—Muchas gracias, joven. Esto es otra cosa. Ya en el avión a primera hora tuve cierto malestar, pero luego se me pasó nada más desayunarme en Barajas. Sin embargo, después de la caminata y, además, la frustración por encontrar todo cerrado me ha puesto el cuerpo fatal. Siento crearle molestias, más sabiendo que deja la profesión.*

*—No se preocupe. Tengo todo el tiempo del mundo y, le confieso, estoy sin rumbo fijo. Así que se no apure y descanse lo que haga falta —le tranquilizó Rodrigo, sentado él mismo en su sillón observando cómo cobraba vida la anciana de nuevo y su color facial así lo atestiguaba —Oiga, ha dicho avión y por eso me va a perdonar que sea un poco cotilla y le pregunte de dónde viene.*

*—Nada de eso. La maleducada soy yo por no decirle que he volado esta mañana desde Sevilla hasta aquí. Ayer fue el día de la Virgen y asisto a la procesión de la Catedral desde que tengo uso de razón. Por eso me he venido hoy para acá. Por cierto, hijo, ni siquiera le he dicho que me llamo Reyes Mañara.*

*—Pues, encantado de nuevo, señora Reyes —se incorporó Rodrigo y volvió a estrechar la mano de la dama, quien se la aceptó con una sonrisa y una ceja levantada.*

*—¿Señora Reyes? No, joven, en todo caso sería señora Mañara. Reyes o, mejor dicho, María de los Reyes es mi nombre. Mañara, es mi primer apellido por mi padre, y Mariani el segundo por mi madre.*

*—Vaya, disculpe, señora. No he caído en eso. Es que, lo confieso, nunca había escuchado Reyes como nombre y sí como apellido. De ahí mi metida de pata...*

*—Nada, no se preocupe. Es que la Virgen de los Reyes es la patrona de los sevillanos. Así que ya entenderá el porqué de mi nombre y el de muchísimas paisanas mías, quienes ayer celebramos nuestro Santo, aunque en mi caso de esto poco hubo.*

*—Ya lo creo. Oiga, y no es por seguir en plan de meterme en sus asuntos, y mucho más cuando he dejado la profesión, pero ¿Qué le ha traído a Madrid? Tengo entendido que en Sevilla hay investigadores privados lo mismo que aquí. Tal vez menos, pero no por eso sin solvencia.*

*—Muy fácil responder a eso cuando le confieso que ya he contratado a un par de ellos y no han conseguido avanzar en el asunto que les encargué. Así que esta decisión, por cierto que tomé ayer mismo hincada de rodillas en la Capilla Real de la Iglesia Catedral, puedo decirle que es fruto de mi desesperación.*

*—Vaya, señora, sí que tiene que ser un asunto grave para coger un avión y plantarse aquí.*

*—No, no. No me he explicado bien. Es la tercera vez que hago esto. Sólo que en las otras*

*oportunidades, aseguro de igual forma, todo fue inútil y los investigadores contratados fueron una pandilla de inútiles como los de Sevilla.*

*—Bueno, ya le digo que sólo estoy siendo cortés con usted, señora, y reitero que sigo fuera del ámbito profesional pero, tal como mencioné antes, no me resisto a preguntarle por ese asunto que tantos quebraderos de cabeza le causa y, por qué no reconocerlo, intentar comprender cómo han fallado mis colegas, tanto de su ciudad como de ésta, de manera estrepitosa hasta conseguir que, como veo, esté tan desilusionada.*

*—La verdad es que mucho más que desilusionada, que también lo estoy, me encuentro desesperanzada, tristísima y en un sinvivir que dura ya dos años.*

*—Me imagino que la policía habrá corrido la misma suerte que esos colegas míos.*

*—¿Policía? Joven, sólo escuchar eso me produce urticaria. Y no digamos Guardia Civil. Tal para cual. En todo este tiempo no han encontrado ni siquiera la mínima pista.*

*—No quiero, como tanto he dicho, meterme en el asunto, señora, pero me come ya la curiosidad por conocer si se trata, como imagino, del robo de alguna joya u objeto que le tendría cariño, a lo mejor algo familiar, heredado fantaseo.*

*—Fantasea mal, muchacho. Nada de eso. Se trata de mi nieta.*

*—Bueno, es que soy un metepatas de cuidado. Discúlpeme por mi falta de tacto...*

*—No, hijo ¿Cómo ibas a saber de qué se trataba? Ni que fueses pitonisa.*

*—De acuerdo, pero a veces hablo más de lo que debo, como dice mi madre y tiene mucha razón. Bien, ya que he reincidido en este vicio mío, sin mucha conciencia le advierto, sólo me queda interesarme por su nieta y preguntarle si la policía no le ha dado norte de su paradero en todo este tiempo.*

*—Ni norte, ni sur, ni este, ni oeste. Están en babia, atontolinados y erre que erre en que la niña cogió aquel día, que era dieciséis de agosto, sus bártulos y se marchó con viento fresco y sin que, por lo menos, me dijese algo así como “abuela, voy a tal o cual sitio”. Ella jamás hacía nada sin advertírmelo.*

*—Vivía con usted imagino.*

*—Sí, pero no en el momento de su desaparición así como así. En concreto residía en un pueblo y no sé si de Ávila, de Segovia o, incluso de Madrid, cuyo nombre es algo así como Valdenosequé, y no acertaría a decir si en plural o singular. Bueno, pero para el caso es lo mismo porque fue en ese lugar donde se perdió su pista.*

*—Me suena en la sierra, pero tampoco podría ubicarlo. Hay tantos y con nombres tan parecidos que es difícil hacerlo. Bueno, señora, ya que me ha contado este detalle no sé si me aceptaría una pregunta, yo diría inocente.*

*—Incluso si no lo fuese, se la respondería.*

*—Muchísimas gracias. Verá, usted lleva todo este tiempo hablando de desaparición de su nieta, pero lo normal en estos casos por la edad, porque supongo será mayor de edad y con creces, es que se trate de una decisión, digamos, propia, personal, un poco movida por las hormonas y demás que usted ya se hará cargo lo que quiero decir, sin que tenga intención de ofender ni a ella ni a usted, por supuesto.*

*—No nos ofende, joven. Y en cuanto a su edad es, más o menos, la que debe tener usted. En cuanto a las hormonas que apunta, pregúntele a las suyas.*

*—Disculpe, señora, no quise...*

*—Nada, muchacho. Estoy acostumbrada a esas preguntas escuchadas durante dos largos años. Mire, si no, lo que le voy a referir, porque incluso hasta un periodista, por cierto amigo de mi hermano, muy famoso en Sevilla, muy laureado y con una columna fija en el periódico,*

*me la hizo y en ese tono, y discúlpeme usted ahora a mí, casi festivo. Vamos, como si la niña se hubiese ido de parranda y durase ésta algo así como la mismísima parusia y decidiera volver justo cuando las escrituras advierten de que nuestro Señor Jesucristo aparecerá sobre las nubes del Cielo al final de los tiempos.*

*—Bueno, señora, me va a permitir usted ahora una maldad.*

*—No entiendo, joven.*

*—Sí, quiero decir que se nota que es usted sevillana de pura cepa, porque algo exagerado es lo que dice.*

*—En lo de nuestro Señor Jesucristo, por supuesto y propio de alguien que lleva la sevillanía a gala y nacida en la calle Álvarez Quintero, de esto hace casi ocho décadas cuando este siglo cogía velocidad de crucero. En cuanto a lo de la niña y su forma de desaparecer, nada de exageraciones. Me resisto a pensar que haya sido por un capricho, o no sé qué más, motivado por la edad.*

*—Entiendo y no sé si debo seguir preguntándole y, si estuviese de acuerdo usted ¿Podría decirme por qué se encontraba su nieta en ese pueblo? Siendo de Sevilla y...*

*—Jovencito, ya sé que me escucha por simple cortesía, la cual le agradezco una barbaridad porque parece que este ratito de descanso me está dando la misma vida, por lo que en justa correspondencia, mucho más viéndole tan interesado con esa mirada de curiosidad espero que sana, será mejor que le relate todo como hice a quienes le antecedieron, si bien éstos cobrando unos jugosos honorarios. De tal forma que, Pilar, porque así se llama mi nieta, de apellidos Brackenbury por su padre, y Conradi, por su madre, nada más terminar la residencia como médico en nuestro Hospital “Virgen del Rocío”, contra mi criterio de que ejerciera en éste, se emperó en aceptar una plaza vacante en ese pueblo llamado Valde..., en fin Valdeloquezea, y allá que se fue sin darme más explicaciones que el deber que tenía con la gente. Tengo que aclararle cómo es una niña muy metida en el ambiente de las pastorales diocesanas y en Sevilla colaboraba en todas las actividades de ayuda a personas necesitadas. El caso es que no había forma de que siguiera en nuestra ciudad y, aparte de la labor profesional, continuara la otra altruista. Pues ya le digo que nada de eso, empezando a decir que deseaba ir a conocer otros sitios y colaborar en una pequeña parroquia, lo cual era lo que le apetecía para estar muy cerca de la gente. Por supuesto, y esto me lo guarda usted como confidencia, moví Cielo y tierra con mis amigos en Sevilla, con tal de ponerle obstáculos en el camino para que desistiese, en forma de ofrecimientos profesionales de los más eminentes galenos y ni ese caramelo de aprender a su lado le dobló el pulso. De tal modo que allá que se fue y me dejó una mañana con la palabra en la boca y, con un beso apresurado, le vi facturar la maleta y venirse primero para acá y, tal como supe más tarde, rumbo a la sierra en busca de, como yo le decía y ella se ponía furiosa, aventuras...*

*—Perdone que le interrumpa, señora, pero ha comentado usted, y siempre en esos términos cuando se refiere a su nieta, que contra su propio criterio. Tengo que decirle que no entiendo muy bien la situación, y me va a disculpar la indiscreción, porque en todo caso serían sus padres quienes tendrían que reconvenirle o guiarle, o lo que sea tratándose de alguien que veo hecha de una pasta rebelde.*

*—¿Rebelde? Brackenbury y Conradi ¡Sí, señor! Una mezcla explosiva de sangre anglosajona, germana, y más cuando se le añade el ardor de la española e italiana por esta que habla. Bueno, joven, no ponga esa cara y no crea que me salgo por la tangente con tal de no responderle a esa pregunta que, al contrario que sus colegas tanto oficiales como no oficiales, se les escapó. Y sí es verdad que deberían ser sus progenitores quienes deberían haberle dado*

*en su momento un buen tirón de orejas a la vieja usanza colegial pero, claro está, siempre que ellos aún viviesen. En este caso, y le desvelo el porqué inquietante para usted, es que tanto mi hijo como mi nuera fallecieron en un fatal accidente de carretera hace ya muchos años y Pilar, desde entonces, fue criada por mí. Y ahora no ponga esa cara de circunstancias y no hace falta que me dé pésame alguno, puesto que el dolor está aquí dentro. Quédese tranquilo porque estoy repuesta y agradecida al Señor por permitir que me convirtiera en una madre para esta jovencita, quien me trae por la “Vía Dolorosa” sin saber nada de ella.*

*—Entiendo, señora, su desazón, aunque le animo a tener paciencia porque tarde o temprano su nieta acabará por llamarle, escribirle o, incluso, presentarse en Sevilla en cualquier oportunidad y aclararle ese motivo oculto por el que decidió desaparecer. No hace falta que le diga que su edad es propicia para que, imagino arrastrada por algún joven, tomase otro rumbo junto a éste.*

*—Eso mismo he oído una y otra vez, pero me resisto a esa posibilidad como gato panza arriba.*

*—No comprendo, señora, esa obcecación por no dar crédito a lo más común y, si me lo permite, más probable que ocurriese.*

*—Veo que se suma a la oposición, jovencito.*

*—Lo lamento, pero es la lógica.*

*—¿Lógica? Nada de eso. Verá, y esto lo he repetido a todos hasta la saciedad, mi nieta jamás se marcharía así como así ni incluso enamorada hasta las trancas. Le faltaría tiempo para hacerme partícipe de algo tan importante en su vida.*

*—Tal vez podría temer que usted no estuviese conforme...*

*—Ni por asomo, muchacho. Le hubiese apoyado en lo que fuere y ella lo sabía bien. Además, me duele la boca de decir a todos que ella no tenía entre sus prioridades el encontrar novio, marido o nada que se le pareciese y no quiero decir con esto que, en su momento, llegara el momento oportuno para ello. Esto lo digo con conocimiento de causa y porque ella misma tenía toda la confianza del mundo conmigo. No voy a negar que, siendo una belleza, los chiquillos revoloteaban a su alrededor como moscas, pero ella daba buenos manotazos y se los quitaba de encima.*

*—Bien, señora, pero eso que dice está referido a sus días de instituto o, más tarde, de universidad. Pero, y disculpe que le lleve la contraria, con más edad, sola en otra población más pequeña, con nuevos compañeros, vecinos y, por supuesto, amigos, pues sus necesidades serían otras y tal vez optase por colocar arriba del todo lo propio con esa edad, como es encontrar un alma gemela.*

*—Me resisto a pensar eso, jovencito. Ya sé que hay una brecha enorme entre nosotros y percibimos el mundo de diferente forma. Pero, lo aseguro una vez más, mi niña estaba centrada en un amor que no tenía nada que ver con el mundo material.*

*—¿Cómo? No entiendo...*

*—¡Jesús, hijo, Jesús! Ese era su amor verdadero. Le amaba sobre todas las cosas y su deseo más ferviente era ser fiel a su palabra. Al menos eso es lo que en tantas ocasiones me insistió con tal de que aceptara su viaje fuera de Sevilla y, por tanto, poniendo distancia entre nosotras dos con la consiguiente melancolía que eso me causó. Te lo digo de corazón, hijo y permíteme tutearte, lo di por bueno viéndole tan entusiasmada con volcarse con los demás y eligiendo para ello sacrificar la comodidad, el confort y unir sus dos vocaciones, la medicina y el Evangelio de Cristo, en un solo objetivo marchando a esa pequeña comunidad donde llevar a efecto su sueño de entrega al prójimo.*

—Me va a dar usted un soberano tirón de orejas, señora, pero no tengo más remedio que preguntarle el motivo de que, teniendo su nieta esa claridad de ideas en cuanto a su futuro siguiendo el Evangelio ¿Qué le impidió tomar los hábitos en algún convento que en Sevilla hay tantos?

—No, hombre, nada de eso y te puedo asegurar que es lo último por lo que se hubiese decantado. Pilar no es de rezos, golpes de pecho y vida contemplativa. Ella está de manera activa en el polo opuesto, hasta cuestionando esa forma de interpretar a Jesús, guiando sus pasos a la cercanía de los que precisan ayuda por una u otra causa y, desde casi la niñez, no ha parado de pegarse como una lapa a quienes hacían esa labor en la parroquia donde residíamos en Sevilla. Así, todo el tiempo libre que le dejaban los estudios lo dedicaba a colaborar en ese sentido y, créelo, con una seguridad que a mí misma me maravillaba por la madurez que emanaban sus actos con esas personas que yo, te lo confieso, siempre he sido incapaz de tratar de tú a tú y me he limitado de manera egoísta, cosa que también reconozco, a donarles dinero o enseres de manera anónima sin ofrecer ese compromiso que Pilar llevaba a gala.

—Conforme, señora, ahora viene la pregunta de rigor tras la parrafada piadosa, y perdone el término porque la verdad es que me he imaginado a Pilar como alguien entre la Madre Teresa de Calcuta y Santa Rita de Casia...

—No tanto y reconozco cómo quizás me he pasado un poco en describirle en esa faceta.

—Bueno, de cualquier forma le cuestiono sobre si tendrá algo que ver ese afán de entrega a los demás, ese peculiar estilo de vida tan desprendido e imagino obviando las comodidades de su posición social, en el hecho de optar por llevar a cabo una acción, digamos, extrema tanto en su forma como en su fondo, lanzándose a poner en práctica sus ideas subiendo un escalón hacia la radicalidad sus deseos de seguir la palabra de Jesús renunciando a todo y, cuando digo todo, también le incluyo tanto a usted como aquello que representa en lo referido a lo material.

—Menos aún y creo, de nuevo, me he excedido en dibujar a mi niña como si fuese un alma pacata de sacristía a confesionario y de éste al Sagrario. Cómo se nota que no le conoces y no has estado a su vera un minuto. Si te digo la verdad es un torbellino, un ciclón pero no de esos que sólo traen dolor y devastación sino alegría y felicidad. Así es justo la que ella me transmitía y no sólo a mí sino a cuantos estuviesen a su lado, con un gracejo que le salía por los poros. Oye y no creas que no disfrutaba de la vida de la ciudad, y más en Sevilla, porque si vivía de manera intensa las fiestas, digamos serias, como la Semana Santa o el Corpus Christi, lo era más cuando se presentaba la Feria de Abril, bailando sin cesar del lunes del alumbrado hasta que cesaba el domingo ese jolgorio del Real, y no menos disfrutaba tanto del camino de la peregrinación al Rocío como el ambiente festivo en la aldea almonteña con nuestra Hermandad. Por lo tanto, Pilar tiene la justa medida de su propio bienestar con la vocación hacia el prójimo y, te lo garantizo, ese equilibrio no lo ha perdido ni una sola vez.

—Bien, señora, estos detalles me hacen pensar y enjaretar otra pregunta, por supuesto por mera curiosidad.

—De acuerdo, hijo, pero antes mira bien esta foto —respondió la anciana mostrándosela, tras extraerla con cuidado de la cartera que, a su vez, había rebuscado en un elegante bolso de piel legítima con el símbolo de “Loewe” en su parte central —Aquí está precisamente en nuestra caseta y observa el grupo de amigos, de quienes no se separaba en toda la Feria.

—¡Vaya! Tengo que reconocer que es guapísima su nieta —habló Rodrigo mientras la anciana señalaba con su dedo índice el rostro de Pilar.

—Bueno, hijo, para que compruebes cómo no exagero al describirtela. Un embeleso ¿Sabes?

—añadió la anciana con la voz quebrada y con lágrimas desbordándose de sus ojos, en ese momento tristes perdiendo la vivacidad que, pese a su edad, aún gozaban.

—Todo lo contrario y, si me lo permite decir, se ha quedado corta al relatar la belleza que es —habló Rodrigo contagiado de la emoción de la anciana, para luego durante un tiempo indeterminado fijar su mirada en la de Pilar en aquella foto, pareciendo escuchar la algarabía de la caseta de Feria, percibir el olor de la “Manzanilla”, suspendida en los catavinos que tanto ella como sus compañeros de fiesta sostenían en sus manos, admirando la perfección de su cuerpo esbelto embutido en un soberbio traje de flamenca, el cual resaltaba sus curvas con un equilibrio cercano a la perfección, sus ojos del color del topacio, su sonrisa dibujada en los labios pintados de rojo pasión, siendo su rostro de facciones dotadas de una sutil armonía, en el que sus ojos de almendra llevaban en sus interminables líneas toda la esencia del Mediterráneo, haciendo contraste con su piel, de profunda blancura rosácea, y el cabello, de reminiscencias nórdicas.

—Ahí tienes, hijo, a mi niña —habló con pesadumbre, tanto en sus palabras como en la expresión, aquella anciana cuya apariencia, de repente, le había llevado a parecer una pantomima de sí misma; despojada de esa seguridad, no exenta de cierta altanería meridional, que había exhibido ante Rodrigo desde el mismo momento de su encuentro casi fortuito en el ascensor—

—¿Se encuentra bien, señora? —insistió Rodrigo en aquella pregunta tan de repertorio, casi de guardarropía a tenor de su falta de mimbres para consolar a una pobre mujer encadenada a un pesar profundo por una pérdida no cierta, no certificada por inútiles funcionarios acomodados o incluso pícaros aprendices de investigador, pero sí intuita en lo más profundo de su ser.

—Nada, hijo, no te preocupes. Es habitual esto que ves ahora en mí. Se repite desde hace dos años y es un vaivén inaguantable de sentimientos que me hace hundirme en la desesperación. Pero, no temas, me repongo enseguida y sigo adelante, sin desfallecer hasta que le encuentre sana y salva para llevarle a casa; para gozar de su compañía aunque sea a salto de mata ya que, como te digo, no para esta chiquilla entre clases, consultas y parroquias.

—No sabe cuánto lo siento. Quisiera hacer algo por ayudarle pero, en fin, ya le he comentado que era éste mi último día en la profesión y...

—Sí, joven, también yo te entiendo y te agradezco el detalle de, al menos, escucharme. La verdad es que otros por la mitad de esas parrafadas, como dices, me llevaron un ojo de la cara y para nada ¿Sabes? Sólo palabrería y ni una sola prueba, por no decirte que ni siquiera se acercaron al pueblo donde vivía, creyendo que por teléfono lograrían dar con su paradero. Y no te digo la policía o la Guardia Civil, porque tampoco han tenido la decencia de llamarme a mí y, por lo menos, mostrar su intención de encontrarle. Sólo sabían decir que era mayorcita y que andaría por ahí con quién sabe. En fin, para qué seguir y además te estoy entreteniéndome.

—Por mí no se preocupe. Si le digo la verdad, no tengo nada que hacer más que pensar cómo salir del embrollo de las deudas que tengo. Así que compraré el periódico y a ver si encuentro algún trabajillo con el que poder pararles los pies a mis acreedores.

—¿Es eso lo que te pasa? ¿Dinero? —preguntó la anciana, sin pausa entre ambas cuestiones, por un momento recuperando su tono, su vigor, esa mirada puntiaguda y sus ademanes de seguridad.

—En fin, para qué voy a mentirle. Sí es una cuestión, digamos monetaria, pero también rematada con algo de hartazgo profesional. Con esto quiero decir que pensaba iba a ser otra cosa dedicarme a este oficio. No obstante, la mayor parte de los trabajos son anodinos y de

*emoción tendente a cero. De cualquier manera, me lo tomaba como una inversión a ver si algún día recibía un encargo de verdad, donde no sólo hiciese falta una cámara fotográfica y un sitio resguardado donde pillar a cientos de señoras o señores, según el caso, en brazos de sus amantes, o algún empleado amigo de lo ajeno que se dedicaba en su tiempo libre a hacer limpieza exhaustiva de la caja registradora del dueño de cualquier negocio, o bien otros listillos que se dedicaban a ir en sillas de ruedas con tal de conseguir una “paguita” de por vida a cuenta de papá Estado.*

*—Pues, hijo, ahora tienes la oportunidad de cambiar todo eso dedicándote a buscar a Pilar y...*

*—Perdón, perdón, señora, le interrumpo porque le veo venir. De verdad que no quiero ser maleducado y ni mucho menos cruel con usted, no obstante insisto en que no es posible lo que sé está pensando. No podría llevar a cabo esa búsqueda y menos cuando hacen falta muchos recursos. Fíjese en cuántos que ni siquiera dos Cuerpos del Estado han sido capaces de ponerle en el mapa. Y no digamos la cantidad de colegas míos que han estado dando palos de ciego, sin que un simple indicio apuntase dónde se encuentra su nieta. No, señora, no quiero decir que no me sienta preocupado, incluso en cierta forma algo angustiado observándole a usted, pero de verdad que no tengo medios para dedicarme a...*

*—Alto ahí, jovencito. Vamos a ver si nos aclaramos. No quiero dar más vueltas en este momento, ni andar con cifras, y en cuanto a medios o no medios te digo que no hay problema...*

*—Señora, me lo pone difícil pero tengo que declinar su ofrecimiento y, además, aparte las deudas tendría que, por lo menos, desplazarme a ese pueblo y en este momento el coche se me estropeó y lo tengo en el garaje. Ya sabe cómo va eso de que te lo arreglan y, si no pagas como es mi caso, pues te quedas sin coche. Así que...*

*—Punto en boca, chico —la anciana parecía haber dejado de serlo e, incorporada delante de Rodrigo, aparentó diez años menos a tenor de su porte, con los hombros en todo lo alto, la expresión de dureza en su cara que había recuperado el color, y la barbilla alzada con aire de suficiencia —¿Cuánto es el importe de esa reparación?*

*—No, no, por favor, señora, verá, no es cuestión de coche o de... quiero decir que es un caso que requeriría tiempo y mucho dinero y...*

*—Te doy trescientas mil pesetas por aceptar el caso, ahora mismo, en efectivo —bramó de manera literal la anciana, haciendo que Rodrigo sintiera vibrar el sillón desvencijado, oxidado y crujiendo bajo su trasero, mientras observaba cómo aquella extraía un enorme fajo de billetes verdes de a mil pesetas del bolso y lo ponía encima de la mesa a la que, por cierto, el muchacho pensó hacía falta una limpieza de manera urgente, adhiriéndose el dinero a los churretes pegajosos que exhibía el cristal que la cubría —Y escucha bien, joven. Si me das un indicio, un sólo indicio o, incluso, una prueba que indique su paradero, te transferiré a la cuenta bancaria que me indiques otras quinientas mil. Pero, si eres capaz de encontrarle, con vida o sin ella, que Dios no quiera en este segundo caso, te entregaré dos millones de pesetas ¿Qué me dices, joven?*

Rodrigo, tras escuchar con la boca abierta aquella oferta, más cercana a una arenga bélica por el tono utilizado por la anciana sevillana, permaneció durante unos segundos con la mirada fija en los billetes tan nuevos que aún le llegaba ese genuino olor que desprendía el papel exclusivo, con el que se fabricaba con mimo en la Casa de la Moneda madrileña. A continuación tragó un par de veces saliva, se desanudó la corbata, desabotonó la camisa de manera lacia y miró a su interlocutora, quien permanecía en silencio, firme como una roca aguardando su respuesta.

*—¿Cómo ha dicho que se llamaba ese pueblo...?*



## CAPÍTULO III

Madrid amanecía con calima, manteniendo ésta el termómetro unos grados por encima de lo que se suponía dado lo avanzado del mes de agosto. Sin embargo esa molestia, que otros días a Rodrigo le hubiese incomodado, en aquella oportunidad pasaba desapercibida para él por causa del rumbo que su vida, de repente, había tomado con la aparición de aquella anciana, justo antes de que sonara la campana que daba fin al asalto más amargo del combate de su existencia como investigador privado.

Y es que el joven detective, una vez con el estómago bien colmado por un vigorizante desayuno echado al colete en una cafetería de postín en plena Gran Vía, se dirigió sin prisa, aunque también sin pausa, a los sitios de rigor donde sus acreedores aguardaban liquidara sus cuentas; lo que hizo de manera contante y sonante e incluso alguno intentó disculparse, ante las amenazas pronunciadas sin atisbo de misericordia hacía pocas horas.

Rodrigo, con gesto de indiferencia, se limitó a finiquitar la relación con aquellas personas a las que no dedicó ni un segundo más de su atención, pasando a ser en su memoria como trastos olvidados sobre las baldas de alguna alhacena inmunda en un rincón herrumbroso de su cerebro; dedicando un sitio preferente a su antaño amigo Andrés, a quien despachó con una mueca de asco tras un amago de éste por devolverle al redil de la amistad, la cual para Rodrigo había sido corrompida a partes iguales por la avaricia y la necedad.

Capítulo aparte había sido la visita al bar donde Benito, aquel mofletudo camarero bonachón, siempre le cubría las espaldas y le daba crédito a escondidas, donde le satisfizo liquidar hasta el último céntimo exhibiendo billetes, los cuales parecían salirle por las orejas, y además entregar bajo cuerda a su amigo y benefactor, quien había tenido el gesto de profunda humanidad de ofrecerle sus propios ahorros, diez billetes verdes que el chaval intentó que Rodrigo no se los colocase a las bravas en sus bolsillos y al que, conseguido lo cual, dio un abrazo de agradecimiento por su bondad y demostración de amistad sincera.

Minutos después, cruzado el barrio, Rodrigo tuvo otra satisfacción al abonar los gastos de reparación de su humilde “Renault 5” y conducirlo como si se tratase del Mercedes de algún torero de tronío y puerta grande en “Las Ventas” para luego, tras aparcarlo, dirigirse a pie hacia la calle de la Princesa, donde hizo una parada en “El Corte Inglés” recorriendo las secciones de caballero y zapatería y, ya con todo su atuendo renovado, pasear unas decenas de metros hasta la elegante cafetería del “Hotel Princesa”, donde había previsto iniciar la investigación que había aceptado con sensaciones encontradas.

Y éstas eran, por una parte, el mismo miedo, con su tradicional e imperceptible tembleque en sus adentros, casi como el matador de toros frente a la suerte suprema, incluso el cirujano segundos antes de hendir el bisturí en la piel del paciente sedado y cuya vida pende de un hilo que él sólo sostiene a su antojo. No obstante, por otra, también de alegría, de júbilo tal vez, por recibir una oportunidad de demostrarse a sí mismo su talento, pero también su constancia, su persistencia en alcanzar esa meta anhelada y también luchada frente a todo y todos; incluido su padre, a quien faltó poco para saborear la miel del éxito al verle de regreso a casa con el rabo entre las piernas, suplicándole auxilio ante su caótica situación, y no sólo financiera sino también anímica, al borde del abismo existencial.

Pese a las dudas, Rodrigo estaba satisfecho de haber aceptado el envite, de correr el riesgo de ser uno más de aquéllos que habían fracasado de manera estrepitosa, también vergonzante en palabras de la anciana sevillana en la búsqueda de su nieta y sólo temía en su interior, sin que su rostro lo evidenciase, ese mismo deshonor para él. Por otra parte, no se sentía persona capaz de engañar a nadie y menos a esa mujer, que le había conmovido de aquella manera y a quién le dejó claro cómo no era por su dinero por lo que aceptaba el trabajo sino porque, al menos en la medida de lo posible, deseaba aliviar con la esperanza de sus propias pesquisas el ansia por saber de su nieta.

El joven prefirió engañarse a sí mismo y apartar de manera contundente sus propias y claras conclusiones, sus pálpitos también, de que aquel asunto era tan sólo fruto de un arrebato femenino, tal vez una decisión repentina de la nieta para romper con el mundo que le rodeaba y, en cierto modo, presuponía cómo alguien de por medio habría actuado de catalizador de esa medida tan extrema y dolorosa para quienes le querían.

Así, se confabuló para agotar todas las posibilidades y dando prioridad a la teoría más cercana a las tesis de la anciana y desechando, hasta donde pudiese, la menos compleja y también más triste. En cuanto a ese dinero que aún conservaba en cantidad, incluso liquidando todas sus deudas al completo, se juramentó para gastar hasta el último céntimo en dar satisfacción a su cliente apurando al máximo todas las hipótesis que condujeran a su paradero, por muy costoso que resultase realizar las pesquisas necesarias.

Pese a que había aceptado el trabajo, en su interior permanecía flotando esa decisión del día anterior y se tomaba como una prórroga esa relampagueante entrada en escena de la anciana con el caso de la desaparición de su nieta. Por lo tanto, afrontaba éste con un ánimo de fin de etapa y coronarla le llenaría de satisfacción pero también de melancolía ya que, de alguna manera, significaba el final de sus sueños truncados de manera vil por el destino y, en parte, por la suerte esquiva.

En esas divagaciones cruzó el hall del hotel, subió a la primera planta para acceder a la cafetería, donde apreció poco personal convencido de que la época estival era culpable de ello, y a la primera pudo observar cómo un rostro conocido aparecía por entre un grupo de turistas japoneses, enfrascados todos en cargar de película sus respectivas cámaras.

*—¡Jacinto, macho, pero qué alegría volver a verte! —le soltó Rodrigo a quien había citado allí, quien permanecía sentado en una de las mesas y, tras darle un abrazo, llamó al camarero para pedirle dos cafés —Te hacía de vacaciones en pleno agosto y me sorprendió que, cuando llame a la centralita de la Comisaría, me dijeran que andabas por aquí comiéndote el marrón de la segunda quincena como un novato.*

*—¡Calla, calla, Rodrigo! Que bien comido lo tengo ya y lo que me queda. Oye y todo porque a mi santísima suegra se le ocurrió tener un dolorcito en la tripa, justo cuando bajaba yo los bártulos al coche el mismísimo primero de agosto. Así que allá que tuvimos que llevarla a “La Paz” y, como debe ser, nos dicen que hay que abrirle en canal para quitarle la vesícula de los cojones. O sea, chico, que al carajo las vacaciones, bultos para arriba, niños para abajo y aquí me tienes esperando a que su santa hija dé el visto bueno para poder disfrutar de las vacaciones aunque, con la madre a cuestras, ya me dirás porque es un civil.*

*—Ya decía yo que algo ocurría, Jacinto, para que a estas horas no estuvieses en Torre Vieja con el agua al cuello.*

*—No me lo recuerdes, Rodrigo, que me pongo de una mala leche que... pero, bueno, y por qué estás tú por aquí ¿También tienes una suegra en algún hospital? —con sorna le preguntó Jacinto Ríos, inspector de policía y su compañero más fiel mientras ambos permanecieron en la*

misma unidad, quien era ocho o diez años mayor que él y también con más o menos esa diferencia pero en kilos, barbado y fumador empedernido de tres cajetillas diarias de “Ducados”, las cuales le provocaban un tono de voz de una gravedad próxima a la de locutores y presentadores de radio y televisión.

—No, hombre. Para tener suegra hay que tener esposa y, de momento, ya ni novia ¿Sabes?

—Oye, Rodrigo, no me jodas ¿Lorena...?

—Me mandó a la mierda, macho. Y hace muy poco. En fin, las cosas que pasan y mi cuenta corriente.

—No me lo puedo creer ¿Lorena y tú ya no...? ¡Joder, no salgo de mi asombro! Si llevabais...

—Ya, sí, Jacinto, pero no aguantó más la incertidumbre. Porque, la verdad, hoy tengo billetes en la cartera pero ayer estaba en la indigencia casi, a punto de mandar al carajo todo e irme con mis padres de vuelta.

—Pues, quien lo diría. Vas como un palmito.

—Bueno, si me llegas a ver hace un rato. Parecía un pedigüeño de esos de la Plaza Mayor o, peor, de los del metro. No he tenido más remedio que arrasar la tienda masculina de “El Corte Inglés” antes de venirme para acá.

—Bueno ¿Me vas a contar ese cambio radical?

—No hay misterio. Ayer, cuando ya había entregado la cuchara asfixiado por los acreedores, llegó a mi oficina una señora que había volado la misma mañana desde Sevilla y, después de contarme una historia bien triste, me soltó un dineral para que buscara algún rastro dejado por su nieta.

—¡Coño, la Brackenbury! —exclamó Jacinto después de que el sorbo de café expulsado por la sorpresa manchara toda la mesa y, por poco, el nuevo vestuario de pijo recién estrenado por Rodrigo, quien tuvo reflejos para esquivar el chaparrón de color crema.

—Veo que sabes de qué va el tema.

—¿Cómo no? —respondió el inspector limpiándose la barba, después la mesa y observando con cierto temor si había arruinado la indumentaria impoluta de Rodrigo, para luego tranquilizarse al ver que no había pasado a mayores la expulsión sorpresiva al escuchar el relato de su joven amigo y otrora compañero en el Cuerpo —Esa señora no es que sea conocida, sino temida.

—¿Temida? —preguntó Rodrigo extrañado.

—Hombre, tal vez he abusado del término. De cualquier forma te diría que algo parecido seguro que sí. Y es que no hay día que no telefonee para preguntar por el caso, sabiendo que al final somos nosotros quien nos hemos quedado con él.

—¿Quién lo lleva en la unidad?

—Hombre, Rodrigo, llevar, llevar, lo que se dice llevar, pues no lo lleva nadie y no te miento. Tú has estado con nosotros y cuando un caso se pone así ya sabes dónde va.

—A la nevera.

—Bien, algo muy cercano a eso que dices, chico. Para qué mentirte, si es así. Al principio se hicieron pesquisas, pero nada de nada. También te digo que cada cierto tiempo el jefazo achucha, pero ni por esa. La señora que te ha contratado tiene amigos poderosos y no sólo en Sevilla, porque del palacio episcopal llaman también y hasta un ministro en cierta oportunidad se puso al teléfono para interesarse por el tema. Pero ¿Qué querrán que hagamos? Si no aparece, ni hay nada que indique donde esté, ya me dirás. Resumiendo, Rodrigo, en menudo berenjenal te has metido, aunque sí sé que de pasta te habrá puesto hasta arriba porque la

*señora esa debe tener una fortuna.*

*—No voy a negarlo y ya te acabo de comentar cómo fue la cosa que mira cómo vengo. Pero, en descargo, te digo que no he aceptado el trabajo por ese motivo sino por ayudarle. Tenerle frente a ti cambiaría tu opinión al respecto, Jacinto.*

*—Lo entiendo, chico. Por supuesto sé que no eres como esos, quienes ya conozco, que llevan dos años sacándole buenos cuartos. Algunos de esos mequetrefes, pero bien listillos con despachos de postín, se han dedicado a darle esperanzas y pistas falsas de su nieta para facturarle millones de pesetas.*

*—También me lo sugirió ella, Jacinto, y creo que por eso huye de los gabinetes de campanillas y buscaba alguien tan cutre como yo.*

*—No digas eso, joder. Eres un fuera de serie y lo has demostrado muchas veces en el Cuerpo ¿Por qué no lo vas a hacer fuera? Aunque, te lo advierto, has escogido un caso equivocado porque, ya lo barruntarás, la chavala esa ha cogido con toda seguridad las de “Villadiego” y se las ha pirado con algún sujeto. Ya te digo que la chiquilla en cuestión estaba todo el día de parroquia en parroquia, entre monjas, curas y sacristanes, así que apuesto a que se aburriría de tanto rezo y optaría por gozar de la vida.*

*—No me cuadra, Jacinto, en particular porque no has hablado como yo con su abuela, y la impresión que me ha dado es bien distinta a lo que me comentas y lo que, al parecer, tienen todos como premisa sobre su desaparición. Precisamente, te he citado aquí para ver si me aportabas otro enfoque para iniciar las pesquisas.*

*—Pues, macho, siento decirte que no sólo yo, sino todos los compañeros piensan lo mismo. Ya sabes que tenía una edad seria y es normal que se desmadrara, si no lo había hecho antes con esa manía por las cosas sacras.*

*—Es lo lógico y lo reconozco, Jacinto. Pero por mi parte, tal vez influenciado por lo que me ha transmitido su abuela, quiero creer que no es esa la causa y, aunque sí lo fuese, tendría que haber algún otro condicionante para esa forma tan sorpresiva de desaparecer o, tal vez mejor sería decir, desvanecerse de repente.*

*—Bien dicho, muchacho. Perfecto ese término que has utilizado de desvanecerse, porque así fue tal cual. De un momento a otro desapareció y en un día tan señalado como el de la fiesta de la Virgen de agosto. Fue un visto y no visto.*

*—De acuerdo, por eso quería hablar contigo y, aparte de conocer tu criterio, que me dieras las claves de cómo fue todo.*

*—Mi criterio, Rodrigo, ya te habrá quedado claro y, salvo que me pongan delante de mis narices algo consistente, la tal Pilar hizo “mutis por el foro”. De todas formas, sí reconozco que de una manera tan radical que, te soy sincero, me mosquea y mucho.*

*—¿Secuestro fallido?*

*—Bien, tu olfato sigue en todo lo alto. Pues, así es y con esa premisa abordamos la primera hipótesis, pensando que los facinerosos podrían haberle secuestrado, irseles el tema de las manos o, por cualquier causa, haber liquidado a la muchacha antes de iniciar la petición del rescate. Aunque, como imaginarás, con el paso del tiempo esa teoría la abandonamos, máxime porque no hubo ninguna pista que nos indicase que era la más probable.*

*—Entiendo y, en esta ocasión, estoy conforme cien por cien con que descartarais la posibilidad de ese secuestro, como te decía, fallido. Más bien lo lógico habría sido un secuestro tradicional, con sus mensajes de advertencia y toda la parafernalia de llamadas y negociaciones, dado que la abuela de la chica, como dices y me ha quedado patente, dispone de posibles.*

—¿Posibles? Te quedas corto. Esa ancianita, como tú le llamas, es propietaria de un patrimonio descomunal, aparte de que es algo así como condesa, marquesa, baronesa o no sé qué título aristocrático.

—Vamos, Jacinto, que pintiparada para apretarle las tuercas con lo de la nieta y así los delincuentes hacerse con un botín de aúpa.

—Como te decía, por ahí iban los tiros en su primer momento pero, insisto, ni una sola llamada telefónica para pedir pasta, ni amenazas siquiera. O sea, que nada de secuestro en todas sus modalidades como “modus operandi” y, de ahí, pasamos a la simple escapada de la muchacha que, ya estás viendo, dura una eternidad y sin que diga ni pío.

—Por cuestión monetaria no creo que saliese por patas, Jacinto, ya que no me ha dado esa impresión su abuela y, además, que ella acababa de hacerse con una plaza de médico en el pueblo y contaba con ingresos más que suficientes, sin contar con la espalda de una fortuna que, a la postre, sería suya.

—Por supuesto, hombre, y ten en cuenta que es nieta única. Vamos, que vaya “braguetazo” que pegaría quien le llevase al altar, colega.

—Ya te digo, Jacinto. Por eso me escama tanto lo de irse con algún fulano y éste, imagino que conociendo el percal, optase por tirar por la calle de en medio sin tener en cuenta ese detalle tan llamativo de tener a su lado a una heredera de ese cariz.

—Vete a saber. Ya conoces la cantidad de babiecas que hay por todos lados y éste en cuestión, tal vez siendo uno de ellos, ni siquiera alcanzase a deducir el fleco de la herencia multimillonaria.

—Bueno, Jacinto, ahora dime cómo fue la investigación “in situ” en sus primeros momentos, para hacerme una idea.

—¿Investigación? Mejor diría una merienda de negros. Imagínate un pueblo apartado de la sierra, el comandante de puesto de la Guardia Civil, todos los del cuartelillo y un centenar largo de paisanos aquella tarde entrando y saliendo de la casa, después que una vecina alertara de que Pilar había desaparecido. Una auténtica barbaridad, la cual dejó nula cualquier actuación de rastreo de huellas y complicó la búsqueda de indicios de que algo sucediera allí, y me refiero a violencia ejercida contra la muchacha.

—¿Se pudo descartar eso?

—Absolutamente, incluso con la dificultad que acabo de referir. Era algo así como un chalet en un extremo del pueblo, situado en la mitad de una calle donde había cuatro o cinco construcciones similares, de buen nivel por cierto. Una vez allí, y coincidiendo tanto con el criterio del voluntarioso agente local como con el de sus superiores, por nuestra parte no encontramos nada que hablase de forcejeo o arrastre del cuerpo de la chiquilla, ni sangre, ni cualquier tipo de fluido corporal, y ya me entiendes. Sin exagerar, estaba todo en su sitio, nada por el suelo, todo muy limpio y colocado con esmero.

—¿Algo que reseñar que os llamara la atención a primera vista?

—Algo hubo y es que nos extrañó el hecho de que el armario estuviese lleno de ropa. No obstante, pensamos cogería lo imprescindible y más siendo pleno verano.

—¿La puerta de la casa?

—Cerrada, aunque te digo que sin echar la llave y, tal como comprobamos, se podía abrir desde fuera presionando el picaporte. En fin, esto no nos pareció nada raro teniendo presente cómo la muchacha pudo cerrar sin echar la llave y pensando, como así fue, en no volver.

—¿Indicios de robo?

—Ni uno sólo. Nada revuelto, nada fuera de los cajones, en especial del dormitorio y, como

curiosidad, en la mesita de noche se le olvidó un sobre con diez mil pesetas que estaba debajo de una caja de aspirinas.

—¿La cama?

—Hecha y derecha. Impoluta te diría. Luego ni siquiera se sentó allí al llegar a la casa, después de pasar la velada en las fiestas del pueblo al ser quince de agosto.

—¿Algún detalle que se saliera de lo común?

—Dos. El primero que el agente de la Guardia Civil nos comentó cómo había encontrado un pequeño televisor encendido, situado encima de una estantería alta de la cocina, nada más realizar la primera inspección de la casa, si bien reconoció que tardó en darse cuenta de ese detalle porque el aparato tenía el volumen a cero.

—¿El segundo?

—El segundo, Rodrigo, te va a poner las orejas tiesas cuando sepas que encontramos también en otro cajón de la mesita de noche, dentro de un bolsito de piel, una caja de un fármaco que, a primera vista, ni echamos cuenta hasta que Eloy Barcos, ya le conoces, lo vio y nos dijo que su mujer también lo tomaba. Ya te imaginarás para qué, teniendo más niños que el carrillo de la nieve.

—¿Anticonceptivo!

—Tal cual, chico. O sea, que tanta parroquia y tanto golpe de pecho pero la jodienda no tiene enmienda.

—¿Para, hombre! No digas eso que es médico la muchacha y no es de extrañar que tuviese ese fármaco como podía almacenar algún otro, o bien para alguien que se lo pidiese. Vete a saber.

—Aceptaré tu opinión, tan bienintencionada como beatífica, sobre esa joven, pero te digo que tenía toda la pinta de ser para autoconsumo. Sin embargo y para no mentirte, añadiré que descubrimos poseía un bien nutrido arsenal almacenado, compuesto de pastillas y fármacos varios para toda clase de dolencias. Por lo tanto, no podemos certificar de manera rotunda lo que intuimos en cuanto a que tomaba precauciones contraceptivas.

—Correcto, Jacinto. No me cuadra eso para ella y me inclino porque es algo aleatorio, lo mismo que podía tener píldoras para el dolor de tripa siendo quien recetaba en el pueblo.

—Bueno, macho, para el carro ahora tú porque en eso podemos negociar, pero en lo que encontramos en la encimera de la cocina no parto peras contigo.

—¿Más píldoras?

—¿Qué va, hombre! Sólo una caja de preservativos, aunque con la particularidad de que estaba vacía.

—Me imagino que alguien buscaría en la basura.

—¿Cómo no? El veterano agente de la Guardia Civil, quien inspeccionó primero el lugar, tuvo la feliz aunque insana idea de meter la mano en el cubo y confirmó cómo no había rastro alguno de condones usados.

—Bien, Jacinto ¿Algo más que comentara ese agente?

—Poca cosa. El hombre es mayor y sólo tiene un par de gachupinos recién salidos de la academia sin mucha idea. De todas formas, si nos dejó claro cómo le había chocado tanto lo de la puerta de la casa como que las llaves de ésta permaneciesen encima de la mesa del salón.

—En este caso, Jacinto, seré abogado del diablo y te diré que no me extraña si, como parece, la muchacha no pensaba en volver, como antes también apuntabas. Por tanto ¿Para qué llevarse las llaves? Cerró la puerta y punto.

—Cierto, chaval, lo veo lógico y ahora que ha pasado el tiempo mucho más. En su día me

*dejó un mal sabor de boca ese detalle, pero en este instante hasta creo que yo mismo haría lo mismo.*

*—Sigamos, Jacinto. Me decías que indicios ninguno en cuanto a lucha o defensa o...*

*—Nada, hombre. Todo inmaculado y te diría que demasiado perfecto en esa casa, aunque pienso que la muchacha sería el colmo de aseada y la mantendría en un punto. De cualquier manera, te digo que si alguien llegó, ella se marchó de mutuo acuerdo y, si me apuras, más bien lo tenían acordado.*

*—Bien, sí, eso cuadra en cierta medida. Era agosto, la fiesta del verano, de madrugada ya, o sea que perfecto momento para largarse con viento fresco. Sin embargo ¿Nadie le vio? ¿Ningún vecino escuchó algo raro?*

*—Te digo lo mismo que tú. O sea, verano, madrugada, fiesta, verbena en el centro del pueblo, con lo cual estaban todos fuera y, menos algún anciano dormido, la juventud por ahí de farra y hasta los padres bailando pasodobles y tomando copitas a la luz de la luna.*

*—Vamos, que testigos también un cero.*

*—Patatero, chico.*

*—Imagino que realizaríais pesquisas en las casas más cercanas.*

*—Por descontado. Una a una y, como te imaginarás, nada de nada. Incluso los sótanos se registraron con la consiguiente mala cara de los vecinos. Pero, como te digo, ni rastro.*

*—¿Los amigos de Pilar?*

*—Menos aún. Todos y cada uno permanecieron en la fiesta y se comprobó de manera exhaustiva. Así que por ahí mucho menos pudimos escarbar.*

*—¿Compañeros de trabajo?*

*—Fiscalizados hasta la saciedad. Se les miró hasta en el cielo de la boca y lo mismo, o sea, cero.*

*—¿Hoteles? ¿Pensiones? ¿Fondas?*

*—Ya sabes el protocolo y se cumplió íntegro. Llamadas y llamadas, faxes, télex, visitas incluso, pero nadie registrada con el nombre de la muchacha, ni tampoco alguna que tuviese su aspecto a lo largo del país. Y eso que, te acordarás, la televisión estuvo dando la tabarra día tras otro con la foto de ella.*

*—Bueno, Jacinto, los dos sabemos que eso no quiere decir nada, porque no hay algo más fácil que cambiar de aspecto en un periquete y más una mujer.*

*—Ya lo creo. Basta un corte de pelo y unos minutos para que actúe el tinte. Tal vez un cambio de ropa con un par de tallas más, zapatos quizás bajos y unas gafas de pasta negra para desdibujar un rostro y pasar desapercibida.*

*—¿Alguna pista en estaciones? ¿Tal vez aeropuertos?*

*—El mismo resultado negativo y eso que se distribuyeron, como antes apuntaba, variaciones a su aspecto para que los agentes estuvieran al loro con eso.*

*—Oye, calculo que batidas en el pueblo buscándole...*

*—Ni que decir tiene, chaval. No una, sino varias. Y, como ya sabes, no se dejó de hurgar en pozos, cuevas y similares. Hasta se llevaron perros adiestrados pero, como te voy diciendo, ni rastro de la chica.*

*—De acuerdo, Jacinto, creo es suficiente para dar mis primeros pasos.*

*—¿Sobre el terreno?*

*—Así es. Tengo intención de, hoy mismo, poner rumbo al pueblo y comenzar la investigación aunque, como bien dices, todos los contadores están a cero.*

*—Y que lo digas, Rodrigo. En mayor medida por el tiempo transcurrido, lo que hace que el*

*personal se olvide de lo ocurrido, la vida transcurra con normalidad y, por mucho que esa anciana se empeñe, a nadie le importa un comino dónde pueda estar su nieta. Esa es la cruda realidad y, como espero, cualquier día suene el teléfono y escuche su voz para decirle que lo siente, que está con el gran amor de su vida, que se encuentra a las mil maravillas y que tendrá hasta algún mocoso a cuestas.*

*—De verdad, Jacinto, que desearía con todas mis fuerzas se hiciese realidad cuanto dices y hasta le devolvería a esa mujer hasta el último céntimo.*

*—Oye, macho, no seas tan desprendido. Todos han cogido la pasta y tú no vas a ser menos. Además, ya me dirás si tu tiempo cuesta dinero ¿O no? Y tu dedicación exclusiva a este caso ¿Qué me dices? Eso vale un potosí.*

*—Ya, sí, Jacinto, pero es que me siento obligado. Verás, la relación que tengo con esa anciana va más allá de la mera de cliente e investigador. Yo diría que es un vínculo emocional, quizás por un motivo para mí desconocido y que nunca había sentido, pero me siento inútil para mentirle, aprovecharme diría, como han hecho todos con tal de sacarle cuanto más mejor. Siendo sincero, confieso cómo acepté la barbaridad de dinero que me ofreció porque estaba en las últimas y hasta pasaba hambre, aparte que me comían los acreedores. Pero, si tengo éxito, te aseguro que le devolveré el dinero y sólo me quedará lo que en justicia sean mis honorarios, añadiendo los gastos que tenga que hacer durante los días en los que permanezca en ese pueblo con tal de poner en claro el caso y, al menos, añadir a lo conocido alguna luz nueva que guíe a su resolución.*

*—Desde luego, chaval, estás atontolinado. Pero ¡Te quieres ir por ahí ya, so memo! Resulta que te larga un pastizal esa vieja y ahora te pones obsesivo a reinar en devolvérselo con un lacito de color rosa y, te recuerdo, de vuelta a la miseria o, mejor dicho, a verle el careto a tu padre con una sonrisa de oreja a oreja para luego cogerle de la manita y pedirle para ir al cine ¡Me cago en...!*

*—Sí, no tengo argumentos en contra, Jacinto. Pero es que me quema ese dinero en el bolsillo. Verás, encontrar a esa muchacha es algo que debo hacer por mi propia voluntad y sin que medie más incentivo millonario.*

*—¡Oye, tío, despierta! ¿No soñabas con ser un gran investigador? ¿No fantaseabas con tener un buen despacho en uno de esos edificios enormes y modernos, con una secretaria y resolver casos de fuste? Y ahora que lo tienes al alcance de la mano te cagas encima ¡Vete a freír espárragos! Pero, vamos a ver ¿Y si logras encontrarle? ¿Y si das con ella? ¿No vale eso todo el oro del mundo para esa anciana?*

*—Conforme, sí, Jacinto. Eso cambiaría las cosas. De todas formas, no creo deba pagarme más de lo que acostumbro a percibir con mis honorarios. Creo es lo justo.*

*—¡Pues nada, hombre! ¡Tú mismo! Pero, te voy a decir una cosa y es que, en cuanto vuelvas a ese estado de necesidad como me has confesado, haz el favor de coger el teléfono y me llamas porque ¿Para qué están los amigos?*

*—No quería molestarte, Jacinto.*

*—¡No es molestia, coño! Si te hacía falta una mano ¿Por qué no la pediste?*

*—Me daba vergüenza, tío.*

*—Oye, quien tiene vergüenza ni come ni almuerza, y nunca mejor dicho.*

*—Lo he constatado ¿Sabes? Te repito que he pasado una racha de verdad mala.*

*—Pues, a eso iba. Aprovecha este tirón y no seas tonto. Esa anciana con que le digas un par de cosillas, sugiriéndole que anda por ahí la nieta, ya se conforma y hazme caso.*

*—No, Jacinto. No sigas por ahí. Le diré la verdad y nada de falsas esperanzas. Si veo luz se*



*lo haré saber, pero si encuentro tinieblas también lo escuchará de mis labios. Si hiciese lo contrario, te lo aseguro, no podría dormir puesto que me asaltarían los remordimientos, y ya sé que otros lo hacen a pierna suelta. Sin embargo, ya sabes que no soy como ellos. Tengo principios y no puedo renegar de ellos.*

*—De eso doy fe, porque te he visto tirar de esos cuando se te puso faltón el cabronazo de Pineda, el muy hijoputa que te la tenía jurada por el talento que demostrabas. Hasta que no te aburrió y entregaste la placa, no paró.*

*—Frena, Jacinto, que todo lo que dices es verdad pero el que se marchó por su voluntad fui yo. Verdad eso de que Pineda estaba empeñado en ello, sin embargo quien dio el paso lo tienes ahora mismo delante hablándote asegurando que, si hubiese querido, me habría plantado y conmigo no puede.*

*—¡Envidia, pura envidia que le salía por los poros! Oye y si se enterase de que te habían encargado este caso, sería capaz de buscarte las vueltas para ponerte una zancadilla, aunque fuese a distancia, hasta utilizando sus maneras en los despachos.*

*—Ahora lo va a tener difícil, Jacinto.*

*—Y tanto, macho. Bonita es la vieja esa. Tiene más agarres que nadie y con ella de aliada ya te aseguro que Pineda tendrá que arañarse la cara de impotencia y más ahora que, por fin y gracias a sus peloteos rastreros, ha conseguido que le ascendieran a inspector jefe ¡Menudo elemento!*

*—Con su pan se lo coma, compañero. Bueno, Jacinto, me vas a perdonar, pero tengo el tiempo justo de acudir a una cita ineludible porque me van a cerrar y, en cuanto liquide ésta, me pongo en carretera para meterme de lleno en ese pueblo serrano.*

*—¿Estás de médicos? No me extrañaría, porque te veo desmejorado y más seco que una mojama.*

*—No ha llegado mi sangre al río, macho. Y no estoy de médicos, sólo he hecho dieta pero forzada por las circunstancias. En cuanto a lo de la cita que no puedo dejar de acudir, te desvelo que tengo que acercarme a la Caja de Ahorros, o mejor dicho al Monte de Piedad, porque empeñé hace unos meses la cadena de oro que me regaló mi madre en la Primera Comunión, y también el anillo de oro también que mi padre hizo lo propio cuando entré en el Cuerpo.*

*—Sí que estabas en las últimas, Rodrigo ¡Anda que si se entera tu padre, para qué queremos más...!*

*—Me corta en trocitos y se los da de comer a los mastines que tiene en la casa del pueblo.*

*—Te fusila al amanecer...*

*—Bueno, no se ha enterado y dentro de un rato estará todo desempeñado y en mi poder.*

*—Gracias a Dios, chaval, porque si no de verdad que, por lo menos, te iba a correr a gorrazo limpio Gran Vía abajo.*

*—Jacinto, un abrazo y también un millón de gracias por ponerme al día —concluyó Rodrigo haciendo lo que decía a su amigo y éste acompañándole hasta la calle adyacente al hotel, donde tenía aparcado el Renault 5.*

*—Bueno, escucha, me he reservado para el final un detalle —le dijo el amigo inspector a Rodrigo, esta vez extrayendo de su bolsillo izquierdo un papel plegado que le entregó con cierto misterio.*

*—¿Sorpresa?*

## CAPÍTULO IV

—¿Sorpresa dices? Pues, la verdad, yo diría que bien grande, Rodrigo. Y oye, cuidadín con soltar que te lo he facilitado. Si Pineda se entera de esto, me crucifica y se encarga personalmente de quebrarme las rodillas para que sufra más que Dimas y Gestas.

—Le creo capaz, y capataz también —respondió Rodrigo abriendo con cuidado el papel, comprobando se trataba de la fotocopia de un texto manuscrito.

—Lo que tienes en tus manos es la reproducción de la hojilla de un cuaderno que estaba dentro de un breviario, el cual encontramos encima de la mesita de noche de esa muchacha. Léelo con tranquilidad, cuando estés relajado y así puedas pensar, a ver si le encuentras algún sentido.

—Pues, Jacinto, veo que es un poema que, parece ser, ha escrito ella o bien otra persona.

—Así es. Puede tener importancia en el caso o, quizás, ninguna. Pero eso tendrás tú que calificarlo porque, tanto por mi parte como también por la de todos los del equipo, no hemos logrado darle su sitio en la escala de misterios sin resolver.

—De acuerdo, amigo, y espero que este riesgo que corres no tenga consecuencias. Me sabe mal que...

—¡Al carajo Pineda! Y tranquilo, macho, que le tengo controlado. Además, lo mismo que nosotros, también los civiles hicieron fotocopias.

—¿El breviario lo tenéis vosotros?

—Qué va, hombre. Sólo el poema. El breviario está donde se encontró.

—De acuerdo. Aprovecharé luego para leerlo con sosiego, a ver si me alumbra este texto y averiguo si lo escribió ella misma o si fue otra persona, aunque tendré que esperar a comparar “in situ”.

—No hace falta, hombre. La letra es de ella y así te ahorro pesquisas.

—Vaya, pues entonces mejor. De todas formas, te digo que a simple vista se ve un toque femenino en el trazo. En fin, compañero, no tengo palabras para este detalle que tienes conmigo y tampoco sé cómo compensártelo.

—Ni gracias ni compensaciones, un abrazo y voy en coche —respondió Jacinto, quien volvió a recibir uno fuerte de su amigo, despidiéndose ambos. Veinte largos minutos después, tras conducir el joven ex policía por entre el tráfico denso madrileño, alcanzó el aparcamiento público que ya conocía para acceder a su siguiente parada. A pie, sumido en sus pensamientos, llegó a la oficina del Monte de Piedad donde encontró una ventanilla sin cola que le vino de perlas. Extrajo las dos papeletas de empeño y se las mostró al empleado.

—¿Quiere renovar el empeño?

—¡No, no! En este caso quiero desempeñar. Dígame el importe con los intereses, por favor —contestó Rodrigo a la pregunta del sujeto, un narigudo con unas pequeñas gafas de presbicia sentado sobre un taburete de madera, enjuto, de barba rala y piel cetrina quien, aupado en aquél, semejava un aguilucho oteando el horizonte en busca de pequeños roedores que calmaran su estómago vacío.

—Enseguida le traigo el anillo y la cadena —advirtió el empleado, entregándole la liquidación que Rodrigo pagó en efectivo sin demora. Luego, desapareció el tipo y el joven se

*sumió de nuevo en sus cábalas. Cuando estaba entre éstas y dándose la vuelta, para observar las personas que se encontraban en otras ventanillas, Rodrigo salió de su ensimismamiento al darse de bruces con algo que hizo que su piel se electrizará en toda su extensión, su corazón latiera a una velocidad desacostumbrada para él y un nudo incómodo notara en su garganta para provocarle casi una arcada, acompañada de un sudor frío.*

Durante un instante, el joven creyó que una aparición espectral se encontraba ante sus ojos, en especial cuando el sonido dejó de existir, el entorno se deshizo en gruesos manchurroneos percibiendo los colores diluidos en un monótono gris profundo, los objetos aparecían convertidos en desfigurados elementos tétricos, y los rostros de las personas transformados en una pegajosa masa sin contorno temblona y amorfa.

Por el contrario, todos sus sentidos se centraron en la joven que permanecía a escasos dos metros de donde se encontraba y cuyo rostro comprendió era el de Pilar. Hasta sus labios hicieron amago de pronunciar su nombre, en tanto su mente quedaba encandilada por aquel rostro de sublime belleza, su sonrisa infinita, su mirada hablándole callada, llamándole en silencio a su lado, sintiendo un poderoso influjo que le llevó en volandas hacia ella y, sin saber cómo, contempló cómo sus manos sostenían una delicada cadena cuyo reflejo dorado le cegó, aunque al momento le permitió aprehender tanto sus facciones como aquellos hipnóticos ojos, casi translúcidos, dirigiéndole hacia el objeto refulgente que le mostraba.

*—¡Pilar! ¡Pilar! —exclamó Rodrigo tal si estuviese poseído, haciendo que cuantos estaban en la oficina quedaran extrañados de su comportamiento cuando comenzó a zarandear de manera literal a una muchacha quien, sin saber qué le pasaba, comenzó a pedir auxilio en voz más alta que la del joven investigador.*

*—¡Oiga! ¿Qué hace usted? ¡Deje a la muchacha! —escuchó Rodrigo como si estuviese suspendido en todo lo alto de aquella oficina, viéndose a sí mismo cómo era empujado por un individuo fortachón y luego tirado al suelo sin contemplaciones, sintiéndose incapaz de reaccionar ante la agresión a su cuerpo, el cual le parecía ajeno a su mente aún cautiva de la ensoñación que, al sentir un fuerte golpe en la cabeza, concluyó.*

*—¡Perdón, lo siento! Señorita, discúlpeme, le he confundido con otra persona —parecía no encontrar Rodrigo ni las palabras, ni el tono, ni la forma de decirlas, para hacerse perdonar por aquel arranque de locura repentina que había tenido por primera vez en toda su existencia. Incluso así, le llevó unos segundos discernir lo que veía, puesto que el rostro de Pilar, recordado de la foto mostrada por su abuela, se mezclaba en su mente con el real de aquella muchachita asustada todavía y que retrocedió a cada sílaba que el joven pronunciaba, sin éxito para su intención de que se olvidara el asunto.*

*—¡Bueno, siga con sus cosas, amigo! —le soltó el individuo de espalda de armario de tres puertas, con una expresión de “Bulldog”.*

*—¡Oiga! ¡Oiga! —escuchó Rodrigo cómo le llamaban la atención desde la ventanilla donde había tramitado el desempeño, observando el rostro narigudo del empleado que le había atendido, quien le mostró los objetos y un documento que le requirió para firma.*

*—¿Eso es todo?*

*—Pues claro ¿Qué quiere más? Una vez liquidado, todo es suyo. Una firmita y listo.*

*—De acuerdo, sí —dijo Rodrigo, quien suscribió el documento, se guardó a buen recaudo sus posesiones preciadas y ya recuperadas, sin temor a que llegase a los oídos de sus padres la maniobra que había realizado por su estado de necesidad, para luego dar media vuelta, todavía pensando en lo que acababa de ocurrirle y dirigirse hacia la salida de la oficina.*

Sin embargo, tan sólo pudo avanzar apenas unos metros ya que el nudo en la garganta regresó,

la arcada pareció ganar terreno en el esófago, el estómago embravecido le mandó señales de que tenía ganas de enviarle para arriba lo ingerido desde el amanecer de ese día, las piernas y las manos se pusieron temblonas, un sudor repentino surgió en su frente y hasta pudo observar cómo una gota de éste caía, como a cámara lenta, encima de uno de sus relucientes zapatos “Yanko” recién adquiridos.

El joven detective, superponiéndose a todo aquel carrusel de sensaciones corporales, logró mantener su mente lúcida y como si fuese movido por un resorte adherido a su cuerpo, dio media vuelta, anduvo esta vez con paso firme y llegó de nuevo hasta la ventanilla donde había estado, sin que él mismo supiese a ciencia cierta cómo, cuándo ni por qué.

*—Quiero ver lo empeñado por Pilar Brackenbury —le soltó Rodrigo al empleado, de igual forma sin una explicación convincente para sí mismo de lo que estaba haciendo, toda vez que se comportaba para su propia percepción como un simple autómatas, incluso sin poder determinar si lo que ocurría era presente, pasado o, tal vez, futuro.*

*—¿Qué? Oiga ¿Está usted en sus cabales? —respondió el empleado narigudo de la ventanilla con una expresión malhumorada y, en cierta forma, desafiante observando el rostro tan pálido de Rodrigo, el sudor que perlaba su rostro y los ojos como perdidos —¿No le basta con lo que acaba de hacer? Ya ha montado usted una buena hace un momento y parece ser que continúa en sus trece. Mire que por menos llamo a la policía y... ¡Además, que a usted le voy yo a decir si esa “brackquensequé” ha empeñado aquí! ¡Está usted aviado, amigo!*

*—No le estoy pidiendo nada, señor ¡Se lo ordeno! —contestó Rodrigo muy serio, nivelando tanto su expresión como el tono al de su interlocutor con ridículas gafas de presbicia, que parecieron resbalarle de su peculiar nariz cuando observó de cerca la placa policial mostrada por aquél, la cual conservaba y que utilizaba “in extremis” en sus pesquisas para aflojar voluntades allá donde pisaba terreno pantanoso.*

*—Bueno, inspector, no se ponga usted así. Verá, no era mi intención... —le faltó tiempo al empleado para disculparse, sin dejar de apartar su mirada de la placa oficial.*

*—De acuerdo. No se preocupe. Ahora, por favor, vaya a buscar el empeño de Pilar Brackenbury Conradi —Rodrigo, a quien le había vuelto el color a su rostro, desaparecidos todos los síntomas de un síncope de cuidado y además su mente controlando tanto la situación como también todo su cuerpo, escribió en el reverso de una papeleta de empeño usada el nombre exacto con la peculiaridad anglosajona.*

*—No se preocupe, inspector, que ahora mismo lo miro en el archivo, que puede o no puede estar y, en el primero de los casos, no se apure que se lo traigo enseguida —se mostró complaciente como nunca el tipejo, se ajustó las gafas, se mesó el poco cabello que le quedaba y dio media vuelta hacia el interior de las entrañas de la oficina, momento desde el cual Rodrigo no apartó ni un segundo su mirada de donde, absorbido por la oscuridad del profundo pasillo, aquél había desaparecido de su campo de visión.*

Así transcurrió un tiempo indeterminado, aunque para él cercano a la eternidad, hasta que su cuerpo se puso en tensión al distinguir la reconocible figura del empleado de la ventanilla — precedida de su enorme nariz, rematada con un pegote basto de carne con pequeñas venas rojizas, y cruzada por dos pequeños y peludos orificios— acercándose con paso vertiginoso para su júbilo.

*—Bueno, inspector, parece que ha habido suerte y, si no, fíjese —dijo el empleado y Rodrigo recibió algo parecido a una descarga eléctrica que volvió a erizar su vello, a sacarle los ojos de las órbitas y su corazón encabritado galopar como el de una gacela corriendo por su vida, sintiendo el aliento cálido y agrio de un guepardo en plena sabana.*

—Muy bonito, sí, señor —dijo el empleado mostrándoselo de cerca —Es una Virgen, y la cadena de categoría.

—La Virgen de los Reyes —habló Rodrigo sin conocimiento de causa, pero dándose cuenta cómo sus labios habían pronunciado aquella frase sin que pudiese evitarlo.

—Pues, oiga, hay tantas ¿Verdad? En mi pueblo lo menos dos, y a cual más milagrosa.

—Enséñeme los detalles del empeño —dijo de manera seca Rodrigo y obedeció sin chistar aquel hombre, suave en sus maneras a la vista del cargo policial, y comprobó el joven investigador que cumplía todos los requisitos, incluyendo el documento de identidad y fecha de dos de octubre del mil novecientos setenta y ocho.

—¿Todo en regla?

—Imagino que le pedirían el documento de identidad al hacer el empeño.

—¿Cómo no? Sin eso le aseguro que imposible. Y aquí nadie se salta las reglas.

—Bien. Vamos a hacer una cosa y le pido la mayor discreción.

—Cuenta con ella, inspector. Usted dirá.

—Lo primero es que me va a decir a cuánto asciende el desempeño, se lo abonaré sobre la marcha y en efectivo con los intereses y, en segundo lugar, tendrá que mantener la boca cerrada hasta que yo mismo, y digo que sólo yo, lo autorice. No deberá comentar nada de esto a sus superiores y si, por casualidad, aparece quien empeñó este objeto de inmediato me llamará al número de teléfono que le escribo en este papel, el cual guardará enseguida sin más señas ni identificación, pero que memorizará su función en ese caso hipotético. Cuanto le pido de discreción es extensible incluso a compañeros del Cuerpo de Policía o bien Guardia Civil. Esto es muy importante, porque debe saber que es asunto muy delicado que afecta a la seguridad nacional.

—Oiga, inspector —habló en voz muy baja aquel tipo, quien en ese momento también sudaba de manera generosa y le temblaba la voz —Punto en boca y no se preocupe que soy una tumba.

—Se lo agradezco y tenga la certeza que está haciendo un servicio a nuestra patria. Ahora, dígame esa liquidación y consigne ésta en la documentación. Y recuerde que, si la titular aparece para renovar el empeño, hágamelo saber.

—“Ipsa facto”, inspector. Aquí tiene usted un patriota de verdad y de Regulares de Melilla ¡No hay más valientes! A sus órdenes —respondió con gracejo esta vez aquel hombre, a quien Rodrigo había tocado la fibra sensible, algo así como su punto débil de una manera magistral hasta el punto de ponerse a comer en su mano con una confianza ciega, de tal forma que volvió a actuar tal cual había ordenado, con ese punto de liderazgo que Rodrigo tenía y que explotaba rara vez siendo uno de sus virtudes manifiestas en cuanto se le trataba.

Un minuto después el joven investigador, con el preciado objeto de Pilar ya en su poder, abandonó todavía en una nube de satisfacción aquella oficina que había resultado la piedra angular del caso que, por momentos, sentía como un regalo divino dejado caer en sus manos para exorcizar sus miedos, fracasos y frustraciones de tantas jornadas aciagas vividas a cara de perro; pareciéndole entonces que todo el mundo se confabulaba contra él y sus sueños.

Rodrigo condujo de nuevo por un Madrid a un veinte por ciento de capacidad, dando gracias a que el tráfico aún no se convirtiese en una versión del infierno en la tierra, y no tardó en llegar de nuevo hasta la calle de La Princesa, aunque esta vez aparcando en los aledaños de la Plaza de España y encaminándose al Hotel Meliá, accediendo hasta la recepción donde enseguida le atendieron.

—Por favor ¿Podría avisar a Doña María de los Reyes Mañara? De parte de Rodrigo

Pascual.

—Sí, aguarde un momento, señor —le respondió una amable, y también guapísima a su parecer, recepcionista.

—Le ruego suba, señor Pascual. Habitación 333 —le indicó la joven, nada más colgar el auricular y ofrecerle una sonrisa tan grande como sus ojos color avellana. Con la cara como un tomate, Rodrigo agradeció a su vez la cortesía y, dando media vuelta se dirigió hacia la zona de ascensores. Tres plantas más arriba y después de soportar la mala educación de dos sujetos de piel indeterminada, hablando en un idioma que sonaba a chatarra apretujada a un nivel sonoro que hacía temblar el acero del ascensor, llegó justo ante la habitación indicada; la cual encontró abierta y, sujetando el picaporte con la ansiedad dibujada en su cara, a la anciana.

—No me ha dado un infarto agudo de milagro cuando ha sonado el teléfono, jovencito —le soltó a Rodrigo aquella mujer, nada más rogarle que pasara y tomara asiento en la suite, donde disponía de dos habitaciones en la que la primera hacía de recibidor con una decoración suntuosa que dejó sorprendido a Rodrigo.

—Bueno, señora, es cierto que le advertí de que si tenía alguna novedad vendría hasta aquí, sabiendo además que había retrasado su vuelta a Sevilla a esta tarde. Contando con eso, pues he decidido acercarme y hacerle participe de mis primeras pesquisas.

—Hijo, te soy sincera, no me atrevo a preguntarte de lo excitada que estoy. Me tendré que tomar algo porque, a este paso, no llego viva al aeropuerto de San Pablo.

—Bueno, entonces no sé si será mejor que me vaya y cuando esté en mejores condiciones...

—¡No, por Dios! Me muero por conocer los detalles de lo que hayas podido averiguar.

—De acuerdo. Vamos allá. En primer lugar, me gustaría enseñarle una cosa que ha llegado a mis manos, digamos que de manera extra oficial y le ruego la mayor de las discreciones.

—No tienes ni que mencionarlo. Cuanto tratemos estará a salvo conmigo, hijo.

—Gracias, señora, aquí tiene —añadió Rodrigo con una sonrisa, al tiempo que extraía con cuidado la hojilla con el poema manuscrito facilitado por Jacinto —Y tenga en cuenta que sólo es una fotocopia, como puede colegir por su apariencia y también por la textura del papel.

—A ver —dijo la anciana, mientras se colocaba las gafas de presbicia y comenzaba a leer.

—Veo que algo le dice ese poema —preguntó Rodrigo tras darle un minuto para que lo leyese en su integridad, cuando a su término la anciana no pudo evitar las lágrimas.

—Si te digo la verdad, ni idea. Es precioso, pero desconozco qué significa. No obstante, la letra si es con seguridad de mi niña —respondió emocionada de nuevo.

—Tranquílcese, y si quiere paramos y...

—¡No, no! Adelante, sigamos.

—Bien, entonces tengo que preguntarle por el sitio donde se localizó ese poema, y es que estaba entre las hojas de un breviario.

—Sí, por supuesto. Es el que le regaló mi hermano a Pilar. Él es canónigo de la Santa Iglesia Catedral de Sevilla y cuando la niña terminó la carrera se lo dio. Desde entonces, te puedo asegurar cómo no se separa de él.

—De acuerdo. Ahora, señora, me va a permitir una pregunta que preferiría no hacérsela pero que, ya metido en el caso, es mi obligación.

—Tú dirás, y no te apures.

—De acuerdo, entonces dígame con la mayor sinceridad si en los meses o días previos a su desaparición tuvo su nieta con usted, pongamos, algún altercado, discusión o cualquier otra divergencia por un motivo o, disculpe que se lo diga, alguna persona que usted se opusiese.

—Ni mucho menos. Absolutamente nada de eso. Ni hubo pareceres encontrados, ni tampoco se cruzó algún jovencito por medio. Y te digo más porque, si esto hubiese sido, así me habría alegrado y ella lo sabía, puesto que tenía una edad propia para ello. Así queda respondida esa pregunta tan difícil y, como ves, ha sido facilísima.

—Entendido. Era sólo rutina, pero hay que cumplirla para no dejar algún cabo suelto en este tipo de investigaciones, donde cualquier detalle conduce hasta la verdad.

—Espero sean así todas tus preguntas.

—Me temo que lo que viene ahora sea de más voltaje, señora, y le anticipo que yo mismo hace un rato he estado a punto de quedarme en el sitio.

—Explícate.

—Quiero decir que he tenido algo así como una revelación, por llamarlo de una forma que usted pueda entenderme. Yo mismo, que soy poco dado a lo sacro, que me decanto por lo profano, he sido sometido a una prueba de fuego que casi me deja fundido. No obstante, será mejor que le refiera cómo he tenido que acudir a desempeñar dos objetos de gran valor que, por necesidad y usted ya se imaginará el motivo, tuve que empeñar para seguir con mi aventura de investigador. Gracias a su entrega a cuenta pude hacerlo y, cuando estaba aguardando en la cola del Monte de Piedad, le aseguro que, no sé de qué modo, pude ver a su nieta a escasos dos metros, delante de la ventanilla contigua y pude comprobar primero que era ella en verdad y, lo más extraño, que llevaba en sus manos una cadena con una medalla...

—¡Mi Virgen de los Reyes! —exclamó la anciana, agarrándose de manera instintiva a los brazos del sillón de piel legítima de color verde donde permanecía sentada y observando, esta vez con el rostro contraído, a Rodrigo.

—Justo así es y, no me pregunte cómo, en el momento de describir al empleado que me atendía lo que había observado en mi delirio le solté exactamente eso que usted acaba de decir.

—¡Santísima Virgen de los Reyes, tráemela sana y salva! —volvió a exclamar la mujer, y esta vez sollozando de una forma que conmovió una vez más a Rodrigo —¡Ella! ¡Ella te ha hablado, hijo!.

—No sé si me habló, señora, pero el caso es que actué como si no estuviese en mí y pedí de manera vehemente al empleado que buscara un empeño a nombre de su nieta.

—¡No me digas eso, muchacho!

—Bien, perdóneme, tal vez deba parar, señora, no vaya a ser que la emoción...

—¡Ni se te ocurra! Llevo dos años larguísima rezando y esperando que alguien me traiga algo de mi niña y, cuando lo tengo a un palmo, no voy a permitir que este corazón cansado se pare así como así ¡Soy fuerte y aguantaré!

—De acuerdo —continuó hablando Rodrigo, si bien algo titubeante contemplando cómo la sangre subía hasta el rostro de su interlocutora, pareciéndole ésta ya al borde del colapso —Tal como decía, sin una explicación convincente para mí, permaneciendo en ese momento algo atribulado y sin encajar los acontecimientos que por mí mismo no había desencadenado, apareció el empleado que le comenté confirmando que Pilar había empeñado lo que ahora pongo en sus manos.

—¡Virgen mía! —exclamó la anciana en un sonoro lamento, a modo de grito que dejó mudo a Rodrigo, al sentir aquélla el metal noble con la efigie virginal en sus manos presas de un persistente tembleque —¡Es de Pilar! ¡Es de Pilar! —añadió entre lágrimas sin dejar de mirar el objeto que le hizo quedar ausente, tirar de ella hasta un lugar recóndito en su memoria, borrado el presente y viajando como si pudiese de manera caprichosa jugar con el espacio tiempo, apartando como hojas de un gigantesco calendario las jornadas de su larga existencia.

Absorta por completo, la mente de la anciana cruzó aquéllas en un frenesí subyugante hasta alcanzar ese justo día, cuando sus manos colocaron en el cuello de Pilar la cadena con la medalla colgante sobre su pecho juvenil y ésta le devolvía esa mirada de intensa dulzura, de pulcra inocencia, transmitiéndole ese cariño sin envés, ese amor sin mácula, desinteresado, poderoso, aquilatado durante una vida juntas, encontrándose en la amarga soledad del desamparo materno de su nieta, llenando ese hueco provocado por la fatalidad, fingiendo a veces esa forma cuasi varonil de reconvenirle haciendo lo propio por la ausencia paterna, dolorosa y cuya herida supuraba en cada momento clave de la vida de la pequeña huérfana.

Todavía sumida en su ausencia del mundo material, atada a sus recuerdos, la anciana rememoró cómo había llegado Pilar a su vida para componer una sinfonía de momentos amargos, por el dolor de la pérdida de ambos progenitores, pero de crescendos plenos de felicidad con el paso del tiempo y la eclosión de una niña en mujer, de la inocencia a la belleza esplendente, de la travesura a la inteligencia, de la cabezonería juvenil a la reflexión veinteañera, de la insumisión adolescente a la excelencia universitaria, de la imbatible resistencia a la justa admiración por quien daba la vida entera por ella y su futuro, demostrándole cada día su agradecimiento por esa sincera dedicación hasta conseguir fuera un ejemplo de perfección consigo misma y también con los demás; respetuosa, amable, cariñosa, nivelada esa belleza externa de la forma con el fondo inabarcable de su bondad, por la que a nadie exigía y a todos entregaba.

—¿Se encuentra bien? ¡Señora! ¡Señora! —a Rodrigo no le llegaba la camisa al cuello cuando observó a la mujer con la mirada perdida y la respiración forzada, lanzando de vez en cuando algún que otro suspiro que no le dio buena espina, hasta el punto de plantearse descolgar el teléfono y avisar a la recepción para que, a su vez, enviaran algún facultativo que seguro habría en el hotel.

—Tranquilo, joven, no te preocupes —reaccionó por fin la anciana, abandonando sus recuerdos, y Rodrigo pudo relajarse lo suficiente para mostrarle una sonrisa que aquélla agradeció.

—Menudo susto me ha dado.

—No voy a mentirte, hijo. La visión de la medalla me ha nublado el entendimiento y, por un instante, me parecía que habían acabado mis días y pasaban éstos por delante de mis ojos como en un tiovivo desbocado. Hasta creía estaba en ese momento colocándosela a Pilar aquel día que se la regalé y ella, bueno, ya te imaginarás qué contenta. Pero, ya ves, aún estoy entre los vivos y ahora, con este maravilloso hallazgo tuyo, con más fuerza me resistiré para marcharme al lado de Jesús y todos los míos. Tengo una misión que cumplir y no renunciaré ni un sólo día a completarla. De momento, me acabas de dar una esperanza que no cabe en mí, Rodrigo. Bravo por ti y te digo que cuando te vi por primera vez, allí en el ascensor, algo me advirtió de que serías diferente a los otros.

—Comprendo su satisfacción, señora, pero acabo de confesarle que no es mérito mío. Tan sólo es que...

—No te quites méritos. La forma en que has tenido esa idea de preguntar por el empeño de Pilar es lo de menos. Lo importante es que has dado con una pista colosal.

—Bien, precisamente quería hablarle de este detalle...

—Con tener esto en mis manos, es suficiente.

—Incluso así, señora, es mi deber decirle que he cometido un delito, y grave si le digo la verdad aunque, en mi descargo, realizado en aras de encontrar a su nieta. De tal modo que he utilizado una documentación policial falsa, he soltado una trola rocambolesca al empleado que me atendió, quien se la ha tragado hasta dándome las gracias por hacerle participe en la



sombra de todo este embrollo, y ya se imaginará que he desempeñado ese objeto con suplantación de identidad, lo que es gravísimo. Por ello, le voy a rogar que mantenga en secreto riguroso todo este asunto y guarde bajo siete llaves la medalla. En cuanto al sujeto que me la facilitó, espero que aguante la lengua y, si no lo hiciese, ya buscaría yo la forma de salir del apuro.

—Hijo, lo primero es que te agradezco de corazón lo que has hecho y no hables de delito alguno, porque se trata de la vida de una persona y todo lo que se pueda hacer por encontrarle es poco, por lo que incluso te autorizaría yo misma salvo que hicieras daño a nadie, por supuesto. En cuanto a que puedes tener problemas legales, pierde cuidado porque aquí estoy yo y me basta descolgar ese teléfono para poner firme a quien tú me digas.

—Bueno, gracias, señora, espero no haga falta molestarle por algo así. Confío en que solucionemos todo con antelación a que salte la liebre. A propósito de esto, tengo que decirle que el empeño de la medalla nos habla no de una, sino de varias opciones de lo que realmente ocurrió con su nieta.

—Cuéntame, hijo.

—Conforme, en primer término tenemos la posibilidad que usted misma barajará como más lógica, la cual es que ella ha echado mano de ese objeto para conseguir dinero y así continuar su aventura, lo más probable que acompañada, resistiéndose a pedir ayuda a usted y, calculo, más por vergüenza tras el daño causado, que por otro motivo más mundano.

—Yo le ayudaría en lo que fuese, sin preguntarle, ni echarle un buen sermón.

—Por mi parte no lo dudo. Pero, en el caso de su nieta piense que ha cometido un gran error y enmendarlo pasa por volver y ser la diana de muchos para tirar dardos de incomprensión, seguro acrecentándose el sentimiento de vergüenza en ella. Es lógico que se piense esta cuestión y prefiera ahondar en su error antes de verse reconvenida por una sociedad que, durante mucho tiempo, le recordará aquél y la desazón infringida tanto a usted como a toda su familia y amigos.

—La Virgen Santísima le dé fuerzas para dar marcha atrás, convencerse a sí misma que todos le echamos de menos y ni un solo reproche saldrá de nuestros labios y sí el deseo enorme de abrazarle.

—Entiendo, señora. No obstante, si me permite, voy con más variables que se abren con este hallazgo y, disculpe que se lo adelante, no tan benignas como la primera que ya de por sí duele y mucho. Por lo tanto, me refiero a que, como posible, ese objeto se lo hayan arrebatado incluso por la calle como es norma hoy en día con jóvenes desquiciados por conseguir dinero para drogas o, bajo amenaza, robado por algún facineroso de los que pululan por estaciones de autobuses, de tren o, metro como el de Madrid.

—Rezo, hijo, porque no sea así y le hayan hecho daño a mi niña.

—A eso iba, señora. Y vaya usted perdonando lo que voy a decir, pero no tengo más remedio. Por ello, puede también que, en fin, le hayan hecho ese daño que usted misma dice y luego le hayan quitado la medalla para que alguna otra mujer lo empeñase asumiendo su personalidad y también su documentación que, tengo por seguro, mostró al hacerlo.

—Ni pensar quiero en eso ¡No, Dios mío, no lo permitas! ¡Virgen mía, protégele, muéstrale el camino!

—De cualquier manera, señora, mantenga la fe en que todo irá bien ya que, con ese planteamiento que le acabo de hacer, nos mantenemos en un claro cincuenta por ciento de posibilidades de que ande por ahí tan campante y eso, se lo aseguro por experiencia en otros casos parecidos al de su nieta, es mucho.

—A eso me aferro, hijo, con todas mis fuerzas. Y, por cierto, no me has dicho con qué fecha hizo Pilar el empeño.

—Es verdad, disculpe. Fue el día dos de octubre del mil novecientos setenta y ocho.

—Vaya, casi dos meses después de su desaparición.

—Sí, claro. Encajaría en ese momento en el que habría agotado sus reservas de dinero, imagino que su nómina como médico del pueblo, tal vez algún ahorro, y ya precisaría efectivo. Por lo tanto ¿Qué mejor forma que conseguirlo con un empeño?

—Y en Madrid.

—Sí, señora. Por mucha aventura que desease ella, incluso su acompañante si lo tiene que es lo más probable, tendrían que llegar hasta la capital de España puesto que es el nudo del país para realizar traslados a otros puntos, sean del interior o la costa. En este caso último sería, a mi modesto entender, donde se habrían dirigido teniendo en cuenta aquel fatídico quince de agosto y regresarían a realizar el empeño para, de nuevo ya aprovisionados, coger carretera y manta.

—Dicho así, todo cuadra.

—Bueno, verás, sólo es un poco de lógica y, con sinceridad, poniéndome en la piel de su nieta o, mejor diría, en la de su actual acompañante.

—Pero, si lo tiene, del pueblo no es. La policía me aseguró que nadie de su círculo había abandonado el pueblo.

—Nada de eso, señora. Sería demasiado evidente y feliz para sus intereses. Sin embargo, en este caso, su huida es con alguien que conocería antes o durante, pero nunca en el pueblo, con lo cual totalmente descartada cualquier compañía masculina de la población pero, ese es otro tema, no así en caso de que fuera femenina.

—¿Femenina?

—Señora, no se alarme. Sé que es un tema delicado, pero entenderá que mi papel como investigador me lleve a sopesar no sólo la parte superficial de las cosas, sino también la menos transparente y, como imaginará, oculta a los ojos. Por eso, no podría descartar que fuese otra joven quien acompañase a su nieta.

—Entendiendo lo que dices, jovencito, ya que soy veterana pero estoy al día en todo, tengo que decirte con rotundidad que eso que dejas en el aire es imposible. Es más, te puedo asegurar que Pilar tuvo escarceos amorosos en su etapa universitaria y no llegó a más con ningún chiquillo porque ella era mucho más madura y, sumando su dedicación plena a la pastoral diocesana, hicieron que no cuajaran los intentos de relación con vistas a un hipotético matrimonio a futuro. Lo que sí es verdad, y no lo niego, es que en el momento de marcharse a ese pueblo no tenía ningún moscardón a su alrededor. Y de otras mujeres, nada de nada, hijo.

—Bien, ya me lo figuraba pero era mi deber agotar esa posibilidad y, pidiéndole un nuevo esfuerzo de memoria y de paciencia con mis teorías descabelladas, dígame si desde esa fecha de su desaparición alguna joven amiga suya, digamos de la Facultad o bien de esas tareas caritativas o eclesiales, también se le echó en falta.

—Con la misma rotundidad te respondo. Conozco a todas y cada una de ellas, de familias de gran abolengo en Sevilla con las que mantengo mucha amistad y trato casi diario, y te aseguro que ni una sola falta tanto desde ese día como mucho después, incluso te diría que ahora mismo.

—Bien, mejor, señora, así que descartado el tema femenino, y reitero mis disculpas.

—Tranquilo, ya sé que estas cosas que eran tabú en mis años mozos ahora, en los tiempos que corren, están a la orden del día. Pero, sin dudarlo, no es el caso y Pilar es pasional pero

con los hombres y, en confianza, muy altos, morenos pero con ese color de ojos que tú mismo tienes.

—De acuerdo, de acuerdo —agachó Rodrigo la cabeza para evitar que le viese en su totalidad la cara toda encendida por su comentario —Entonces, así doy por cerrado el tema y más cuando me consta que en el pueblo, de igual forma, al parecer tampoco han existido ausencias femeninas. Sin embargo, permóname un nuevo atrevimiento y le pregunte si se ha reservado algo para usted, me refiero relacionado con su nieta.

—¿Reservado?

—Sí, señora, quería decir si tuvo algún encontronazo o, si le parece, alguna diferencia de criterio con Pilar en algún motivo que le llevase a tomar esa decisión y, apurando mi indiscreción, si hubo por medio algún muchacho.

—Bueno, ya te he comentado lo de sus amoríos juveniles. No sé qué más puedo decirte y, en cuanto a lo de algún disgustillo entre nosotras, sólo te diré que nada que tuviese importancia.

—Señora, no sé cómo decirle esto pero creo que no me ha contado algo y, siento advertírselo de esta forma, si se reserva algo —apretó Rodrigo las tuercas y llevó al rostro de la anciana una inquietud que de por sí ya esperaba con ese comentario, expresado en un tono monocorde que intimidó a aquélla.

—No, claro que no, hijo.

—Verá, he observado sus gestos, la forma de modificar su posición en el asiento, la mano derecha tapando de manera leve sus labios tensos, la ceja izquierda enderezada al escuchar mi pregunta, aparte de coger el crucifijo que le cuelga escondiéndolo en su mano para luego introducirlo de manera rápida entre su ropa.

—¡Jesús bendito! ¿Todo eso he hecho?

—No se preocupe, señora. Todos hacemos movimientos mecánicos, de manera inconsciente. Sólo que suelo fijarme en esos detalles y, le insisto en ello, me indican que tiene en su interior un conflicto de intereses con tal de confesar algo íntimo que, siéndolo y por supuesto respetándolo, para mi investigación pudiese resultar crucial para ulteriores indagaciones.

—Me rindo, jovencito y también te pido yo esas disculpas que, con tanta insistencia, antepones siempre a tus frases. Admiro tu educación y respeto por mí, aparte de quitarme el sombrero al adivinar que tengo un secretillo que, la verdad sea dicha, me daba y me sigue dando algo de vergüenza compartirlo contigo. Así que reconozco que Pilar y yo tuvimos unas palabritas por motivo de que, como nos pasa a todas con esa edad, se encaprichó de un chico que conoció en la Feria de Abril, como es norma durante esas fechas en la caseta de nuestro club, y que no era de mi agrado por una cuestión reconozco que muy egoísta por la parte que me toca y no voy a mentir porque me parecía un caradura a la caza de una rica heredera, en especial porque no tenía ni oficio ni beneficio. También confieso que cometí un error grande al ponerme brava por ese motivo ya que, como imaginarás, la niña se colocó a la defensiva y más se emperró en seguir la relación. No te voy a negar que ahí Pilar sacó carácter, más teniendo a quien salir, y se pegó un buen berrinche pagándola conmigo cogiendo sus cosas y marchándose de casa para acomodarse en la de su amiga más íntima. Pero no creas que se llevó fuera más de unas cuantas semanas, en las cuales yo lo pasé fatal rezando Avemarias para que volviera. El caso es que, nada más se acabó el verano, se presentó con el rabo entre las piernas, si bien se llevó casi un mes más sin que dijera esta boca es mía. Ya supondrás que no se lo tuve en cuenta, puesto que con su presencia a mi lado ya me conformaba. Así que me armé de paciencia y al final se le pasó aquel mosqueo, hasta confesándome cómo había sorprendido al caballere te en cuestión con su amiga del alma, y no precisamente jugando al parchís. No encuentro la palabra

de disculpa para decirte que, si ese fue un error con Pilar, en esta oportunidad lo he cometido contigo.

—No se apure, señora. Ya sé cómo intentaba dibujarme a una Pilar inmaculada, casi etérea, libre de tentaciones materiales, menos aún carnales, y así le imaginé. Pero, incluso conociendo ahora esta anécdota, continuo oliendo a azahar cuando pronuncia su nombre. No obstante, esa forma de actuar manchándose de casa, hasta de negarle la palabra, habla de su propensión a este tipo de castigo, y no se alarme porque utilice este término, cuando no consigue sus deseos. En realidad su nieta, al abandonar el hogar y también al regresar con enfado durante tanto tiempo tras su fracaso, constatando la advertencia que le había hecho usted respecto a ese muchacho, sólo buscaba causarle dolor o más, bien, devolverle el sentido por ella al minar sus expectativas, pongamos que sus fantasías, al cortarlas con un baño de realidad durísimo para sus proyectos de futuro.

—Te entiendo, pero antes lo has dicho muy bien porque fue una anécdota y además olvidada tanto por ella como, en especial, por mí. Las aguas volvieron a su cauce y nos perdonamos mutuamente.

—Por lo tanto, entiendo no tuvo nada que ver en esta, si fuese el caso, huida de su nieta.

—Por supuesto que nada. Aquello se olvidó y ella se centró en su trabajo en el hospital como residente, amén de volcarse con su tarea solidaria con los necesitados que acudían a la parroquia donde está nuestra Hermandad.

—De acuerdo, señora. Cerremos el tema, pero entenderá que piense cómo ese patrón de comportamiento pudiera haberse repetido.

—No creo. Te aseguro que no había nadie por medio y si estaba yo mismo enfurruñada, lo cual reconozco, era por esa tontería de irse tan lejos de casa. Se le metió en la cabeza y hasta que no lo consiguió, pues no paró. Ya te comenté ayer de qué manera eso de ayudar al prójimo lo llevaba a gala y, para mi pesar, por encima de mí misma y quien se pusiese por delante.

—Diría que quiso poner tierra de por medio.

—Es duro escucharlo así, pero era la realidad. Pero te voy a decir una cosa, y esto también para ti y para mí.

—Soy como el cura, el médico o el abogado, señora. Cuanto diga estará a salvo.

—Te creo. Por eso mismo te confío que esa obcecación de Pilar tenía que ver, aparte de su lado más humanitario y como seguidora radical del Evangelio, con una forma de herirse a sí misma.

—¿Penitencia?

—Es eso justo, muchacho. Lo pensé en su momento, sin decirle nada, y lo sigo pensando. Nunca salió de sus labios una palabra para relacionarlo con el episodio que acabo de referirte con cierto pudor. No obstante, yo intuí que había decidido purgar su culpa, o lo que ella sentía como tal, al haber caído en las redes de ese sujeto sin escrúpulos, sobre el que le habían llegado avisos y no sólo de su abuela, sino de otras amigas.

—Entiendo, señora. Agradezco su sinceridad y sumo sus palabras a las que antes me han hecho conocer más a fondo, sin aderezos estéticos ni benevolentes, ese carácter de Pilar, diría que tan tormentoso como justiciero consigo misma.

—No lo podía haber referido mejor yo misma, hijo, y admiro tu sagacidad para arrebatarme algo que tenía a buen recaudo y que ni la policía, ni la Guardia Civil, ni tampoco los fiscales y jueces conocen, al menos, de mí.

—Lo tendré en cuenta como oro en paño, señora, y me alegro conocer ahora todas las aristas para entender las motivaciones de Pilar, y si éstas fueran en su día suficientes para

*desvanecerse como así ha sido.*

*—Espero que le encuentres lo antes posible.*

*—Haré todo lo que esté en mi mano para que así sea.*

*—Bueno, jovencito, es hora de hablar de negocios.*

*—¿Negocios?*

*—¿No lo recuerdas? Te prometí un suculento incentivo por encontrar un solo indicio de Pilar y, como es evidente mientras sostengo su medalla con la imagen bendita de mi Virgen de los Reyes, lo has conseguido al primer intento y sin que transcurriese ni tan sólo un día desde que decidieras arrojarte a esta investigación que creías te quedaba grande —dijo la mujer con la primera sonrisa de aquel mediodía, en tanto extraía de su bolso un libro de cheques, tomaba uno y lo extendía con una bellísima escritura inglesa a nombre de su joven investigador, llegado como regalo del Cielo en un caluroso día de verano, con un valor de medio millón de pesetas, el cual firmó y entregó sin que éste reaccionara observándolo con gesto serio.*

*—No puedo, por favor. Guárdese o, mejor, rómpalo.*

*—¿Qué dices? Es por tu trabajo, y diría que excelente, digno de un gran investigador que, sin embargo, y por tu petición de sigilo tendré que aguantarme para contarle a los cuatro vientos. No obstante, una vez termine todo, ya verás cómo hasta en los papeles saldrás por tu sagacidad y espero que mi Virgen te siga alumbrando.*

*—Señora, ya me dio una cantidad muy por encima de lo que son mis honorarios. Por lo tanto, es suficiente para mí. No me debe nada, ni ahora ni mucho menos cuando concluya la investigación. No es ético, ni moral. Hago esto por usted, por su nieta. Deseo hacerlo por convicción propia y no porque quiera obtener su dinero.*

*—Joven, te honran esas palabras pero este cheque, con esa cantidad escrita no significa dinero, sino algo menos material y más espiritual y se llama agradecimiento.*

*—Sería algo contra mis principios —insistió Rodrigo ante la incredulidad dibujada en la cara de la mujer —Le reitero mi gratitud también, señora, pero no aceptaré un céntimo más.*

*—Jovencito, antes te he hecho ver cómo se las gasta mi nieta cuando algo no le sale a derechas. Sin embargo, no es nada comparada con ésta que te habla y, si te digo que quiero recompensarte, lo haré quieras o no. Así que tú verás...*

## CAPÍTULO V

Rodrigo conducía su “Renault 5”, comprobando cómo el arreglo a fondo en el taller había tenido un efecto formidable a la hora de rodar por la carretera, incluso siendo una de montaña como la que transitaba en una jornada que, si bien calurosa en toda la meseta, en aquellas alturas de la sierra se hacía llevadero y, en algunos momentos, parecía que el calendario retrasaba su marcha hasta los días de la primavera pasada con temperaturas deliciosas para dar paseos y contemplar los paisajes, en especial los que sus ojos admiraban aunque sin que la fastuosidad de las flores luciendo sus mejores galas.

Más tarde, el joven investigador cruzó desde una zona agreste a otra más llana donde un riachuelo famélico en algunas partes, orondo en otras y hasta saltarín a ratos le acompañaba escoltado por una miríada de chopos cimbreados de manera acompasada por la brisa tibia, llegada con el viento solano; inflamado a su paso raudo por las tierras castellanas arrastrando en su hégira a través de los riscos y pedregales, que podía contemplar a lo lejos, densos aromas de caléndula, tomillo, salvia y espliego entremezclados con la poderosa estela del romero de los caminos.

Sin abandonar la compañía de aquella lámina acuosa ya amansada y apenas rumorosa, acosada por el verdor de la umbría y su húmedo reino efímero siguiendo la apretada formación de la chopera al paio del viento y sus caprichos, la carretera estrecha y de manera paulatina menos sinuosa devino en alfombra de alquitrán por pagos llanos, libres de cercas y alambradas donde decenas de conejos, liebres y rabilargos de plumaje vistoso se afanaban en su pertinaz búsqueda de sustento, siempre todos con ojo avizor ante la amenaza depredadora de los zorros sigilosos al acecho.

Sumido en aquella estampa campestre, de cierta manera sentida como exaltación bucólica, Rodrigo desconectó por un momento de su contemplación que rozaba lo poético, dado su carácter urbanita siempre tan alejado de aquellas soledades serranas, y regresó al tema que le había llevado precisamente a ese lugar que, ni en sus fantasías viajeras juveniles, había imaginado pisar y menos para realizar una investigación.

De esta forma, absorto en su interior, el joven rebobinó la conversación última con la anciana sevillana y, en concreto, lo referido a esa confidencia que, por salvaguardar las acciones de su nieta, había considerado mejor no desvelar hasta que su pericia le hizo detectar cómo había algo más en su cabeza retenido por, entonces, un motivo oculto y, como presumía, harto valioso a posteriori en cuanto se desarrollasen los acontecimientos para los que estaba en ese momento cruzando un trozo de tierra ignota y, en cierto modo para él, salvaje en el más amplio sentido de la palabra.

La confesión de la mujer, atribulada ante su forma de atraparle desconcertándole primero y desarmándole a continuación, abrió para Rodrigo un horizonte nuevo en la investigación. No era para menos que aquella le hiciera partícipe de la parte más oscura y oculta de Pilar. Recordando sus palabras, tomó cuerpo la chiquilla y ya no tan dotada de ese halo de extrema pureza, casi de santidad, tal como en un principio le había descrito. La confidencia había logrado que bajara a la joven de ese pedestal, en el cual le había imaginado en los primeros compases de la investigación, y en ese momento se le aparecía sin estar dotada de una perfección que creyó a pies juntillas. Le

percibía de una manera muy apartada de la sensación inicial y ya, despojada de un soplo diría que divino, con toda su materialidad a flor de piel presa de los instintos propios de sus congéneres, expuesta a idénticas tentaciones, sometida a los vaivenes de la vida, al tiovivo de las pasiones, al carrusel de los deseos más íntimos, a expensas de la crueldad de la carne como un mortal más.

Para Rodrigo esa deidad, que había imaginado en principio con suma inocencia constituyese la quintaesencia de Pilar, resultaba ser una quimera y, vencida por los instintos más vulgares, la joven se arrastraba por el mismo fango que los demás nacidos de vientre de mujer y, de resultas de ello, condenada a cometer los mismos errores.

Por otra parte, se preguntó a sí mismo si esa bajada a la arena, ese morar entre los mortales, sentirse sometida a idénticos devaneos, quizás esa toma de conciencia de sus propias e irrefrenables imperfecciones, había impelido a la muchacha a romper con todo y desaparecer sin dejar rastro mimetizándose entre la anodina multitud hasta que su contorno, ya fusionado con las grises pinceladas que dibujaban aquélla, resultaba imposible advertir por entre el remolino monocolor provocado por la vorágine de la vida.

Sin embargo, esta luz arrojada sobre la joven por su propia abuela en un inesperado giro, o tal vez vuelta de tuerca como lo tomó Rodrigo, consideró no restaba para nada a su investigación en pos de su hallazgo. Más bien al contrario, sopesó cómo podría beneficiarle a la hora de abordar el caso, una vez percibida la auténtica realidad de Pilar en su justa apariencia; lo que sería útil para tabular las relaciones con las personas que habían tenido trato con ella y que constituiría uno de sus objetivos a futuro.

La aparición a una centena de metros de una granja, también y en mayor grado el intenso y punzante olor a cerdo que inundó el interior del vehículo, hicieron que regresara a la realidad circundante de manera abrupta para concentrarse en que aquél, al menos en su primera visión, era su destino en esos instantes y donde pensaba dar la primera paletada al lienzo del caso tras la imprimación en éste que habían supuesto tanto las palabras de su amigo Jacinto, representando a la autoridad policial, como de primerísima mano las muy enjundiosas de la abuela de la desaparecida.

Unos minutos después, superada la entrada que estaba guardada por una verja en esos momentos abierta de par en par, Rodrigo aparcó justo delante de una casetilla aledaña a la zona ganadera de la cual provenía aquella característica pestilencia que, a cada paso que dio para acercarse, se incrementaba de manera exponencial hasta casi provocarle un amago de arcada, por lo que se tuvo que tapar tanto la boca como la nariz con un pañuelo que extrajo del bolsillo de su pantalón.

*—¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí? —escuchó Rodrigo a sus espaldas, volviéndose y encontrando a unos tres metros a un sujeto vestido con ropa de faena, calculándole a primera vista el medio siglo, corte de pelo militar, grueso bigote encanecido y manos, pese a ese aspecto de aparcero, no tan castigadas como se presumiría por el trabajo en el campo, de igual forma que su cara sin las marcas propias del clima extremo y la exposición al sol.*

*—Perdone que haya llegado hasta aquí. Verá, no he visto nadie en la caseta y pensaba ir hasta esa granja pero ya ve...*

*—Todavía no me ha dicho quién es —le interrumpió aquel sujeto que Rodrigo, a tenor de la forma y su tono no encajó en el paisaje ni el aspecto que él mismo le ofrecía.*

*—Vaya, tiene razón —contemporizó Rodrigo enseguida, entendiéndole tenía sus motivos aquel hombre al exhibir esa forma tan arisca de recibirle —Mi nombre es Rodrigo Pascual, y soy investigador privado —concluyó éste echando mano a su cartera y luego extrayendo su documentación oficial con idéntico texto, andando unos pasos y llegando hasta donde se*

encontraba tan impasible como hierático el individuo increpante, quien pasaba por ser a su entender el propietario de aquel lugar.

—¿Investigador Privado? —preguntó el hombre tras leer la acreditación, observarla con cuidado, manosearla mirando de arriba hacia abajo a Rodrigo, parándose en sus zapatos nuevos recién manchados del barro del suelo, el traje que hablaba de su primera puesta tras adquirirlo suponía en alguna “boutique”, así como la camisa y la corbata, ésta última elegantísima a juego con los calcetines —Pues aquí no hay nada que investigar, amigo. Así que lárguese con viento fresco ¿Entendido?

—Disculpe, señor, verá es que he estado en... —contestó Rodrigo como si lo escuchado, de manera cortante y bien clara de boca de aquel hombre, no fuese con él.

—¡Oiga, parece que no oye bien! Le he dicho que se marche y no me obligue a tomar otras medidas —le interrumpió el tipo con un color en el rostro que a Rodrigo le puso en guardia y mucho más cuando levantó el brazo y, con el dedo índice, le indicó la salida.

—¡Espera, papá! —oyó Rodrigo justo a sus espaldas una voz femenina, no por eso menos enérgica que la de su, al parecer, progenitor y se volvió para identificarle —Deja que se explique.

—Gracias, señorita —habló Rodrigo, saludándole además con una sonrisa, anticipándose a la respuesta del otro por si insistía en echarle de malas maneras y, al menos, pudiese enjaretar una explicación convincente que aplacara su ánimo —Como comencé antes a decir, vengo desde un bar del pueblo donde me han dicho que podía encontrar al comandante de puesto de la Guardia Civil.

—¿A cuento de qué?— preguntó, sin perder una pizca de mal semblante, aquel tipo.

—Pues a eso iba, señor. He sido contratado por Doña María de los Reyes...

—¿Cómo? ¡Acabáramos! ¡Qué pesadez! ¡Otra vez esa mujer! ¡Esto es el colmo! —se frenó a sí mismo el hombre, quien parecía fuese a escupir sapos y culebras de un momento a otro al conocer el objeto de la visita de Rodrigo.

—Me va a perdonar, señor —habló Rodrigo, esta vez más formal y ofreciendo una pose más enérgica —Está en su pleno derecho de hacer lo imposible por encontrar a su nieta.

—Ya, sí, oiga, pero ya se ha hecho todo lo humanamente posible. Tenemos nuestra conciencia tranquila ¡Joder! Le buscamos hasta debajo de las piedras y sin exagerar ¿Me oye? Se iría con alguien, o estaría harta de todo y también de su abuela ¡Vaya usted a saber!

—Sin ánimo de discutir con usted ¿Podría confirmarme que es el...?

—Sí, hombre, sí. Soy el comandante de puesto ¿Y qué?

—Bueno, disculpe, sólo que le hacía en el cuartel del pueblo y...

—Si hubiese ido al cuartel y no al bar, seguro que el guardia le hubiese dicho que estaría a esta hora aquí cuidando de mis animales.

—Pues, nada que objetar. Tiene toda la razón. En mi caso es que al ser el viaje tan largo y por una carretera con tanta curva tuve, ya me entiende, que parar para, en fin, no podía aguantar más y...

—Bueno, no hacen falta más detalles. Ya está aquí y punto. Ahora, joven, lo mejor que puede hacer es volver a su ciudad de locos, decirle a esa señora que su nieta sigue dándose la gran vida por ahí y usted a cobrar una jugosa cantidad como la que se han llevado los demás que, por cierto, han sido varios y a cual más sinvergüenza.

—¡Papá, ya está bien! —le llamó la atención la muchacha, rompiendo con decisión su segunda lanza por Rodrigo.

—No he dicho eso último refiriéndome a él —contestó el padre cambiando el tono y



*dejándole ver a Rodrigo ese detalle sobre la ascendencia de su hija respecto a sus acciones.*

*—Es cierto, señorita —Rodrigo encontró el resquicio que esperaba —su padre sólo intentaba darme un consejo y lo he tomado como algo constructivo. En cuanto a lo último, por supuesto que se refería a los otros investigadores que han pasado por aquí y, entiendo, no a mí.*

*—Entiende usted bien. Pero insisto en que la mejor opción es abandonar esta inútil búsqueda de alguien que se esfumó hace más de dos años y todo parece indicar que fue por propia voluntad.*

*—Permítame, señor, decirle que mi primera hipótesis iba por ese camino. Quiero aclarar que en los compases iniciales de este caso, en particular tratando el tema primero con la abuela de la desaparecida y luego con un colega de la policía y...*

*—¿Colega?*

*—Sí, bueno, el término es incorrecto. En realidad ex colega, ya que causé baja como inspector hace ya tiempo para pasar a la actividad privada, además soy hijo y nieto del Cuerpo y...*

*—Bueno, eso tiene ya otro color —le cambió la voz al agente de la Benemérita y hasta el tono mutó en cortés; perdiendo ese punto de severidad que tanto había incomodado, sin que se notase, a Rodrigo.*

*—El caso, señor...*

*—Nada de señor, muchacho. Llámame Pepe, tutéame y déjate ya de formalismos —le sorprendió el agente de la Guardia Civil dando un giro de trescientos sesenta grados, acercándose a él y dándole la mano que previamente había limpiado en el trapo extraído de uno de los bolsillos del traje de faena.*

*—Encantado, señor, digo, Pepe —Rodrigo pareció titubear mientras su cara se convertía, como era ya costumbre, al color de la sandía madura por un momento y más cuando se le acercó la muchacha e imitó el saludo de su padre. Mientras le daba la mano y le hacía saber que se llamaba Antonia, Rodrigo tuvo tiempo de realizar el test con la joven conforme a su obsesión por catalogar a todo bicho viviente, observando cómo vestía con otro traje de faena, más femenino, pero del mismo tenor al fin, pelo muy corto, maneras poco femeninas, no superando el metro y setenta, de porte que en principio le pareció cercano al suyo atlético, cara churreteada, aunque una voz melódica, infantil casi que, sumada a una dulcísima sonrisa, neutralizaban el escaso “sex appeal” que emanaba el conjunto de su persona.*

*—Gracias por todo y siento haberme presentado así —insistió Rodrigo, deshaciéndose en agradecimientos como era lo habitual en él y sus interlocutores guardando un discreto silencio esperando a que hablase de lo mollar, lo cual se adivinaba por la ansiedad que desprendían sus gestos entrecortados —Pues, tal como le comentaba, yo mismo coincidía con su apreciación en cuanto a que Pilar, me refiero a la desaparecida, había decidido marcharse sin una explicación tanto a sus compañeros y amigos del pueblo como, incluso, a su propia abuela que, como saben, hace de madre desde que sus padres y siendo una cría sufrieron un terrible accidente, falleciendo de manera trágica.*

*—Bueno ¿Qué quieres que te diga? Eso nos lo sabemos de memoria —soltó Pepe, todavía esperando algún elemento o argumento que elevase la conversación y la llevase por otros derroteros de más interés.*

*—Sí, entiendo. Imagino estaréis todos hasta la coronilla de este tema, y más cuando permaneciendo en el pueblo tenéis que aguantar una y otra vez lo mismo de indicios, pesquisas y demás que os planteen individuos como yo.*

*—¡Y que lo digas! ¡Así desde el primer día! De todas formas, ya te adelanto que, si no tienes*

nada nuevo que aportar, tardarás un rato en abandonar el tema.

—No creo y más cuando, completando lo dicho antes, he recibido una prueba de vida de Pilar.

—¿Cómo? ¿Qué dices? —cayó como una bomba de precisión aquel comentario, soltado de forma un tanto teatral por Rodrigo, lo cual constituía otra de sus especialidades, dejando patidifusos tanto a padre como a hija, quienes apenas pudieron articular más palabras prefiriendo que el muchacho saciara su avidez de noticias que podían dar un giro a esa historia, la cual ya se eternizaba.

—Como hice con la abuela de Pilar, voy a pedirlos a los dos encarecidamente mantengáis pleno secreto de lo que vais a escuchar de mis labios y, en tu caso, Pepe, como miembro de las fuerzas de seguridad del Estado, incluso a tus superiores durante un período de tiempo prudencial en aras del éxito de la investigación a la que quiero pedirte te unas. Sé que es mucho lo que te ruego pero, entenderás, es crucial mantener el sigilo puesto que, nada más lo refiera con detalle, comprenderás el alcance del calado de éste.

—No hace falta decirte que lo que me pides es algo grave. De todas formas, antes de negarme prefiero escucharte y luego obraré en consecuencia.

—Gracias anticipadas, Pepe, aunque sólo sea por escuchar cómo ayer mismo y por motivo de ir a desempeñar a las oficinas del Monte de Piedad de la Caja de Ahorros de Madrid, ya que he pasado una racha horrible en mi profesión, estando precisamente en sus instalaciones tuve una especie de revelación que me indujo a solicitar al empleado que me atendía buscase si existía algún empeño a nombre de Pilar.

—¿Cómo? ¿Así? ¿Sin más?

—Pepe, no me preguntes cómo, ni por qué, sólo te respondo que me vi a mí mismo allí de pie diciendo eso como un vulgar socias y, para colmo, al rato contemplé al empleado con un documento en una mano, figurando en éste el nombre de la muchacha desaparecida, y en la otra un sobre de color crema de donde extraje una medalla, identificada por la abuela como de su propiedad.

—¡Santo Dios bendito! ¡Esto es...!

—Increíble, Pepe, tal como lo cuento. Por eso, vuelvo a reiterarte mi petición de que, por lo menos un par de días, te dejes esto para ti.

—Papá, ya sé cómo eres —medió la joven —Pero piensa que puede ser el comienzo del final de todo esto y, de una vez, consigas descansar olvidando el asunto.

—Bueno, bueno, dejadme los dos. De momento, y quiero decir hoy, ya está concedido. Y así, día a día, iremos hablando. Pero, de verdad que no salgo de mi asombro. O sea, que la chica está...

—Vamos a ver, Pepe, sólo os digo que hay empeñada una medalla y, para ser concreto, justo en el mes de octubre siguiente a su desaparición. Lo lógico es pensar que, dado el tiempo transcurrido, estando en Madrid le faltaría dinero para continuar su aventura y, no queriendo acudir a su abuela, empeñase esa medalla en cuestión. Otra cosa es que, como comenté a su abuela, abramos más variables.

—¿Variables? —preguntó Antonia.

—Sí, me refiero a que alguien pudo tomar su identidad y empeñar. Por supuesto con su documentación. O sea, que es una opción la del secuestro, aunque no hubo petición de rescate, incluso siendo su abuela una persona adinerada. Ni que decir tiene que, aparte de la aventura, la otra variable más terrible es pensar que acabaron con ella y le arrebataron del cadáver esa medalla para empeñarla.

—No lo veo eso ¿Dejar esa prueba tan evidente?

—Según se mire, Antonia —respondió Rodrigo a la hija del agente, quien parecía contar con criterio suficiente para unirse al debate que tomaba altura por momentos —Un empeño funciona con cierto anonimato. Una vez el objeto en el circuito y, cumplido el plazo del préstamo, pasa a manos del Monte de Piedad que procede a su venta o subasta. En lo referido a su procedencia prácticamente queda extinta a ojos del comprador futuro o, en su caso, convertida en un objeto más para fundir el oro. En este sentido, no es descabellado suponer que además utilizaran la documentación de Pilar. De cualquier forma, lo más probable tal como antes apunté, es barajar la primera hipótesis de que fuese ella misma en busca de gasolina para avivar el fuego de su huida la cual, seguro piensan como yo, será con acompañamiento.

—Sin duda que será así —contestó el agente, sumando su gestualidad corporal a lo dicho y con vehemencia —El caso es averiguar quién es ese acompañante. Por mucho que se ha investigado, ni un solo indicio ha conducido a su identificación. Pero digo que tiene que ser así. Por pura lógica ¿No te parece?

—Justo es lo que pienso en este momento —respondió Rodrigo —Por ello me he desplazado hasta aquí con objeto de apurar las pesquisas, aunque me imagino que me esperan caras largas.

—Eso por descontado. Ya de por sí somos por aquí recios castellanos, no diría tanto como los zamoranos que hay que darles de comer aparte, pero casi les alcanzamos a la hora de las relaciones sociales.

—Ya lo tengo asumido y en este oficio bastante más que las soportadas en su día como investigador oficial. Por cierto, Pepe y Antonia, me gustaría me hicierais si no es molestia un pequeño resumen de los acontecimientos de aquella noche fatídica en el pueblo.

—Bien, muchacho, te diré que como autoridad policial aquella noche fue extraordinaria y, aparte el clima propio de mediados de agosto, la gente se portó a las mil maravillas. Hubo como siempre orquesta, baile y fiesta hasta bien entrada la madrugada. Nada que consignar por mi parte y ni siquiera las típicas peleas por abusar del moyate, que ahora ha sido sustituido por esas bebidas del demonio, ya sabes, cubatas y whiskys que ponen a la chavalería como locos. Pero, gracias a Dios, nadie la tomó con el vecino y todo transcurrió de perlas. Otro cantar fue al día siguiente, dieciséis de agosto, del cual sí te digo que fue como una pesadilla que se prolongó y aumentó en los días venideros cuando no aparecía la muchacha.

—Pepe, una pregunta al hilo de lo que comentas ¿Quién dio la alarma?

—Daniela —se anticipó en la respuesta la hija del agente, quien por su expresión Rodrigo vio deseosa de aportar no sólo su información, sino también su punto de vista personal.

—¿Daniela?

—Sí, es el nombre de una vecina y amiga suya —volvió el guardia a las respuestas.

—Y, Pepe ¿A qué hora lo hizo?

—Serían las cuatro y media o las cinco de la tarde —contestó el agente —Por lo visto, como también era fiesta, había quedado en recogerla para ir a los toros. Cuando fue a su casa y, tras llamar, se percató que la llave no estaba echada, sino sólo la puerta cerrada y sin pestillo alguno, cosa que le extrañó muchísimo porque su amiga era algo que jamás olvidaba al vivir sola y ser, como confesó, muy miedosa dado que es zona de casas y en un extremo del pueblo.

—La puerta trasera sí estaba cerrada a cal y canto —añadió Antonia a lo dicho por su padre.

—Vaya, dato interesante —habló Rodrigo.

—Bueno, la verdad es que yo creo que siempre la tendría así. Quiero decir con esto que no

*sería algo único de esa noche, sino cotidiano.*

*—Entiendo, Pepe, y tiene de igual manera su lógica. Y ¿Qué me decís de los vecinos?*

*—Nada en particular. Es un sitio bonito, de gente con posibles. Es una zona nueva del pueblo, por donde se expande, y son todas casas de consideración. Vamos, para no mentirte, ya quisiéramos Antonia y yo disfrutar de una así.*

*—O sea, son chalets...*

*—¿Chalets? Nada de eso, hombre. Algo menos cursi. Son casas, casas, o sea, individuales, apartadas bastante unas de otras y sobradas de metros para vivir a lo grande.*

*—Y los vecinos ¿No notaron nada? Y me refiero a ruidos extraños, gritos, discusiones, alguien pidiendo ayuda.*

*—Verás, Rodrigo, esa noche estaba todo el pueblo en la fiesta. Mal día para la muchacha, caso de que alguien le hiciese daño o la secuestrara, aunque no lo creo. Y bueno para ella si eligió ese día, y esa hora te lo digo también, para iniciar su viaje mandando a la mierda a todo y a todos.*

*—Bien, ahora me gustaría que me hablarais de lo que pudisteis observar aquel día en la casa de Pilar.*

*—La primera impresión fue que, sin saber nada del tema, como si se hubiese marchado a trabajar al ambulatorio y volviese por la tarde.*

*—¿Tanto?*

*—Y más. Estaba todo en su sitio, salvo el detalle del pequeño televisor en la cocina encendido pero con el volumen quitado, donde por cierto está la puerta que da a la parte trasera y confirmo estaba cerrada con pestillo. Por lo demás, ropas, zapatos, pertenencias, todo estaba donde debía estar. O sea, para resumir, no se llevó absolutamente nada.*

*—¿Hipótesis que se te ocurrió allí mismo?*

*—Si digo la verdad, no pensé en nada malo. Sinceramente. No había rastros de lucha, ni muebles apartados o tirados, ni arañazos en éstos ni en las paredes. Si entró alguien fue porque ella le abrió. En cuanto a mi opinión, ahora a toro pasado veo compatible eso de que estuviera todo allí, quiero decir sin llevarse nada, con la opción de irse con lo puesto para no volver.*

*—¿Tan seguro, Pepe?*

*—Claro está. Verás, no es por llevar la contraria a todos los que me siguieron luego en la investigación, incluso a ti si tienes otro criterio, pero por mi parte creo que esa muchacha, por el motivo que desconozco, esa noche tomó una determinación, acompañada por supuesto ya que dónde iba a ir sin coche, y abandonó sus cosas para vivir una nueva etapa en otro lugar. Ya sabes que un día cualquiera los cables se cruzan y se hacen cosas que no creemos posible. Así que me la juego a que esa chiquilla tiró por la calle de en medio y algún fulano le convenció. La cuestión está en qué fulano lo logró.*

*—De acuerdo. Ahora os pregunto, Pepe y Antonia, si los vecinos, y por supuesto sus respectivas casas, fueron investigados.*

*—Hombre, natural. Aunque no por mí, ni mis chicos. Eso lo hicieron los de Madrid, puesto que la abuela comenzó a hacer llamadas a los pocos días y a mover los hilos. No sé si sabes que es un personaje con influencia.*

*—Lo sé y ya me he dado cuenta.*

*—Pues eso. Así que pusieron patas arriba toda la calle ¿Sabes? Y aquí eso es algo muy duro. Ya te harás una idea porque, además, dieron a todos los propietarios un buen repaso en cuanto a dónde estaban aquella noche, qué hacían, etcétera. De todas formas fue una pérdida de tiempo, porque yo mismo les había dicho que les vi uno por uno en el baile. Y las casas, pues*

*nada de nada. Son gente del pueblo y de confianza. Aquí no es como en la capital y, la verdad, cuando alguien tiene una disputa con otro le arrea fuerte y me llama luego a mí. Y si es más grave la cosa, le descerraja un buen tiro de escopeta y, de igual forma, se acerca al cuartelillo, me lo cuenta y listo.*

*—Tomo nota, Pepe, y confío plenamente en tu criterio al respecto. Otra cosa que quería preguntar es a qué hora dejó Pilar la fiesta y, por casualidad, si conocéis qué motivo dio para hacerlo.*

*—A las doce en punto —saltó Antonia, contenta de aportar su grano de arena.*

*—Bueno ¿Esa precisión?*

*—No hay misterio, hombre. Era mi amiga también y, además, estábamos juntas en la plaza del pueblo en la misma mesa. Así que te lo digo de primera mano —fardó un poco Antonia y eso hizo gracia a Rodrigo, quien notó sobre la marcha cómo le brillaban los ojos y estiraba la parte izquierda de sus labios.*

*—Eso me parece extraordinario. Y ¿Podrías decirme lo del motivo? Sería clave conocer...*

*—Menos misterio —le interrumpió la muchacha —Me acuerdo cómo nos dijo a todos que había estado de guardia en el ambulatorio desde el día anterior y estaba cansadísima.*

*—¿Se comprobó ese extremo, Pepe?*

*—Nada más confiármelo Antonia lo hice y te aseguro que era cierto. Además, los compañeros dijeron que no faltó un minuto de la guardia porque, no te sé decir, pero fue un día de gente y más gente entrando a la consulta, en particular porque hubo encierro de reses y, como ya presumirás, heridos como siempre los más imprudentes a quienes tuvo que curar la pobre chica en cadena.*

*—Se le caían los ojos ¿Sabes? De eso me acuerdo como si fuese ahora mismo y le tuviera al lado —aportó Antonia el nuevo detalle.*

*—Entonces recordarás si, al salir de allí, alguien le siguió rumbo a su casa.*

*—En eso no te puedo ayudar personalmente, porque me sacaron a bailar y le perdí la pista. Pero, bueno, no creerás que se me escaparía averiguarlo al día siguiente.*

*—Ya me estaba haciendo esa pregunta.*

*—Pues, Rodrigo, te la respondo porque de los que formaban la pandilla nadie recordaba que viese algo raro y mucho menos que alguien le acompañara. Pilar, se marchó sola y punto. Sin más y, como ya has sabido, Daniela quedó en recogerla para asistir a los toros al día siguiente. Todo normal.*

*—¿Tenía novio?*

*—Ni novio, ni nada que se le pareciese —contestó Antonia sin dejar margen a su padre — Pilar es un alma libre. Y te puedo asegurar que ni tenía en mente eso de buscarlo. No quiero decir que alguien no le gustara, pero de ahí a tener algo formal nada de nada. Estaba muy entregada primero a su trabajo, que le encantaba, y segundo a su otra faceta como miembro de la Pastoral Diocesana. No faltaba un día a las actividades o reuniones, y esto lo afirmo con conocimiento de causa porque yo misma también pertenezco al grupo. Era muy activa y no paraba de hacer cosas siempre para intentar ayudar a la gente y con una fe que, por lo menos a mí, daba envidia. Ella no tenía dudas, como cualquier hijo de vecino, sino que era inquebrantable su testimonio de fe y amor por los demás.*

*—Ahí quería ir, Antonia.*

*—No entiendo.*

*—Quiero decir en este caso si alguien necesitado, tal vez alguna familia con hijos de la misma edad...*

—No vayas por ahí. Sí los había, pero nada de lo que estás pensando. Ella se involucraba, pero no hasta ese punto porque no tenía trato más que con los padres de los chiquillos...

—Espera un momento, hija —interrumpió Pepe el testimonio de su hija, añadiendo el gesto de negar con ambas manos, en un intento claro de subrayar su disconformidad con lo escuchado —Ahí nunca llegaremos a un acuerdo y varias veces hemos discutido por lo mismo.

—Bien, vamos a ver si se aclaran ustedes —Rodrigo intervino, comprobando cómo había tensión entre padre e hija al tocar ese tema.

—Verás, Rodrigo —continuó el padre, en tanto la joven parecía optar por permitirle que se desahogara, lo cual para Rodrigo no pasó desapercibido observando cómo aquella se mordía con insistencia los labios —mi hija tiene una opinión muy, digamos, benevolente con respecto a las cosas donde se metía Pilar.

—¿Cosas? —Rodrigo preguntó aquello mientras contemplaba la cara de perplejidad de Antonia, quien retenía a duras penas su lengua pero no así sus expresiones faciales.

—Sí, hombre, me refiero a eso de querer arreglar el mundo.

—Papá, de verdad que eres muy injusto. Sólo queremos ayudar y Pilar, de entre todos, es la que se involucraba más.

—Una cosa es ayudar y otra muy distinta es meterse en los problemas de los otros.

—Seguimos en lo mismo y, en fin, os ruego a los dos me pongáis al día de vuestras diferencias de criterio y así me entere que ocurre con Pilar y esas “cosas” que hacía —Rodrigo dejó ver su impaciencia por primera vez, hasta hacerlo patente en su tono de voz.

—Rodrigo, mi hija está metida como Pilar en ese grupo de la pastoral de no sé qué, lo cual te traduzco se trata de estar con los curas hasta las trancas mañana, día y noche.

—¡Qué exagerado, papá! Sólo en verano, al menos yo.

—Tú sí, pero Pilar, recuérdalo, todo el año. Y no me digas, bonita, cómo se tomó como algo propio el asunto de la viuda de Cayetano.

—¿Cayetano? Me pierdo —Rodrigo, en medio de padre e hija, con mucho cuidado de no decantarse por ninguno y más sin conocimiento de causa, pareció confundido.

—Perdona, Rodrigo, es verdad. Era un jornalero del pueblo, de familia muy humilde y con un puñado de chiquillos, que tuvo la mala suerte de que le aplastara un tractor. Pobre hombre, que en Gloria esté. El caso es que dejó en la miseria a la viuda y la piara de niños de todas las edades. Desde uno de pecho hasta otro ya con diecisiete que, al poco de quedarse sin padre, empezó con unas juntañas muy malas hasta meterse en la boca del lobo consumiendo grifa y hasta trapicheando no sólo por el pueblo sino por toda la comarca, donde es conocido por mis colegas. Y lo que quería decirte es que Pilar, a quien le daban pena hasta las hormigas, no tuvo mejor ocurrencia que ponerse a enderezar al niño.

—Sólo le daba consejos, papá.

—¿Consejos? Pues vaya consejos soltándole hasta dinero para sus vicios y, te digo una cosa, que ya sabes lo que se dice en el pueblo sobre que iba de vez en cuando a su casa a por más.

—¡Por Dios, papá, eres tan exagerado y más cotilla todavía que esos del pueblo! Lo dices como si estuviese yendo el chaval a cada momento a casa de Pilar. A lo mejor se acercó una o, a lo más, dos veces y nada más ¡Qué barbaridad! Y sólo le compraba algo de fruta y hortaliza.

—Sí, claro, sabiendo Pilar que la había afanado a cualquiera del pueblo y, encima, le pagaba diez veces su valor.

—Bueno, ella es así, papá. Ya le conoces. Muy dadivosa con todos y, en fin, con el chavalito que le daba muchísima pena no iba a ser menos. Pero, y te digo yo otra cosa ahora ¿A que no le

dices a Rodrigo lo bien que se portaba con su madre, la viuda?

—Eso ya se lo imaginará él. Yo voy a lo que voy, y digo que nunca me fie de ese niño. Si no, fijate cómo sigue metido en la droga por ahí.

—Papá, perdona pero no te he visto echarle el guante ni una sola vez.

—¿Cómo voy a pillarle? Tiene treinta y cinco años menos que yo y corre como un gamo. Cuando puedo registrarle no tiene nada encima. Aunque, te voy a decir otra cosa, uno de estos días le voy a meter mano y bien.

—Búscales faena, papá. Así se entretiene, gana dinero y deja eso.

—¿Faena? Ese nada más que sabe mangar y fumar grifa. Y vete a saber si no tiene algo que ver con Pilar.

—¿Lo piensa así usted, Pepe? —por fin abrió la boca Rodrigo, observando el tira y afloja dialéctico entre padre e hija, por otra parte clarificador de la relación entre ambos y el abismo generacional evidente.

—Lo pienso, lo mantengo y, en su día, se lo dije a cuantos llegaron aquí, en especial al grupo de mis colegas que llevó a cabo las pesquisas de más calado.

—Imagino que le investigarían.

—¿Esos? ¡Qué va! Les entró por un oído y les salió por el otro. Ni siquiera se acercaron a su casa. Vamos, que ni preguntaron dónde residía y menos averiguaron dónde estaba aquella noche.

—Bien, pues en ese caso, si no tenéis inconveniente, vuestro trabajo aquí no lo os impide y, también, no lo veis descabellado, me gustaría me acompañaseis a charlar un rato con ese muchacho y poner las cosas claras. Por mi parte, os digo a los dos que se me antoja un sospechoso de primer orden.

—¡Hombre! ¡Ya era hora! Por fin alguien que comparte conmigo esa idea. Ni siquiera la niña se puso de mi parte, Rodrigo.

—¡Que no, papá! Que te sigo llevando la contraria en ese tema.

—Hija, yo sigo en mis trece y me parece estupendo que nos acompañes, ya que conoces el percal de primera mano y así se pondrá ese mangante menos en guardia al verte a nuestro lado.

—Claro que voy, papá, y más vale que me presente contigo porque como sólo te huela el chaval sale corriendo —añadió Antonia, pero esta vez en plan jocoso.

—Pues, hija ¡Anda que como te huela a ti! —contestó su padre con reflejos, señalando la indumentaria de la joven llena de lamparones, y tapándose la nariz de manera cómica.

—En cuanto al trabajo aquí —se dirigió el guardia a Rodrigo, quien le vio feliz de que suscribiera su hipótesis —no hay problema porque ya habíamos terminado.

—Pepe, Antonia, muchísimas gracias a los dos —Rodrigo, con sincera gratitud tras el cambio producido desde su llegada a la granja, aparecía exultante sabiendo había roto el hielo y hasta derretido éste por completo vista la inesperada colaboración que ofrecían tanto el agente como su hija, quienes eran cruciales para abordar la investigación en la pequeña población, con la que esperaba hallar la clave que llevaría a la resolución de la enigmática desaparición de la joven doctora —Si también no tenéis otro compromiso, y para corresponder a vuestra hospitalidad, me encantaría invitaros a los dos a almorzar antes de hacer esa visita.

—Bueno, hombre, las gracias a ti, pero no hace falta...

—No, Pepe, insisto en invitaros. Os ruego aceptéis porque, además, con sólo este rato de charla me parece que os conozco a los dos de toda la vida.

—Papá, dile que sí, anda. No seas tan huraño que, desde que falta mamá, sólo estás del cuartel a los cerdos.

—Sí, sí, Antonia, hija —respondió el guardia, dejando ver un punto de tristeza en su semblante al mencionar a su esposa fallecida, aunque reponiéndose sobre la marcha para hablar luego a Rodrigo —Claro que iremos. Pero, espera un poco que llevamos los dos una pinta y, sobre todo, un olorcillo que tira para atrás.

—No tengo prisa —contestó Rodrigo satisfecho de incorporar a padre e hija en la aventura investigadora y, de paso, conseguir la llave que abriría todas las puertas que, de no ser así, seguro estarían cerradas para sus pesquisas.

—Enseguida estamos. Antonia, enciende el termo que me parece que está apagado y sin una ducha decente no salgo de aquí.

—Por cierto, una cosa, Pepe —habló de nuevo Rodrigo mientras se alejaba hasta su vehículo, donde pensaba aguardarles mientras se aseaban —Necesitaría interrogar al médico que aquella noche del quince de agosto estaba de guardia, y no sé si sería posible más tarde también con vuestra compañía.

—Nuestra compañía la tienes asegurada, Rodrigo, pero lo de entrevistar al médico creo que será algo más complicado.

—No me digas que, como dice Antonia, es otro hurraño de cuidado.

—Nada de eso, muchacho —respondió Pepe rascándose la barbilla y dejando ver una media sonrisa —Es que lleva un año criando malvas y no creo que se deje interrogar en el camposanto.



## CAPÍTULO VI

Rodrigo se sentía incómodo y esta sensación se había acrecentado por un motivo que él mismo entendía y, a la vez, juzgaba para sí con la suficiente benevolencia con tal de no flagelarse más de lo debido. Todo por causa del choque que le había producido la transición de una agradable escena, sentado a la mesa junto a Pepe y Antonia y transcurrida hacía apenas veinte minutos en el reservado de un bar del pueblo, donde habían degustado viandas sublimes con exquisiteces de la sierra; no faltando carnes de una ternura para él desconocida, chacinas de matanza casera cuyo sabor intenso constituía una experiencia casi mística, todo regado con un caldo criado en barrica de roble, conteniendo como tesoro durante meses el fruto de las uvas autóctonas de una exclusiva variedad cuyo nombre el joven olvidó después de varias copas escanciadas por Pepe, en tanto éste declamaba una vieja conseja aprendida de sus mayores sobre las virtudes de aquella ambrosía líquida.

Por lo tanto, de aquel cielo efímero, del buen yantar y la grata compañía, Rodrigo había pasado —en el transcurso de un lapso de tiempo apenas percibido y en el espacio tan sólo de unas escasas decenas de metros caminando por la población— a una versión opuesta por cuanto contempló por sí mismo la miseria en su estado primigenio, y no sólo reflejada en el casuco que constituía la humilde morada de la viuda de Cayetano y sus chiquillos, sino por el ambiente opresivo trufado de profunda tristeza, mezclado con ese hedor pútrido del hacinamiento en lugar tan escaso para una mínima existencia digna.

Rodrigo, en silencio, con el ánimo encogido, haciendo un esfuerzo titánico por guardar la compostura, observó el rostro de Antonia, el cual había descubierto en el almuerzo mientras las palabras fluían entre los tres comensales y ella, despojada de la suciedad de la granja, cambiada la ropa hedionda por una sugerente camiseta y un pantalón corto que realzaba sus piernas, le pareció una nueva persona.

Incluso al mirar a la joven, Rodrigo no lo hacía de esa forma escrutadora habitual sino más bien con sorpresa y admiración sincera, al comprobar de qué manera transmitía a la viuda y sus pequeños esa dosis de empatía de la que él mismo se sentía tan alejado de imitar. A sí mismo se preguntó el motivo de que no pudiese alcanzar el nivel que Antonia, sólo con ver las líneas de su rostro, su peculiar forma pausada de hablar, hasta el lenguaje de su cuerpo incardinándose entre aquellas personas abandonadas a su suerte; desechos de la sociedad subsistiendo al margen de sus reglas, desasistidos, olvidados, tal vez vilipendiados por sus congéneres como consecuencia de su misma pobreza extrema.

Por un momento, Rodrigo cruzó la mirada con Antonia. No era la primera vez, puesto que hacía un rato que muchas se sucedieron aunque con motivos intrascendentes, pero sí la de más intensidad. Ambos, sin que sus labios se moviesen, entendieron lo que pensaban. Así, la joven se dio enseguida cuenta de qué forma el joven investigador permanecía paralizado, sin esa capacidad de sobreponerse al momento duro que vivía, colapsado y sin una clara determinación para, ni siquiera, articular una sílaba.

Por su parte, Rodrigo tenía la seguridad de que Antonia se había percatado de su bloqueo y, por ello, dejó que ella llevara la batuta en aquel momento en el que comprendió el valor de la conmiseración, el poder de la bondad, ese amor infinito que su fe le insuflaba y le dotaba de un

halo invisible pero magnético, el cual él percibía a su lado.

—Gracias, Antonia —rompió la viuda su prudente silencio desde que habían llegado a su mísera estancia, después que la joven pusiera encima de la mesa una bolsa, que por cierto había cargado desde la granja todo el tiempo, de la cual los chiquillos extrajeron alborozados desde paquetes de arroz, pasta, botellas de leche, galletas y hasta golosinas que fueron las primeras en ser consumidas con unas ganas que a Rodrigo le partieron el corazón —¡Qué buena eres, hija! Me recuerdas a Pilar, a quien echamos de menos todos los días.

—No hay de qué, Salud— respondió Antonia acercándose a la pobre mujer, aún en el final de la treintena pero no así el aspecto de sus manos que evidenciaban un castigo exagerado, pareciendo éstas de alguien metida casi en la ancianidad —También echamos todos de menos a Pilar y más en estos días, que se cumplen ya dos años desde que se marchó. Precisamente hoy vengo acompañada no sólo de mi padre, y no te asustes, sino también por un investigador que viene de Madrid para hacer algunas preguntas. Ya te imaginarás que es a tu Angelito a quien venimos a buscar.

—Pero, hija, para nada malo será ¿No?

—¡Que no, Salud! ¡Tranquila, mujer! Que sólo son dos o tres preguntillas y nos marchamos. A todo esto ¿Dónde anda, Ángel?

—Pasad al corral —les indicó la mujer, acercándose a la puerta que comunicaba la humilde vivienda con la zona trasera —Ahí le tenéis liado con la lavadora, que se me ha estropeado ¡Lo que me hacía falta, Antonia! Lo único que tenía para ganarme la vida y se escarcha. Encima, Perico, el de la casa de electrodomésticos, dice que vale más el collar que el perro. Se la compré de segunda mano y dice que allá yo si no anda. Así que mi Angelito le ha sacado las tripas a ver si da con la avería. Pero me da que nos hemos quedado sin lavadora y, también, sin trabajo.

—¡Vaya por Dios! —dijo Antonia —Deja que se lo comente al párroco y a los del grupo de pastoral. A ver qué podemos hacer, Salud.

—¡Jesús! ¡A ver cómo doy de comer a este colegio que tengo por familia, hija! La pensión no me llega ni para sopa y lavando me sacaba un dinerillo para ir tirando. Si es que al perro flaco todo se le vuelven pulgas —añadió la mujer, mientras sollozaba lamentándose y contagiaba las lágrimas al más pequeño de sus hijos que sostenía en brazos.

—¡Yo no he hecho nada! —escucharon desde el corral una voz, momentos después que Pepe traspasara el umbral y se encarara con el hijo mayor de Salud. Al momento, Rodrigo y Antonia se acercaron y comprobaron cómo el guardia tenía bien cogido por la solapa al chaval.

—¡Papá, por favor, suéltale!

—¡Sí, claro! Ahora que le tengo voy a dejar que corra los cien metros lisos.

—Pepe, te lo ruego yo también —Rodrigo pareció abandonar su parálisis, su introspección observando hipnotizado a Antonia y sumándose a ésta en su defensa del joven, a quien observó más asustado que otra cosa.

—Os voy a hacer caso, pero ya veréis como éste, en cuanto pueda, salta la tapia y se esfuma.

—No irá muy lejos, papá. Ya lo sabes.

—Bueno, está bien ya. Vamos a lo que venimos ¿No? —dejó por fin Pepe suelto al hijo mayor de la viuda y éste hizo un amago de salir por patas, el cual sólo fue frenado porque Antonia se le acercó y le cogió del brazo.

—Siéntate, Ángel. No te pasará nada —habló Antonia con esa voz infantil, la cual amansó al rebelde y atlético joven, muy moreno, alto y vestido con unas ropas que Rodrigo calculó serían de su padre a tenor del color indeterminado y lo pasada de moda que era, sumando los zapatos

con un buen boquete en el lateral de cada uno de éstos y la suela desgastada hasta un límite incompatible con la comodidad al andar.

—Ya has visto, hija. Le ha faltado poco para darme la razón.

—Pero, ya ves, papá. No te la ha dado y le tienes ahí sentadito.

—Bueno, Rodrigo. Todo tuyo —invitó el guardia a que iniciara aquél el interrogatorio, mientras los tres tomaban asiento, quedando la madre en silencio a sus espaldas.

—Gracias, Pepe, y a ti en especial, Antonia, ya que sin tu concurso me parece que ahora mismo estaríamos saltando tapias y corriendo campo través detrás de Ángel.

—¿Sí? Yo le hubiese cogido la primera —respondió Antonia y Rodrigo no se lo tomó como algo gracioso y sí real, viendo cómo su padre asentía con la cabeza añadiendo una sonrisa cómplice.

—Bien, Ángel, espero que aguantes unas cuantas preguntas y luego, si te apetece, salta la tapia —Rodrigo se dirigió mirando a los ojos al chaval —Pero, en ese instante te aseguro que habrás refrendado que tienes algo que ver en la desaparición de Pilar.

—¿Qué? ¿Yo?

—¡Sí, tú! —Rodrigo utilizó su lado más severo, dejando atrás esa forma educada de preguntar y optando por un perfil más rudo —¿Dónde estabas la noche del quince de agosto?

—¡Y yo qué sé! Que me voy a acordar ahora ¡No te digo!

—Tienes dos opciones, gañán —intervino Pepe —O contestas, o te pongo las esposas y te llevo a rastras al cuartelillo.

—Papá, tranquilo. Ángel se va a acordar seguro —Antonia calmó los ánimos y esto logró que la madre, quien parecía querer meter baza, retrocediera.

—Vale, bueno, pero ¿Dónde iba a estar? Pues, en el baile.

—Ángel, no nos quieras tomar el pelo —de manera sorpresiva Antonia, perdiendo la candidez y dándole a su tono de voz cierta gravedad, le reconvinó —Tengo muy buena memoria y allí no estabas, al menos en el tramo de tiempo del que estamos hablando.

—Bueno, no sé. A lo mejor sí, o a lo mejor no.

—Oye, que te voy a...

—¡Papá, por favor! —la joven volvió a frenar a su padre pero, no obstante, continuó con aquel aspecto poco amigable para Ángel.

—Está bien —el chaval terminó por hablar, si bien añadiendo una cara de desprecio y, en cierta medida, desafiante para el agente —¿Qué pesados! Estaba con una chavala ¿O no se puede estar con una?

—Siempre que no le hagas daño, por supuesto —dijo Rodrigo.

—¿Qué daño? Estaba conmigo porque quería. Además, ella me buscó. Yo le gustaba y habíamos estado juntos un montón de veces en su corral. Claro que sólo cuando había fiesta y esas cosas, porque se las piraban los padres y también los hermanos.

—¿Se puede saber quién era?

—Claro que sí. Dolores, la hija de Máximo.

—Muy bien, de acuerdo, sobre la marcha preguntaremos a ella —dijo Rodrigo con inocencia.

—Pues, verás, Rodrigo —Pepe habló con un gesto claro de contrariedad y bajando el tono de voz mientras se acercaba a él —Me temo que eso va a ser algo complicado.

—¿Cómo? ¿Qué pasa?

—Pasar, lo que se dice pasar, no pasa nada —Antonia imitó a su padre, bajó la voz y se acercó —Sólo que la tal Dolores se casó a la semana siguiente.

—Es verdad. Se casó con su novio ¡Y de blanco! —añadió Ángel, que con buen oído había logrado escuchar lo que comentaban los tres, luciendo luego una sonrisa filibustera a la cual acompañó con un gesto muy obsceno palpándose la entrepierna, lo cual pasó desapercibido para Pepe, quien miraba a Rodrigo, pero no así para éste y Antonia, que la desvió de inmediato y prudente se reservó cualquier comentario conociendo a su progenitor y su forma de corregir algo así.

—Bueno, vamos y le preguntamos a Dolores por...

—¡Para, para, Rodrigo! —continuó en voz baja Pepe —Verás, tú vienes de la capital, pero esto es un pueblo. No sé si me entiendes. Aquí las cosas son diferentes.

—Ya, sí, de acuerdo, Pepe, cierto que es un pueblo —Rodrigo asintió un tanto confundido — De todas formas, te pregunto siendo así la cosa ¿Cómo vamos a comprobar la coartada de Ángel?

—Escucha, Rodrigo —habló Antonia en esta ocasión aún con voz más baja, incluso casi rozando sus labios con la cara de aquél —La coartada existe y está más que comprobada.

—Antonia, Pepe, ahora sí que, de verdad, no entiendo nada ¿Qué me queréis decir? ¿Me lo aclaráis, por favor?

—Antonia, explícaselo tú, mujer, que a mí no se me da bien.

—De acuerdo, papá —tomó el testigo de nuevo la joven y Rodrigo se giró para concentrarse en sus palabras dichas en voz tenue.

—Verás, Rodrigo —Antonia se lanzó con una sonrisa que dio mala espina a aquél —Resulta que la supuesta coartada de Ángel, como dices, es que Dolores y justo a los nueve meses de aquel día y también del matrimonio con su novio de siempre, dio a luz a un niño que era la viva estampa de nuestro sospechoso joven.

—Pero, bueno ¡Que me parta un rayo! —exclamó Rodrigo muy serio al principio, lo cual hizo que tanto Pepe como Antonia comenzaran a reírse y, contagiado, él seguirles pero con más ahínco hasta la misma carcajada.

—Rodrigo, muchacho, es la comidilla del pueblo ¿Sabes? Esta es una pequeña comunidad y funciona así. Ya quisiera que hubieses visto la cara del marido al ver al niño recién nacido con la cabeza llena de pelo negro, los ojitos del mismo color que parecían dos carboncitos y muy morenito. El pobre hombre no sabía dónde meterse, en particular porque le dicen de apodo “El Rubio”. Así que ya te lo puedes imaginar, con ojos azules, pelo casi albino y de piel más blanca que una pescadilla.

—Y, como puedes hacerte una idea— siguió Antonia hablando entre carcajadas —lleva más de un año todo el pueblo cuchicheando a ver si se enteraban con quién había andado Dolores en la misma fecha. Por lo tanto, a buen entendedor....

—Nunca imaginé algo así ¿Sabéis? —habló Rodrigo sin poder frenar la risa tonta que le había atacado —Pobre hombre ¡Qué disgusto!

—Más cuando la esposa también es rubita ¡El colmo! —Pepe añadió aquello y los tres tuvieron que levantarse de las carcajadas que dejaron boquiabiertos tanto al padre de la criatura, metido entre cables de la lavadora, y Salud, quien no salía de su asombro al no entender qué ocurría.

—¿Pasa algo, Antonia? —dijo la pobre mujer, después de que no pararan de reír los tres.

—Nada, Salud, no te apures. Son cosas nuestras —Antonia pareció enmendar la actitud risueña y ya propició que tanto Rodrigo como su padre le imitaran.

—Bueno, muchacho. No te metas en líos. Mejor arregla ese trasto —dijo el guardia hasta dándole una palmada cariñosa al chaval, quien no dijo ni pío.

—Salud, nos marchamos. Oye y no te preocupes que te aseguro vamos a ver qué podemos hacer para que puedas seguir trabajando.

—Dios te lo pague, Antonia.

—Me lo pagó y con creces por anticipado, Salud. Ahora intento corresponderle —contestó Antonia y, tras su padre y Rodrigo, abandonaron el casuco rumbo hacia el corazón del pueblo, ya dejada atrás aquella anécdota hilarante para los tres y, en especial, para el propio Rodrigo tan poco acostumbrado a esas lides perdido en la mole impersonal de una urbe colosal, donde las vidas de las gentes pasaban inadvertidas a modo de compartimentos estancos sin nexo entre ellos.

—Es turno para la muchacha que alertó de la desaparición de Pilar —habló Rodrigo.

—Vaya, entonces no andamos muy lejos de ella e, incluso, hemos estado a tiro de piedra hace un ratito mientras degustábamos la pitanza.

—No me digas, Pepe.

—No tiene misterio el tema, hombre. Es que resulta ser la hija del dueño del bar, que por cierto es también fonda y, amén de punto de reunión no oficial del pueblo, sede de la Sociedad de Cazadores, a cuyo presidente tienes delante.

—Miel sobre hojuelas, Pepe —contestó Rodrigo, alegrándose de que en un palmo de terreno tenía toda la madera para cortar en el caso —Y si me hace falta alguna clase de caza ya sé dónde acudir.

—De eso te puedo enseñar más que de guardia, muchacho. Y en cuanto a las monterías, faltan unos meses pero me gustaría que me acompañaras a una para que vieras qué ciervos cazamos.

—Acepto la invitación, Pepe. Aunque, te advierto, soy muy miedoso para eso de las armas. Y te lo dice un policía, aunque no tenga la placa ya.

—Bueno, si acaso conservarás el arma ¿No? —habló Antonia curioseando.

—Qué va. Las carga el diablo y prefiero no llevarlas.

—¿Y si te encuentras en un apuro?

—Los casos que llevo adelante son de guante blanco, incluido éste, donde mi única defensa es la capacidad de interpretar las respuestas de las personas que interrogo.

—¿Instinto innato? —preguntó Antonia, aún más intrigada.

—Más bien deformación profesional, y no me refiero a que sea ex policía, ni tampoco investigador privado.

—¿Entonces?

—Soy psicólogo. Sin embargo, no por vocación.

—¿Obligación paterna?

—Ni mucho menos. Digamos que por propia imposición.

—¿A cuento de qué?

—Por simple convicción en su día de que los conocimientos que adquiriría me proporcionarían una base poderosa a la hora de aplicarla a la investigación.

—Eso me cuadra —añadió Antonia.

—Y dínos la verdad, Rodrigo —preguntó Pepe a colación —¿Te sirvió? O, mejor dicho ¿Te sirve ese esfuerzo de hincar codos tantos años?

—Voy a ser claro —Rodrigo sonrió y miró de manera sucesiva a los dos —Lisa y llanamente para nada.

—Bien, sí, eso ya lo suponía, chico —contestó Pepe, sin que ninguno dejara de caminar calle arriba hasta el centro de la población.

—Vaya chasco.

—Sí, Antonia —Rodrigo quiso aclarar el tema —Aunque no me arrepiento puesto que, después de años como policía y una época ya pasada como investigador privado de encargos planos, sin interés, pura rutina, ahora mismo en el que estoy metido creo sabré sacar partido a los muchos días de estudio y, si me lo permitís, fantasías y pajaritos, que también los hubo. Seré sincero con los dos y os diré que cuanto veis en mí en este momento, me refiero a la forma en que voy vestido y toda esta parafernalia que me acompaña, es puro teatro. Veréis, ayer estaba, literalmente, en un estado muy cercano a la indigencia, comparable al de esa viuda y sus muchos pequeños. Un golpe de fortuna, si puedo llamarlo así, cuando había decidido abandonar esta profesión de manera radical por mi fracaso, volver al redil familiar y orientar mi futuro en otro sentido, me llevó a recibir de esa señora, abuela de Pilar, una cantidad seria que se ha incrementado al cumplir uno de sus requerimientos como era poner en sus manos una prueba de vida de su nieta. También os digo que he rechazado ese segundo incentivo y me he negado a tomar un céntimo más de ella.

—Serás el primero, Rodrigo.

—Lo sé. Pero mis principios no me lo permiten. Y, como le dije a ella, no soy como todos esos que han hecho el paripé y se han embolsado más de lo que a mí me ha ofrecido. Por este motivo, volviendo a vuestras preguntas, tengo la última oportunidad para hacer realidad mis proyectos iniciales y basar mi estrategia de investigación en algo más que pesquisas, pruebas, indagaciones y demás verborrea detectivesca. Y esta pasa por aplicar mis conocimientos del comportamiento humano, la forma repetitiva de sus reacciones ante estímulos provocados por la palabra.

—No me parece mal lo que intentas. Pero, por mi parte, un buen zurriagazo equivale a todo eso tan bien dicho que has largado y que, no quiero mentir, he entendido la mitad. Pero, en fin, que puedes contar conmigo para lo que te haga falta y, si es el caso, le suelto un mamporro a quien tú digas si te causa algún problema.

—¡Qué bruto eres, papá! Te está diciendo, entre líneas, que no quiere violencia, ni pependencias, ni nada que tenga que ver con zarandear a nadie para sacarle la verdad y tú te prestas a partir caras a pares.

—Hija ¡Qué te pareces a tu madre que en Gloria esté! ¡Una Santa! —soltó Pepe de una forma vovodilesca y consiguió sacar de nuevo la risa a los dos jóvenes.

—¡Un momento! —exclamó Rodrigo deteniéndose —“Electro Perico” —leyó de un letrero que rezaba así en la parte superior de un establecimiento —Entiendo que tenemos delante de nuestras narices el mismo Perico del que hablaba la viuda.

—No hay otro en cien kilómetros a la redonda. Inconfundible y, si nos guardas la confianza, hay pocos tan miserables como él en ese mismo territorio.

—¿Sí? Pues, si me permitís que paremos en su tienda un momentito, os agradecería me acompañarais.

—Dicho y hecho, hombre. Aunque no sé si te han entrado ganas de comprarte alguna radio o, tal vez, una tele —Pepe, muy intrigado, bromeó con esa insistencia del joven.

—Algo menos prosaico y, tal vez, más poético. Pero, si os parece, entremos —dijo finalmente Rodrigo y en cuestión de un par de minutos se encontraban delante del tal Perico, quien todavía con las manos grasientas al dejar de toquetear un calentador de gas, les atendía dejando ver sus casi sesenta años, su barriga cervecera y su aliento agrio mezcla de “Ducados” y “Anís del Mono”.

—Buenas tardes, señor —dijo Rodrigo, una vez saludaron tanto Pepe como Antonia al sujeto

—Vengo en calidad de representante de Pilar Brackenbury y, por favor, no ponga esa cara porque es su abuela quien se encarga en la ausencia de ésta de sus asuntos. Por tanto, si no tiene inconveniente, quería saber qué salario le pagaría usted mensualmente a un aprendiz, se entiende para que le enseñase cuanto sabe de reparación de electrodomésticos.

—¿Aprendiz? Vaya, no me gustan. Son unos vagos y sólo saben escaquearse. Y de aprender, pues nada. Sólo miran y se embolsan los cuartos —respondió Perico, dejando a Pepe y Antonia tanto la pregunta de Rodrigo como la respuesta de éste fuera de juego, perplejos ambos ante un diálogo que les parecía de besugos.

—De acuerdo. Entiendo tenga aversión a esos chicos. De todas formas, le rogaría respondiera a mi pregunta en lo referido al salario que, hipotéticamente, les pagaría por el aprendizaje y, por supuesto, ayuda en su trabajo en la reparación —insistió Rodrigo y más controversia creó en sus acompañantes.

—En fin, si usted se empeña en saberlo, pues calculo que, como son tan flojos y hacen más bien poco, unas tres mil pesetas al mes, tirando por lo alto, y además le cobraría el traje de faena.

—Muy bien —contestó Rodrigo con semblante irónico, en tanto extraía su cartera del bolsillo interior izquierda de la flamante chaqueta de color azul marino— Entendido y, en ese caso, aquí tiene setenta y dos mil pesetas con objeto de que contrate en calidad de aprendiz a Ángel, el hijo de Salud, siendo por tanto su salario de seis mil pesetas mensuales y el traje de faena le corresponderá a usted asumirlo ya que detraérselo constituye un delito, como podrá refrendar nuestro comandante de puesto.

—Claro está, sin duda —respondió Pepe, aparentando seguridad en la respuesta, aunque para sus adentros asombrado de cuanto veía y escuchaba.

—Igualmente, señor, Antonia, quien me acompaña como responsable del grupo de Pastoral de la parroquia de este pueblo, se encargará de supervisar la formación del muchacho y de que recibe su salario en punto y hora. De lo cual dará cuenta a su padre aquí presente y, de no hacerlo, debe saber que se atenderá a las consecuencias.

—Bueno, si paga usted, sin problemas. Su dinero es.

—Se equivoca, señor. Le reitero que es nuestra amiga Pilar quien realiza esta acción. Ahora cargue en esa furgoneta, que veo aparcada delante de la tienda, la lavadora de más calidad que tenga ahora mismo en existencias y llévela de inmediato al domicilio de Salud. Entréguesela y comente, sin decir nada de cuanto hablamos, que desea contratar a su hijo durante un año en formación. Por cierto, dígame el precio de la lavadora.

—Bueno, sí, ahora mismo hago todo eso. Verá, es que me coge esto de sopetón, así de repente y...

—¿El precio, por favor?— Rodrigo insistió cortándole.

—Dieciocho mil pesetas, eso es. Ya sé que es un poco cara pero es alemana, superautomática y...

—Tome —no discutió Rodrigo entregándole treinta billetes verdes de mil pesetas —Cobre el importe de la lavadora y el resto déselo al chaval, diciéndole que corresponde a las pagas extras de verano y Navidad que se las da por anticipado para que su madre disponga ¿Alguna duda?

—No, claro, ninguna. Mañana le digo que se venga para acá al chaval, y no se preocupe que le enseñaré cuanto pueda. Otra cosa es que él quiera aprender.

—Para eso tenemos aquí a la autoridad ¿Verdad, Pepe?

—A golpe de tricornio le traigo cada mañana si se resiste. Tú, Perico, me avisas si se pone

*farruco.*

*—Estupendo, bueno, pues nada, ha sido un placer...*

*—Sólo queda una cosa.*

*—Lo que usted diga, y si paga pues mejor.*

*—Le vendió una lavadora usada a Salud, con la que se ganaba el sustento. Tenemos entendido que usted se ha negado a repararla, incluso habiendo transcurrido unos pocos días desde el instante que ella se la abonó en efectivo.*

*—Bueno, verá, es que...*

*—Cuando lleve dentro de un momento la nueva lavadora, recogerá la usada ya estropeada y le devolverá hasta el último céntimo. En caso contrario, creo que Pepe tendrá algo que decir...*

*—Sí, claro. Es de justicia —añadió el guardia, la verdad que sin tener claro nada de lo ocurría en esos momentos.*

*—¡No hay problema! ¡Claro que sí! Pepe. Haré lo que dice este señor. Ahora mismo llevo eso, le doy el dinero y hoy paz y mañana gloria.*

*—Entonces, no hay más que hablar. Hasta pronto y enseñe bien a ese chaval —concluyó Rodrigo, saliendo junto a Pepe y Antonia, quienes no salían de su perplejidad incluso cuando habían andado un par de calles y Rodrigo se comportaba como si nada hubiese ocurrido.*

*—No sé qué decir —habló Antonia.*

*—Yo menos —añadió su padre.*

*—¿Os referís a lo de Perico?*

*—No, hombre, nos vamos a referir al sursuncorda —Pepe tiró de ironía.*

*—Veréis, es que debía hacerlo, tenía que hacerlo y, además y más importante, podía hacerlo. Tal vez hace un par de días ni por asomo. Yo mismo pasaba hambre como esa familia, la ropa estaba casi tan repasada como la suya y me acosaban las deudas. Sin embargo ahora y habiendo conocido a esa pobre gente, el maltrato que la vida les da, por no señalar a nadie en concreto y con excepciones maravillosas llenas de amor como tú, Antonia, no me he resistido a comportarme de esa forma que ni yo mismo me he identificado. Estaba como interpretando un papel, del cual no sabía el texto, pero sí cómo había de terminar la escena. Y esa era haciendo un poco de justicia, nivelando el destino malévolos que rodea como una sierpe a esa humildísima gente.*

*—Hay una pregunta obligada, Rodrigo.*

*—Ya sé su enunciado —respondió el joven al guardia.*

*—Yo creo que también y estoy de acuerdo con lo que has hecho aunque, si te digo la verdad, yo hubiese actuado de forma más primaria.*

*—En mi caso, Rodrigo —Antonia habló tras su padre del mismo tenor —estoy desconcertada y me vendría bien una explicación. De todas formas, me ha conmovido lo que has hecho, incluso dejándome desarmada en cuanto a la forma de ejecutarlo.*

*—Gracias, Antonia. Y es que ya sé que resulta hasta, diría, pedante cómo he enfocado el asunto. Quería ayudar, pero no quería hacer lo obvio, y me refiero a sacar esa cantidad de dinero, entregárselo a la viuda y salir de allí con ella y los niños besándome los pies. Odiaría con todas mis fuerzas esa opción. Por ello, he pensado que mi obligación era reintegrarles al círculo de la sociedad. Y qué mejor que un trabajo remunerado, ya sé que sólo un año, pero con una cantidad que les permitirá vivir con dignidad, sin tener que pasar hambre, ir por la calle con la cabeza bien alta y, lo mejor, ese chaval con una forma de ganarse la vida sin tener que recurrir al pozo infecto de la droga y, lo peor, el triste final que le aguardaría si llegase a su insondable fondo putrefacto. De la misma forma, podría haberle dado ese dinero de la lavadora*



*a su madre, pero será más feliz teniendo una nueva, impecable, seguro estoy más eficiente y rápida y, de idéntica forma, continuar ganando el pan para todos. Además, cuento con que tanto tú, Pepe, como sobre todo tú, Antonia, no dejéis de la mano a estas personas, quienes necesitan un impulso para abandonar ese infierno en vida que resulta ser la miseria.*

*—Ahora te entiendo y te felicito, Rodrigo. Tengo que decirte, conociéndole, que Pilar se sentiría orgullosa de haberte visto hacer esto.*

*—Pues, Antonia, no sé si me creerás, pero es ella misma quien me ha traído hoy, ahora, hasta aquí y te diría sospecho que ha dirigido mis pasos hasta ese lugar tan humilde, inspirándome para prestarles mi ayuda en su nombre —contestó el joven investigador y dejó tras sus palabras un silencio denso, donde la mirada de Antonia quedó enlazada con la suya en tanto él escrutaba sus ojos y ella meditaba en la forma en el que el destino baraja las cartas y modifica, en un solo instante, cuanto se desarrolla en nuestras vidas. Para ella, Rodrigo era un soplo de aire fresco, una ráfaga de energía positiva que llevaba su ánimo a un estado como nunca había sentido. Para Rodrigo, sin un mínimo gesto donde agarrarse para conocer lo profundo de Antonia, sólo admiró la delicadeza de sus ojos del color del trigo recién nacido, con detalles iridiscentes que los hacían característicos.*

*—¡Ejem! —carraspeó Pepe y ambos jóvenes bajaron de la nube a la que, por separado, habían subido, si bien el descenso fue a la par —Desde aquí me parece haber visto entrar en el bar a Daniela.*

*—¿Daniela?*

*—Sí, Rodrigo, así se llama la hija de Anselmo, el propietario del bar que antes te comentó mi padre —aclaró Antonia y los tres pusieron rumbo hacia el local, al cual llegaron escasos tres minutos después, cruzando el umbral y dirigiéndose a la barra.*

*—¡Hombre, Pepe, Antoñita! ¿Qué os trae por aquí? Os hacía hoy en la granja.*

*—Y allí estábamos, porque ya sabes que cuando libro y la niña está aquí de vacaciones, la ponemos al día.*

*—Un desastre —añadió Antonia a las palabras de su padre.*

*—Anselmo, hemos estado almorzando en el bar pero me dijo tu esposa que andabas de médicos hoy.*

*—Así es. Como siempre, la ciática. Pero, gracias a Dios, ya mejor.*

*—Bueno, entonces te voy a presentar a Rodrigo Pascual, que es un investigador privado que ha contratado la abuela de Pilar.*

*—Encantado —estrechó la mano el cantinero a Rodrigo y éste le ofreció su mejor sonrisa — No quiero ser aguafiestas, pero ya le habrá contado Pepe que los demás colegas suyos no dieron ni con una pista. Y es que esa chiquilla, se lo digo yo que llevo toda la vida en este pueblo, tuvo un cruce de cables y quiso quitarse de en medio. Además, es que no hay más explicación. Y nada de pensar en cosas malas. Este es un sitio muy pequeño, muy apartado y nos conocemos todos ¿Sabe? Hágame caso y no se esfuerce porque ni la policía, ni los civiles compañeros de éste, han dado ni un paso. Y le digo que la niña andará por ahí con cualquiera y la abuela desesperada gastándose una fortuna para nada.*

*—Le doy la razón en todo lo que ha dicho, salvo en lo de volverme sobre mis pasos — contestó Rodrigo —No sabe usted lo insistente que me pongo cuando tengo un caso entre manos. Y éste es un reto y así me lo tomo. Si no encuentro a Pilar, al menos intentaré comprender el motivo de que abandonase un lugar tan coqueto, tranquilo y con gente tan hospitalaria.*

*—¿Sabe qué le digo? —Anselmo, de la misma edad que Pepe, algo más bajo si bien más*

fornido, sin bigote y con la mitad de cabello en la cabeza, habló con el dedo índice apuntando hacia arriba —Que me parece muy bien eso que ha dicho. Porque es como cuando se juega al fútbol y se ve que el equipo contrario es mucho mejor y no se va a ganar pero, al menos, queda la cosa de disfrutar del juego. Así lo veo yo.

—Me parece correcto ese parangón deportivo que plantea, aunque no quiero mentir y decirle que ambiciono ganar este partido.

—Ojalá y, si puedo ayudarle, aquí me tiene.

—Se lo agradezco de corazón.

—Nada, hombre, para eso estamos.

—Oye, Anselmo, tirando de ese ofrecimiento al chaval, queríamos charlar un ratito con tu hija Daniela.

—Muy bien, sí, acaba de llegar. Ya sabes lo que le gusta la piscina y con este calor más. Oídme los tres ¿Queréis un cafelito? ¿Una copita? Lo que se os apetezca y lo tomáis mientras le aviso.

—Anselmo, me siento incapaz de rechazar ese café, que tengo una manglana de cuidado y así me despierto —contestó Pepe por su parte.

—Coca—Cola lo más fría posible, Anselmo, y con hielo hasta arriba —Antonia pidió así.

—Una infusión de manzanilla, que el condumio ha sido de órdago —optó Rodrigo por algo que le ayudase a digerir el opíparo almuerzo.

—¡Niño! ¡Que es para hoy! —dijo Anselmo al chaval que le ayudaba en la barra —Vosotros ir al reservado al fondo, que ahora mismo va Quico para allá con las consumiciones. Mientras, yo me subo a la fonda para avisar a Daniela.

Una vez desapareció el propietario del local por la escalera que daba a la zona de dormitorios, los tres se dirigieron donde les había dicho y al momento estaban degustando lo pedido, en especial Antonia que bebió casi de un trago el refresco de Cola y tuvo que pedir otro.

—Antonia, hija, bebe despacio que la garganta siempre te está dando avisos.

—Papá ¡Qué plasta eres! ¡Ya no soy una niña!

—¡Qué juventud! Pero, vamos a ver ¿Ya no te acuerdas el invierno pasado en Madrid? Y por lo mismo, la dichosa garganta.

—Bueno, me fui a casa de la tita, dos días en cama, y como nueva.

—¡Jesús! ¡Jesús! ¿Lo ves, Rodrigo?

—Hay que cuidarse, Antonia. Es verdad, aunque yo mismo no me aplico el cuento.

—¿Te has fijado, papá? Somos jóvenes.

—Sí, claro. A los padres sólo nos queda sufrir. En fin, Rodrigo, ahí donde le ves quiere ser escritora y como siga por ese camino no va a llegar a serlo.

—¿Escritora?

—No le echas cuenta —se puso colorada Antonia al contestar a Rodrigo —Mi padre, que es un exagerado.

—Ya somos dos.

—Como él, no creo. Lo que sí hago es estudiar Filología en la Complutense. Nada más.

—Y nada menos.

—Como miles de jóvenes como yo. Otra cosa es que tenga vocación de escritora. Pero no lo soy.

—¿Escribes?

—Sí, pero no he publicado.

—Bien, incluso así y si dices que escribes, se supone que eres escritora.

—Rodrigo, no sigas que me da vergüenza. Cuando publique un libro, dime escritora. Hasta tanto soy estudiante de quinto y, si no lo remedia un éxito editorial, seré una triste profesora en algún instituto del extrarradio.

—A mí eso me parece mucho y bueno —dijo Rodrigo—Incluso puedes ser las dos cosas.

—¿Profesora? Ni muerta en caso de que me lean un millón o más de personas.

—¿Te has fijado bien, Rodrigo? Las cosas que dice esta niña. Después del....

—Después del sacrificio de los padres y bla, bla y bla —terminó la frase Antonia —Me lo sé de memoria, papá. Si no te querías sacrificar, pues no haberlo hecho.

—Lo que me faltaba. Ahora con esas. Pero, vamos a ver, Antonia ¿Tú no elegiste esa carrera? ¡Yo qué sé!

—Sí, bueno, la elegí y qué, papá. Cuando vi lo que era me entró dolor de tripa. No me gusta y punto. Pero la voy a terminar ¿O no? Pero que sepas que sólo para que no te enfades ¿Me entiendes?

—¡Qué desilusión, Rodrigo! Las cosas que tiene un padre que aguantar.

—Por eso eres su padre. Y no te exasperes porque, en mi caso, hice algo parecido al mío. Son cosas de nosotros, los jóvenes. No tenemos muy claro a qué dedicar el tiempo que aún nos queda. Y, la verdad, somos quizás injustos con vosotros que tanto os preocupáis porque nos vaya bien, tengamos comodidades, buenos salarios, buenos coches, buenas casas pero, por nuestra parte preferimos algo más de acción. No sé si me explico, tal vez aventura, y vernos, como dice Antonia, encorsetados el resto de nuestra vida como vosotros nos pone de los nervios y hacemos cosas que los padres juzgáis como imbecilidades y nosotros como escapes a la rutina, la cual nos espera a la vuelta de pocos años. Eso es todo y disculpa que sea tan claro.

—Así se habla. Rodrigo, vamos ¡Choca esos cinco! —dijo Antonia y éste correspondió de inmediato a lo que decía, aunque luego ella, emocionada por la parrafada, se incorporó, se le acercó y le dio un sonoro beso en la mejilla, consiguiendo que Rodrigo volviera a exhibir el color del tomate—

—¡Te merecías ese beso! ¿Has tomado nota, papá?

—¡Qué remedio, hija! Es el sino de la paternidad y, por mucho que me empeñe en que las cosas no sean así, tengo que aceptarlas o pegarme un tiro.

—Papá ¡Qué dramático te pones! Es cuestión de juventud y...

—Sí, ya sé. Que soy un viejo, pasado de moda y me llevo todo el día contando batallitas...

—Buenas tardes —interrumpió Pepe sus palabras, nada más escuchar el saludo de una joven que había aparecido por el umbral del reservado del bar, atestado de trofeos de caza y, en especial, de enormes cabezas de ciervo con multitud de puntas.

—¡Hombre, Daniela! —dijo Pepe antes justo de levantarse, darle dos besos en las mejillas e invitarle a sentarse junto a ellos. Por su parte, la joven hizo lo propio con Antonia, quien fue también a su encuentro y los besos mutuos fueron aún más cariñosos.

—Te presento a Rodrigo Pascual, investigador privado que ha contratado la abuela de Pili —no esperó Antonia a que su padre tomase la iniciativa.

—Encantada —dijo ruborizándose Daniela, aunque menos que el mismo Rodrigo, para quien estos temas sociales le venían grandes y no podía evitarlo en cada presentación de cualquier fémica. En este caso, el efecto se incrementó tratándose de una joven tan guapa como aquella con un cuerpo escultural, sin tener en cuenta la sonrisa tan sugerente que le dedicó.

—Un placer conocerte, Daniela —se alegró Rodrigo de haber pronunciado aquellas pocas palabras sin que se le trabara la lengua, cosa que le ocurría en más de una ocasión y, estrechándole la mano tan delicada y tibia, el rubor se elevó a un límite inaudito; todo ello

bajo la atenta mirada de Antonia, para quien no pasó desapercibido cada detalle y que Rodrigo, a su vez, entendió le incomodaba al ver cómo ella tensaba sus labios.

—Ustedes dirán —habló de nuevo Daniela —Mi padre me ha dicho que era relacionado con Pili.

—Así es —habló Pepe sin dejar de sonreír al verle y, a tenor de su mirada, admirarle ya que no quitaba ojo del vestido tan corto que dejaba patente la perfección de sus piernas y, en particular, los muslos que delataban su exposición al sol del estío luciendo un suave y brillante bronceado —Es que Rodrigo quiere conocer de primera mano cómo ocurrió todo justo ese triste día, en el que diste la alarma de que Pilar había desaparecido.

—Bueno, lo he contado ya no sé cuántas veces. Pero, la verdad, una más no importa —contestó de buen grado la joven quien, en vez de mirar a Pepe, lo hizo a Rodrigo—

—Te pido disculpas —inició Rodrigo su parlamento teniendo a la joven justo al lado e intentando concentrarse en su bellissimo rostro, aunque le costó un tiempo hasta dejar de pensar en aquellas piernas de infarto —Si no te es molestia, Daniela, voy a preguntarte por varias cosas y me vas respondiendo.

—Sí, claro, dime qué quieres saber.

—Pues, por ejemplo ¿Acabas de llegar de la piscina?

—Sí —contestó Daniela mirando a Antonia y a Pepe, y luego riéndose ante aquella cuestión que no entendía muy bien.

—Y, dime Daniela ¿Vives en el pueblo?

—¿Qué? No sé a qué viene esto —insistió la joven en sus miradas a Pepe y Antonia y éstos prefirieron guardar silencio— Claro que vivo aquí, nací aquí ¿No eran sobre Pilar las preguntas?

—Daniela ¿Fuiste a casa de Pilar aquella madrugada del dieciséis de agosto?

—¡Pero, bueno, lo que faltaba! Pepe, Antonia ¿Habéis visto...?

—No te enfades, mujer. Contesta a Rodrigo. Sólo es una pregunta —contemporizó el guardia y Antonia, fina en el entendimiento, conservó sus labios cerrados a la espera de algo que, sin adivinar su fin, sabía ocurriría.

—¡No! Por supuesto que no fui ¿Cómo iba a ir? Estaba en el baile. Acudí a su casa al día siguiente porque habíamos quedado y...

—Daniela, por favor, no insistas —le frenó Rodrigo en seco, dotando a su expresión de un rictus de severidad que Pepe y Antonia no habían presenciado aún —Estás mintiendo. Y lo sabes....

## CAPÍTULO VII

—¿Cómo te atreves en mi propia casa y...?

—Daniela, por favor, tranquilízate. Rodrigo sólo busca la verdad sobre Pilar y, tal vez por un malentendido, piensa que no dices la verdad —Pepe quiso asumir el papel de abogado del diablo, cosa que Antonia, incluso siendo la muchacha amiga desde la infancia y compañera de cuanto hacía en el pueblo, rechazó para sus adentros y decidió aguardar a las maniobras de Rodrigo; cuya mirada cruzó durante un momento y en silencio comprendió cómo tenía mordida la presa y, se temía, no la soltaría por nada del mundo como buen sabueso que le presuponía.

—Daniela, sólo tienes una opción ahora mismo —apretó Rodrigo —dejando aparte la de avisar a tu padre y armarla con esos nervios que te han salido de repente ante mi pregunta, y se llama “verdad”. Sólo “verdad” en tus labios.

—¡No he mentido!

—Sí, Daniela —Rodrigo insistió vehemente, aunque sin que su tono de voz perdiese compostura y educación como en él era habitual —Te he observado cómo, al escuchar la pregunta sobre tu presencia en casa de Pilar aquella madrugada, enseguida las líneas de tu rostro han modificado su posición, las cuales por cierto has estirado en toda su extensión hasta el propio cuero cabelludo, sin dejar de lado cómo las cejas se han arqueado, has corregido tu postura en el asiento dejando la más relajada que tenías y, al mismo tiempo, por una parte has apretado las rodillas y, por otra más evidente, tus manos han tirado con fuerza de la minúscula falda que llevas para ganar un centímetro escaso con que tapar las piernas, amén de que todavía estoy viendo como tu frente permanece perlada de sudor y que tus pupilas se han contraído como si recibiesen un fuerte fognazo de luz.

—¿Qué? ¿Queréis algo más? ¡Vaya calor que hace hoy! ¿Todo bien? —como un ciclón apareció Anselmo, con su expresión bonachona, deshaciéndose por atenderles como merecían a su criterio.

—¡Nada, Anselmo, estamos fetén aquí! —Pepe, como si nada ocurriese e incluso con aire un tanto festivo, se apresuró a contestar; aunque sin dejar de mirar a Rodrigo y su gesto de contrariedad al comprobar cómo el asalto que estaba ganando quedó interrumpido en el instante más inoportuno, concediendo ventaja a la púgil rival sobre la lona de la mentira más soez donde se desarrollaba el imaginario combate.

—¿Te has fijado, Rodrigo? Tú que eres de la capital, lo guapas que son aquí las muchachas —se dirigió Anselmo al joven investigador, y éste con cara de circunstancias ofreciendo una sonrisa forzada y sus labios cerrados.

—¡Papá, por favor! ¡No empieces! —se quejó Daniela viendo cómo el tema derivaba al preferido de su progenitor.

—Tranquilo, Anselmo —intervino enseguida Pepe, mediando entre padre e hija —A mí Antonia me hace lo mismo.

—¡Lo que faltaba, papá! —Antonia no tardó en saltar.

—Rodrigo ¿Te has fijado bien? ¿A que son dos bellezas? —insistió Anselmo en su pregunta a Rodrigo, para luego acercarse y dar un sonoro beso a Daniela.

—¡Basta ya, papá! ¡Que no soy ya una niña! ¡Pero, qué peñazo! —respondió la chica al

gesto de su padre.

—¿Qué no haría yo por mi niña? —Anselmo acompañó esas palabras con otro cariñoso par de besos, en tanto Daniela intentaba escurrirse sin éxito.

—Es que es tan arisca como la mía, Anselmo —Pepe habló a su amigo así para disgusto de Antonia, si bien en esta oportunidad la joven prefirió sólo hacer una mueca de asco.

—Bueno, os dejo —se despidió Anselmo para volver a sus quehaceres en el bar —Si queréis algo, me avisáis y el niño os lo trae.

—¡Papá, por favor, de una vez desaparece ya! —Daniela contrariada, también muy avergonzada, le llegó a levantar la voz —¡Y cierra esa puerta!.

—Bueno, bueno, lo que diga la señorita ¡Vaya humos! —comentó Anselmo justo antes de cerrar la puerta, tal como había pedido su hija, y los cuatro quedaron a solas de nuevo.

—Es el momento de la verdad, Daniela —Rodrigo no esperó a que la joven se recompusiera y, según calculaba, tuviese tiempo de reordenar sus pensamientos, colocarlos en hilera y así soltarle una nueva mentira con la que tapar la anterior —Y me parece un gesto claro de que estás dispuesta a confesarla cuando has, si me permites el término, ordenado cerrar la puerta.

—Daniela, hija, te lo ruego como si fuese tu padre. Por favor, contesta a Rodrigo y sé sincera —Pepe continuó en su línea y puso en suerte a la chica a Rodrigo, con esa forma sutil de pedir cumplierse lo dicho por el joven.

—¡Está bien! ¡Dejadme respirar! —pareció Daniela por fin comprender cómo no tenía margen de escapatoria —Sí estuve en casa de Pilar esa madrugada.

—Muy bien, eso está mejor —Rodrigo sonrió, Pepe se quedó mudo esta vez y Antonia abrió la boca de la sorpresa.

—Daniela, estoy observándote. Ya has visto que mentirme es inútil porque lo notaría. Así que comienza a relatar qué ocurrió y qué motivo te llevó a casa de Pilar.

—¡No hay nada malo, de verdad! Es que, si se entera mi padre, descuelga la escopeta que tiene en la pared del bar y aquí mismo me pega dos tiros sin contemplaciones.

—Daniela, vamos, cuenta todo y no te preocupes que lo que nos confíes quedará para nosotros tres. Te garantizo que tu padre jamás se enterará.

—Eso espero —contestó Daniela, ya más relajada pasando el examen de Rodrigo —porque si no, habrá entierro para mí y cárcel para él.

—¿Tan grave es, hija?

—No, claro que no. Pero para mi padre es lo más.

—Voy adivinando —dijo Pepe y Antonia, en silencio, intuyendo lo que venía a colación.

—Aquella noche del quince de agosto, tú lo sabes bien, Antonia, estábamos toda la pandilla, e incluyo los del grupo de pastoral, en el baile. Lo pasamos de fábula y poco antes de las doce, Pili dijo que estaba cansadísima con la guardia del día anterior y que prefería irse a casa. Así que se fue y nos quedamos todos por allí y, bueno, en mi caso no voy a negar que también me excusé, mintiendo por supuesto y lo reconozco ahora, a eso de las dos de la mañana.

—Daniela, te prevengo —Rodrigo metió presión de nuevo a la joven —Di la verdad y, presuponiendo que te marchaste con algún joven a un sitio más tranquilo, no mientas sobre la identidad de éste.

—Ya, una vez reconocido eso ¿Para qué voy a mentir? Me fui con Pablo, el hijo de Fabián. Por favor, Pepe, Antonia, ya sabéis.

—No te preocupes, Daniela —dijo Antonia —Allá cada cual con lo suyo. Además, ya lo sabes, no me voy a poner aquí a juzgarte.

—Por mi parte, además siendo autoridad, no temas nada, Daniela.

—Gracias, Pepe, y a ti, amiga mía —contestó Daniela cuando la emoción hizo acto de presencia y no tardó en derramar algunas lágrimas.

—Estábamos en que te marchaste con ese joven —Rodrigo no aguardó ni un segundo en presionarle, deseoso de cuadrar las piezas, quizás de manera algo compulsiva a criterio de Antonia, quien lo vio demasiado obsesionado con el tema.

—Así es. Eran las dos y media y cuando llegamos a casa de sus padres, que por cierto estaban de viaje porque últimamente la gente se suele quitar de en medio en las fiestas, me di cuenta que no tenía, ya sabes...

—Anticonceptivo.

—Eso es —contestó la muchacha a punto de que le estallase la cara —Me da muchísima vergüenza hablar de esto y....

—Daniela, como si no estuviésemos nosotros aquí —Pepe no podía abandonar ese sentido paternal y, conmovido por la emoción de la joven, se arrojó un papel más cercano al clero que al puramente policial.

—Gracias, Pepe, la verdad es que no tengo palabras por vuestra comprensión. Bueno, como os iba diciendo hace un momento, estando con Pablo le dije que lo dejáramos y que en otra oportunidad pues, eso. Pero no hace falta que os diga que él se puso pesadísimo y tampoco voy a mentir que yo misma me uní a su deseo. El caso es que se me ocurrió acudir a Pilar y me dirigí a su casa, que está al lado de la mía ya que residimos en la misma calle, incluso pensando estaría dormida. Sin embargo, la necesidad de volver con Pablo me hizo saltarme ese detalle, y no lo voy a ocultar. El caso es que cuando llegué, para pasar más desapercibida, llamé a la puerta trasera con la suerte de que Pili estaba allí despierta en la cocina y, además, viendo la tele. Nada más me vio por el cristal, abrió la puerta y me dijo que pasara...

—No era la primera vez —interrumpió Rodrigo seguro de lo que adivinaba.

—No, la verdad es que no —apostilló Daniela, dejando a su amiga Antonia al borde del patatús y a Pepe con un gesto incrédulo.

—Sigue, por favor —Rodrigo pidió a la joven, sin mostrar sorpresa alguna ante su confesión.

—Pues, resulta que Pili, y sin yo decirle nada, fue a su dormitorio y me trajo, en fin, eso.

—Preservativos —Rodrigo de nuevo completó la frase.

—Sí, bueno no uno, sino varios, porque ella quiso.

—¿Nada más?

—Sí, algo más —respondió Daniela, haciendo que Pepe se pasara la mano por la frente y Antonia tragase saliva.

—Píldoras anticonceptivas —soltó Rodrigo con seguridad.

—Pero, vamos a ver ¿Cómo sabes eso? —Daniela pareció contrariada porque aquel tipo sabelotodo se adelantara a sus respuestas.

—Las preguntas las hago yo, Daniela. Sigue, por favor.

—Nada más. Le di las gracias, me despedí, salí de nuevo por la puerta trasera y volví junto a Pablo para, en fin, ya saben.

—No hacen falta más detalles —Pepe frenó las palabras, por si acaso y más teniendo Antonia a su lado.

—Lo de las píldoras esas ¿Fue un encargo?

—Sí y no —respondió la joven, de nuevo sorprendida de la agilidad mental de Rodrigo — Bueno, ella me dijo que podía conseguirlas, porque era médico, y además me las recomendó porque siempre decía que los condones no eran seguros. Se podían romper y esas cosas.

*Conocía cómo son las cosas por aquí y también cómo pensaba mi padre. Siempre me decía que esas pastillas eran mi seguro de vida y que no quería verme en una mesa de autopsias llena de plomo de la escopeta de mi padre. Y eso es todo. Al día siguiente fui, como dije a todos, por la tarde para recogerle e ir juntas a los toros, pero ya no estaba.*

*—De acuerdo, Daniela, te felicito —dijo Rodrigo cuando las piezas de su tablero encajaron todas, en especial las confidencias aportadas por Jacinto en su entrevista, con referencia especial a esos contraceptivos que habían ocupado la imaginación del joven investigador, aunque con un uso poco esperado.*

*—Muy bien, Daniela ¿Ves qué fácil?*

*—Pepe, fácil para ti.*

*—Papá, qué poco tacto tienes.*

*—Antonia, hija, sólo intentaba animar a Daniela.*

*—Vaya ánimo ¡Jesús! Son cosas íntimas, hombre. Ponte en su lugar y allá que va, contándolas a extraños.*

*—Bueno, extraños, extraños, Antonia...*

*—Para esas cosas somos todos extraños, papá. Y deja ya el tema que cada vez consigues que Daniela sufra más.*

*—Bien, bueno, no hay que ponerse así. Además, que lo digo como lo siento, aquí no ha pasado nada.*

*—De acuerdo, Pepe —Rodrigo destensó el ambiente y él mismo se unió a éste nuevo clima —Hemos dado un paso de gigante, y no lo digo por saber intimidades, sino porque tenemos un testigo que afirma cómo Pili estaba entre las dos y media y las tres de la mañana todavía despierta y, al parecer, viendo la televisión. Por cierto, Daniela, te iba a rogar si recuerdas que tuviese el volumen dado o, por el contrario, sin sonido.*

*—Encendido. Estaba bajito, pero me acuerdo que ella la escuchaba. Otra cosa es que, nada más abrirme la puerta y comenzar a hablar las dos, ella se acercó y le quitó el volumen. Como ves, aparte de buena persona y amigas de sus amigas, tenía una educación que muchos ya quisieran por aquí.*

*—¿Recuerdas qué hora era? Quiero decir si habían dado las tres o no.*

*—Las tres no. Te lo digo porque recuerdo cómo, al entrar en casa de Pablo, escuché las campanas de la iglesia y daba esa hora.*

*—Pues, Daniela, Pepe, Antonia, eso es ¡Morrocotudo!*

*—¿Qué bicho te ha picado ahora, Rodrigo? —preguntó Pepe desorientado.*

*—Bueno, ese tramo horario abre el abanico de posibles sospechosos, hasta ahora bien parapetados en que se encontraban en la fiesta.*

*—Eso es así. Yes cierto, Rodrigo. Luego...*

*—Luego esta nueva confidencia hace que el juego precise replantearse, o sea que las fichas vuelven a la casilla de salida.*

*—Vamos, que ahora sospechosos somos todos.*

*—Pepe, esa es ahora la cuestión y lo afirmo con rotundidad.*

*—¡Virgen Santa! Entonces, habrá que ir uno por uno y...*

*—Para, Pepe, que no pretendía decir eso. En realidad no quiero moverme de mi estrategia en esta investigación del caso y lo que toca a continuación es algo menos, pongamos, ambicioso.*

*—Me vuelvo a perder.*

*—Pepe, voy a ser conciso y no me andaré por las ramas. Necesito saber las personas que al*



día siguiente de aquella fiesta abandonaron el pueblo y en especial quienes, por motivo de ésta, pernoctaron teniendo en cuenta, según tengo entendido, las dos jornadas siguientes de igual forma eran consideradas ferias y, por tanto, festivos de carácter local.

—Sí, sí, así ocurrió. Este año, como ya habrás supuesto, se acordó que fuera al revés que entonces. O sea que trece y catorce de agosto, que preceden al día de la Virgen, han sido los festivos. Pero llevas razón y te has documentado de manera exacta en que fue como dices.

—Entonces, Pepe, Antonia ¿A qué esperamos? Siempre que no estéis cansados.

—¿Cansados? Nada de eso ¿Verdad, hija?

—No me perdería algo así por nada del mundo y ya descansaré cuando cierre el ojo.

—Antonia, hija ¡Qué te pareces a tu madre! Siempre con esas cosas tan téticas.

—Papá, es humor negro, hombre.

—Sí, pero da repelús escucharlo.

—Oye, Pepe, imagino que no habrá nadie del cuerpo médico que pueda ayudarnos, en concreto las asistencias de esa noche negra.

—Ya te adelanté, Rodrigo, que el médico de guardia, muy mayor ya, falleció el año pasado. En cuanto al enfermero, era forastero y cualquiera sabe dónde andará ahora.

—Entiendo, Pepe. Bien, tendremos que conformarnos con rastrear información por otro lado.

—Lo de las fondas es fácil. Sólo hay una y estamos en ella.

—Pues, Daniela, muchas gracias y puedes marcharte ya —se dirigió de nuevo Rodrigo a la muchacha, quien parecía haber recuperado el color en su rostro y dejaba de tener la cabeza gacha, tras la vergüenza pasada hacía unos momentos confesando sus intimidades —Siento tener que haber sacado a la luz un tema tan delicado.

—Si por lo menos sirve para encontrar a Pili, doy por bueno el rato tan malo que he pasado. Pero, ya sabes, ni palabra de lo que has escuchado.

—No lo dudes y confía plenamente en mí —Rodrigo se mostró complaciente, en particular contento de haber arrancado algo muy valioso con su peculiar forma de interrogar.

—Antonia, guapa, a ti te pido por lo que más quieras que no se entere mi novio, que nos casamos en la primavera que viene —rogó Daniela a su amiga, dejando ver una vez más algunas lágrimas —Si Felipe llegara a conocer todo, no me pega dos sino cuatro tiros.

—Mujer, que no te preocupes. Anda, súbete a la fonda por la parte de atrás y que tu padre no te vea cómo estás con los ojos así de haber llorado —le consoló Antonia, dándole a continuación un par de besos en las mejillas, para luego abrirle la puerta trasera con cuidado y despedirle en silencio, no sin antes otear por si acaso Anselmo estaba cerca. Tras solucionar esto, tanto ella, como su padre y Rodrigo salieron del reservado hacia la barra que, a esas horas, estaba poco animada de parroquianos libando vino del terruño, y algún otro más joven consumiendo botellines helados de cerveza para aliviar el sopor de la tarde.

—¡Amigo Pepe y la compañía! ¿Ya está todo solucionado? —escucharon preguntar a Anselmo, quien salió de repente desde la puerta que daba acceso a la cocina, andando unos pasos y colocándose al otro lado de la barra delante de ellos.

—Así es, Anselmo. Pero antes de marcharnos, Rodrigo me ha pedido que te preguntara por las personas que pasaron la noche del quince de agosto, de cuando lo de Pili como puedes comprender, y en particular los que se fueron al día siguiente.

—A ver, espera un momento, Pepe, que tengo que hacer memoria y bien hecha porque, desde entonces, ya ha llovido.

—Le ruego, Anselmo —Rodrigo no perdió la oportunidad de meter presión en el tema, como

era su costumbre —haga un esfuerzo, porque es muy importante para mi investigación conocer ese dato.

—Sí, claro. Un momento sólo —contestó el cantinero, para seguidamente quedar mirando hacia el techo del bar, luego al suelo, después a la caja registradora a la que dio varios toquecitos en la tecla de suma y, para rematar, regresando su mirada hacia arriba rascándose la barbilla.

—Bueno, que yo me acuerde —habló por fin Anselmo —los dos únicos que se marcharon el día dieciséis de agosto fueron Joaquín, el melonero, y Pepín, que durmió aquí en la fonda, pero éste como si no contara. Curiosamente los dos del mismo pueblo.

—No entiendo, Anselmo.

—Sí, hombre. Pepe también sabe el motivo de que no tenga nada raro que se fuera.

—Sí, sí, Rodrigo —Pepe tomó el relevo —A ese pobre hombre se le mató un hermano cayendo a un depósito de no sé qué producto químico, porque hay minas en el pueblo y no quedó casi nada de él identificable. Así que tuvo que salir corriendo por la mañana para allá. Ya te digo que tienes que borrarlo de la lista.

—Por supuesto —dijo Rodrigo —En cuanto al otro ¿Qué me decís?

—¿Joaquín? —habló Anselmo —Un buen hombre, que todos los años se viene para acá desde ese pueblo que está más o menos a veinticinco o treinta kilómetros. Lleva acudiendo a la fiesta muchos años y se queda con nosotros hasta finales de agosto con el puesto de melones. Oiga, buenísimos, dulces de verdad. Por cierto, a ver si prueba esa fruta tan rica.

—Yo me acuerdo también lo de Joaquín —dijo el guardia, después de quedar pensativo unos momentos —Tú mismo me lo comentaste, Anselmo.

—Claro, Pepe, así es. El hombre se levantó, desarmó el puesto y salió cagando leches.

—¿Así? ¿Sin más?

—No, hombre —aclaró Anselmo a Rodrigo alzando los brazos para sumar ese gesto a la negación —Verás, es que el pobre cuando lo vi esa mañana estaba para el arrastre. Tenía arañazos en el cuello que daban miedo, pero menos que los que se le veían tanto en los brazos como en la misma nuca, que eran más profundos y en carne viva. Para colmo, llevaba cosida en la mano derecha una cuchillada seria que me dijo cómo el médico se la había curado de madrugada. Le pregunté y me dijo que un perro, rabioso decía él, le había dado esa tunda. Así que, hasta con calentura que le dio, después de la antirrábica y también la antitetánica que le pusieron, decidió irse para su casa y que le fueran dando al negocio de los melones. La verdad, no sé cómo estaba de pie Joaquín.

—¿Y está ahora en el pueblo?

—Como te lo digo. Pegado a la carretera tiene el puesto.

—¿Se supo algo del perro y dónde fue?

—Que yo recuerde, el animal no volvió a atacar a nadie y no me extraña porque, según me contó él mismo, le arreó dos o tres puñaladas bien dadas y, se puede uno hacer la idea, que el perro herido huiría para la sierra y allí acabaría sus días. Precisamente me dijo que del forcejeo con el bicho, que parecía un lobo, al clavar el cuchillo se le escurrió la mano y se dio a sí mismo aquel tajo tan grande.

—Sin embargo, y si no me corrige, Anselmo, mordeduras no ha mencionado usted.

—Eso no. Pero, bueno, Joaquín es alto, fuerte y conseguiría mantener las mandíbulas a distancia y sólo pudo arañarle.

—De acuerdo, Anselmo, salvo esas dos personas ¿Nadie más abandonó el pueblo?

—Nadie, que yo me acuerde.

—¿Seguro que no hay otra fonda?

—Y tan seguro, hombre. Este pueblo es muy pequeño y ya te digo que en casas particulares nadie se queda.

—Bien, habría turismo por la fiesta.

—¿Turismo? Si a eso llamas a los diez o quince del pueblo que se vienen para acá. Forasteros, lo que se dice forasteros, poca cosa y ya te digo que salvo Joaquín y Pepín ese día no había nadie. Esto está tan apartado, tan en la sierra que ni siquiera viene en los mapas.

—Entiendo, Anselmo. Agradezco la información —dijo Rodrigo viendo cómo había poca leña más que cortar con el cantinero.

—Pepe, este fleco del melonero no hay que dejarlo atrás. Creo que debemos contrastar lo comentado por Anselmo y, de paso, de boca del protagonista.

—Y tanto que sí, Rodrigo —dijo el guardia señalando la puerta y tomando del brazo también a su hija —Anselmo, hasta otro rato y muchas gracias. Nos vamos para el puesto de Joaquín.

—Aquí estoy para que lo necesitéis —respondió Anselmo desde la barra, observando ya como los tres se marchaban —¡Oye, Rodrigo! Que tienes la habitación preparada para esta noche.

—Sí, muchas gracias, Anselmo. Lo que puedo decir es a la hora que volveré, estando enfrascado con la investigación.

—Sin problemas y tú no te preocupes de nada —dijo Anselmo a Rodrigo, habiendo aquél salido de la barra y llegado hasta el mismo umbral del local, adonde Rodrigo se había acercado con tal de corresponder a sus atenciones, volviendo un momento para ello sobre sus pasos —Cuando llegues, sea la hora que sea, nada más tienes que llamar a la puerta y te abrimos. Y mucha suerte, muchacho, a ver si encuentras una pista de donde está Pilar.

—Gracias por tu amabilidad, Anselmo, y en cuanto a lo de Pilar, no dudes que lo intentaré con todas mis fuerzas —contestó Rodrigo sumándose a Pepe y Antonia, quienes ya caminaban rumbo hacia la parte baja del pueblo, con el sol haciendo su trabajo y manteniendo las calles desiertas con los lugareños recogidos, como era norma en esas fechas.

—Rodrigo, chico, no sé Antonia, pero a mí me has dejado sin respiración.

—A mí sin habla —añadió la hija del guardia, quien estaba al lado de Rodrigo y parecía no quitarle ojo de encima, si bien era algo mutuo.

—En fin, no ha sido para tanto. Si me guardáis el secreto, Daniela estaba deseando quitarse de encima eso que nos ha dicho. Pienso que se siente algo culpable, y no por tener relaciones sexuales con unos y otros a espaldas de su novio, digamos oficial, sino porque su testimonio desde el primer momento estimo hubiese sido capital para las pesquisas de tus compañeros, Pepe, y de los que eran míos en su día. No sé si me equivocaré, pero le hemos liberado de una pesada losa, teniendo constancia de que guardaremos silencio de sus intimidades y hasta le hará descansar como nunca.

—No sé, Rodrigo.

—Esta vez, Antonia, no acierto a entender qué quieres decir.

—La verdad es que pienso cómo el dramatismo que Daniela ha puesto, a la hora de relatar todo eso, no es real.

—¿Cómo? Pero, vamos a ver ¿Qué dices, niña? —Pepe se sumó a la perplejidad de Rodrigo.

—Papá, que os equivocáis los dos y bien.

—Bueno, venga, aclárate.

—De acuerdo, te lo digo a ti y también a Rodrigo — Antonia se dispuso a contestar a los dos y así aclarar su comentario, el cual le alejaba de la sensación del joven investigador con respecto

a lo acontecido con su amiga en el reservado del bar —Veréis, si me hubieseis llegado a preguntar a mí antes por Daniela ya os habría dicho, si bien no todo lo que ha contado, tal vez sí una buena parte ¿O pensáis que no tenemos ojos ni entendimiento sus amigos?

—Oye, no me digas que tú...

—Claro, papá ¡Como para no darme cuenta! No sé si todos, pero yo al menos sí sabía que Daniela había hecho un tour por las camas de los miembros masculinos de la pandilla y, sin maldad lo digo, del grupo de Pastoral.

—No seas cotilla, hija.

—No lo soy. Lo comparto con vosotros porque Daniela lo ha contado con pelos y señales. Bueno, algo menos porque no sé si esa noche tuvo otra aventurilla.

—¡Jesús bendito! Prefiero no escuchar más.

—Papá ¡Qué antiguo eres!

—Sí, soy antiguo e, incluso, rancio diría. Y no me parece bien esa forma de...

—Papá ¿Y los hombres sí pueden? A ver si no están todo el día intentándolo con unas y otras, casados y bien casados, o con novias a punto de casarse y andan por ahí a la caza y captura de una de nosotras.

—Verás, hija, los hombres, en fin, somos...

—¿Sois qué? Si vosotros podéis ¿Por qué las mujeres no? Y no quiero decir que yo lo apruebe, porque me parece una barbaridad también, pero sí que otras tengan libertad para tener las mismas aventuras que los hombres.

—Antonia, me estás poniendo de los nervios. Dejemos el tema y punto. Y, por favor, si sabes más cosas de otras amigas, no me cuentes nada que me da como vergüenza ajena enterarme. Soy de otra generación y en mis tiempos esto era algo terrible. Mejor no saber nada y dedicarme a mis monterías y mis cerditos ¡Qué miedo me da como está la vida hoy en día!

—Pepe ¿Sabes cuál es la conclusión? Pues que ni tú, ni yo, ni nadie, puede hacer nada ya que el paso del tiempo, también de las generaciones, es tan rápido que nos absorbe en una vorágine que consigue dislocarnos, abrirnos en canal y dejarnos al albur de las costumbres, los hábitos que siempre los que por su edad, y por abrumadora mayoría, impongan. Yo estoy contigo, en parte. También con Antonia, en parte igualmente. Pero mi criterio, incluso en la mediana de vuestra opinión, no sirve para mucho, de la misma forma que el de vosotros.

—O sea, que...

—O sea, Pepe, que vive y sé feliz. Observa y calla, lo cual no quiere decir que otorgues, sino que simplemente dejes que esa ola poderosa de nuevas formas de afrontar la vida no pueda hacerte daño y, por el contrario, dejarla avanzar hasta la escollera del olvido que, sin duda, será su final a poco que avance la manecilla del reloj —concluyó Rodrigo y Antonia se le quedó mirando, como esperando le dedicase algo parecido. No obstante, el joven desistió de ello y sólo se limitó a cruzar su mirada con ella, luego sonreír y al final ponerse, como era habitual, del color de la sandía—

—¡Joaquín! ¿Qué tal, hombre? —los dos jóvenes despertaron de su particular diálogo, desnudo de palabras y preñado de gestos, cuando la voz de Pepe tronó nada más alcanzar el puesto de melones variopintos; amarillos extremeños, piel de sapo manchegos y alguna que otra variedad más extraña por aquellos lares —¿Cómo va el negocio este año? Veo que sigues ofreciendo buen material.

—De lo mejor, jefe —contestó Joaquín saludándole con un toque encima de la ceja derecha a la usanza militar, lo que Rodrigo confirmó cómo esto no era gratuito al observar el tatuaje del emblema legionario en la mitad del brazo derecho —Lo peor es el calor. Pero, bueno, es lo

*que hay. Menos mal que por la noche refresca. Bueno ¿Vienen ustedes por unos meloncitos? Los tengo de ambrosía, en especial estos de Villaconejos que tienen dentro almíbar puro.*

*—En este caso no, Joaquín. Mañana tal vez me pase con el coche y me lleve para la granja unos cuantos que sabes me encanta tenerlos para Navidad, que por cierto aguantan de maravilla —contestó Pepe de manera afable, viendo Rodrigo cómo había una relación afectiva entre los dos, seguro reforzada en el tiempo al ser un clásico del verano aquel hombre, bien fornido, quien sacaba más de diez centímetros a Pepe, de piel abrasada por el sol pero sin haber pasado aún los cuarenta a tenor de su forma física.*

*—Hoy, Joaquín, venimos por otro motivo menos agradable. Pero, perdona, a mi hija ya la conoces y bien desde pequeña, sin embargo no a Rodrigo Pascual, quien nos acompaña en el pueblo para realizar una investigación sobre la niña Pilar.*

*—Muy buenas tardes —dijo el melonero a Rodrigo de manera sucinta, para luego seguir hablando con el guardia —Y lo de Pili una pena, sí señor. Yo rezo siempre por ella. No faltaba un solo día a comprarme un cargamento, pero no para ella, sino para esas pobres gentes que ella ayudaba en todo lo que podía, lo mismo que tu hija, jefe, que es una bella persona y tan buena como ella.*

*—Gracias, Joaquín, ya quisiera yo parecerme un poquitín a mi amiga Pilar. Ella era especial y nadie estaba, por lo menos en este pueblo, a su altura —habló Antonia poniendo los puntos sobre las íes en ese aspecto, pareciéndole una maniobra un tanto fullera a título personal, por cuanto no eran sus virtudes de tanta altura y saltaba a la vista, por lo que supuso era sólo para dorar la píldora a su padre y, así mismo, que el melonero intentaba ganarse su confianza.*

*—Bien, señor —Rodrigo reclamó la atención de aquel hombre forzando la situación, dado que había detectado cómo no tenía demasiadas ganas de cruzar palabra con él, incluso volviendo Joaquín el cuerpo hacia donde permanecían Pepe y Antonia quienes, de igual forma, entendieron cómo eludía el contacto visual con el investigador —Por mi parte quisiera mantener una pequeña conversación, más allá de una simple entrevista de dos o tres preguntas y, si no le es molestia, podríamos buscar un sitio más apropiado que aquí, en medio de la acera, a pleno sol.*

*—Sí, claro, no hay problema. Pero, ojo, siempre que tenga a la vista mis melones. Es de lo que como tanto yo como mi familia ¿Sabe, usted, señor? Y si los dejo abandonados, pues ya se hará una idea —el melonero pareció reaccionar y dejó su actitud evasiva con Rodrigo.*

*—Entiendo. Pero tenga en cuenta que me urge constatar una serie de detalles con usted muy importantes para el caso.*

*—Mire, usted ¿Qué le parece en el parquecito que hay enfrente? —señaló Joaquín en aquella dirección —Como ve, hay sombra, estaremos fresquitos y, lo principal, que no pierdo ojo a la mercancía que para mí es oro.*

*—Por mi parte genial, porque ya tenía ganas de quitarme de esta solanera.*

*—Lleva usted cinco minutos, así que fíjese yo que estoy aquí veinticuatro horas, siete días a la semana durante casi un mes.*

*—Desde luego que tiene usted mérito. Yo sería incapaz de hacerlo, salvo que no tuviera más remedio.*

*—Esa es la cuestión, señor —el melonero, entrando al trapo de Rodrigo, se explayó enseguida —A mí me pasa lo mismo y no tengo más opción. El trabajo está fatal en verano y con lo que saco aquí voy tirando muchos meses, sumándolo a los jornales en el campo que cada vez son menos y peor pagados. Así que esto de los meloncitos, se lo digo de verdad, es una*

*bendición porque gano dinero, la gente me viene a ver, habla conmigo, hasta se hacen fotos y, no quiero exagerar, hasta me aprecian.*

—*Di que sí, Joaquín, que aquí te apreciamos y mucho. Eres, después de tantos veranos, como del pueblo y el alcalde hasta me ha dicho que te va a poner una carpa para que no pases tantas calores—* el guardia, quien Rodrigo observó cómo a cada momento dejaba ver el vínculo afectivo con Joaquín, aprovechó la oportunidad para darle buenas noticias; las cuales lograron se le iluminase la cara agrietada por la dura vida a la intemperie.

—*¡No me digas eso, jefe, que me emociono!*

—*Bueno, no comentes aún nada que me lo dijo tomando unos vinos. Pero, tú no te preocupes que ya le apretaré yo y verás cómo de aquí a unos días te la pone.*

—*¡Gracias, jefe! Eres el guardia civil más bueno que he conocido. Un pedazo de pan.*

—*Bueno, bueno, Joaquín, no exageres y contesta ahora las preguntas de Rodrigo.*

—*Claro que sí, ahora mismo, pero en cuanto estemos a la sombra —contestó finalmente el melonero, para luego cruzar la carretera los cuatro, subir un pequeño promontorio, entrar en una fresca umbría que logró cambiarse el semblante a todos y acomodarse en dos amplios bancos de madera contiguos; situándose en uno de ellos el guardia y su hija y en el otro, Joaquín y Rodrigo.*

—*Bien, comencemos entonces.*

—*Dígame en qué puedo servirle.*

—*¿Se llama usted Joaquín? —de manera sorpresiva Rodrigo atacó el interrogatorio desconcertando al interrogado, cosa que esta vez Pepe y Antonia ya tomaron como norma.*

—*Hombre, pues natural, Joaquín me pusieron al nacer y así sigo.*

—*Bien, Joaquín ¿Ha sido militar?*

—*¿No se nota? —con orgullo, mostró el brazo a Rodrigo —¡Y, además, Caballero Legionario!*

—*¿Vende usted melones?*

—*Vaya, pero ¡Qué pregunta! ¡Van a ser sandías! ¿No los diferencia? Si los tiene ahí en frente, oiga y a montones.*

—*Dígame ¿La madrugada del día dieciséis de agosto de hace dos años fue usted a casa de Pilar?*

—*No ¿Para qué? Ya le he dicho que ella venía con su coche y compraba. Yo se los ponía en su maletero, me pagaba y se iba. Yo a su casa nada de nada.*

—*Veo que tiene unas cicatrices en la cara, el cuello y, sobre todo, en la mano.*

—*Sí, fíjese cómo me dejó ¡Maldito sea el perro que me las hizo! Son asilvestrados ¿Sabe usted? Yo creo que con rabia. El caso es que bonito me puso aquella noche precisamente.*

—*¿Cómo fue eso? ¿Aquí?*

—*Bueno, aquí, lo que se dice aquí, no. Fue algo más allá. Verá, tiene su explicación porque tuve que ir a hacer una necesidad, usted me entiende, a un barranco y allí se me echó encima el muy cabr... perdón, el jodido perro.*

—*Joaquín, por favor se lo pido, no se esfuerce en seguir mintiendo.*

—*¿Qué dice? —preguntó contrariado el melonero, mirando luego a Pepe —Fíjese qué cicatrices y....*

—*No siga, Joaquín, le he visto cómo cambiaba de posición su pie derecho y lo colocaba detrás del izquierdo al contestar, en tanto ha colocado ambas manos sobre el borde del asiento de madera del banco y ha clavado con fuerza sus uñas. Después se ha cruzado de brazos hasta que ha llevado su mano derecha hacia la oreja del mismo lado, la ha rascado y se ha tapado la*

ceja a continuación, precisamente cuando su tono de voz se ha hecho más grave y dubitativo, al insistir en que aquí no había sido el ataque del perro. Por lo tanto, le ruego diga ahora la verdad y deje de mentirnos con esa historia rocambolesca.

—¿Rocamqué...? ¡Pepe, por favor, no entiendo nada!

—Oiga, Joaquín, sea serio —Rodrigo, sin elevar su tono de voz, se mostró firme y en actitud de ataque incruento, tan sólo utilizando su principal arma como era la palabra —En primer lugar es evidente que nadie le ha dicho a la cara cómo esas cicatrices son de defensa, y no provocadas por el ataque de un perro.

—¿Defensa de qué? ¡Me quiso morder y...!

—Vuelve a mentir, Joaquín. Debería verse en un espejo para comprobar cómo ha puesto empapada su camisa en apenas un par de minutos. Y eso corriendo aquí una brisa que hace contraste con el calor en el sol, que hasta apetece tener algo por encima. Si no, obsérvenos a nosotros sin una gota en toda nuestra anatomía. Sea valiente y reconozca que esas marcas se las hizo alguien desesperado luchando por su vida, tras un ataque brutal de usted realizado con saña, hasta el punto de herirse la mano con un tajo profundo al clavar el arma blanca en su víctima. Vamos, es hora de que confiese.

—¡Pepe, por Dios, soy legionario, Viva España, haz algo! Yo no he hecho nada de eso. Fue un perro ¡Un puto perro, coño, de verdad!

—Joaquín, hombre, no te pongas así y cuida el vocabulario que Antonia está presente. Anda, compórtate y cuenta la verdad a Rodrigo. Te advierto que si dice que mientes, viendo cómo se las arregla para leer tus gestos, es que mientes. Y mentir no es un delito, así que todavía estás libre de sospecha por mi parte. Seguro que tienes una historia más convincente y esa del perro la abandonas.

—¡Oigan, que no hice nada a Pilar. Lo juro! Pepe, dile a este señor que esa noche hablamos ¿Te acuerdas?

—Es verdad, Rodrigo. Yo estaba haciendo la ronda por el pueblo y pasé por aquí. Charlé con Joaquín sobre las doce y media o una de la mañana. Estuvimos unos veinte minutos y, cuando me marché, vi cómo se acostaba en el camastro que tiene junto al puesto. A eso de las tres y media o cuatro, pasé de nuevo y comprobé con claridad cómo estaba echado y dormido.

—Te honra, Pepe, tu defensa de este hombre. Pero te digo que está mintiendo. Si no, me vas a permitir que reconstruya cómo fue todo aquella noche. En primer lugar, aquí nuestro amigo Joaquín tenía la coartada perfecta para sus planes, que no eran otros que sorprender a Pilar, por lo que sabía cómo tú mismo acudirías, seguro como cada vez que tenías guardia, a charlar un rato. En el anterior tramo horario de la desaparición de Pilar, no hubiese cuadrado su plan y ahora mismo le hubiese dado por descartado. Sin embargo, con la confianza de Daniela, sé positivamente cómo nada más marcharte, preparó el camastro con relleno para que pareciera que estaba acostado en éste. De tal forma que tú, al conducir al lado del puesto de melones, a altas horas de la madrugada constatastes que viste cómo dormía plácidamente. Pero era todo lo contrario, porque había rodeado el pueblo, al abrigo no sólo de la noche, sino de la fiesta y acudió a casa de Pilar. No fue difícil acceder a su interior, en especial porque ella misma le abrió la puerta. Desconozco qué le diría, pero confiada la muchacha le franqueó el paso y ese fue su final. Así que nuestro amigo Joaquín no tardó en extraer su navaja, que utiliza me imagino a diario con suma destreza para catar los melones, y atacó a la joven quien, luchando por su vida, le infringió esas heridas. Fijaos Antonia y Pepe en su cuello, donde Pilar se agarró con todas sus fuerzas, clavó las uñas cuanto pudo y tiró hacia sí. Luego, observad el rostro de Joaquín, de igual manera el sentido de los arañazos tienen idéntica orientación, realizados a

*posteriori para dejarle una señal de su defensa. Mientras tanto, nuestro Joaquín comenzaría a agredirle sexualmente a lo que ella se resistiría aún con más fuerza, hasta el punto de que Joaquín le clavó esa navaja para acabar con su vida y con tanta violencia que, al resbalar la mano por la sangre pegajosa transferida de la cuchilla al mango, se provocó ese corte que podemos ver cómo es el testigo de su frío y cobarde asesinato.*

*—¡Pepe, eso sí que es mentira. Yo no hice nada de eso. Por Dios, esto es una pesadilla!*

*—Joaquín, te aconsejo que digas la verdad a Rodrigo y así acabará todo esto. Yo también estoy contigo en que no hiciste daño a Pilar. Pero, tengo que reconocer que esas heridas son claras.*

*—Pepe, un momento. Aún no he terminado mis argumentos porque, tras terminar con Pilar, Joaquín tuvo tiempo hasta bien entrado el día para hacer desaparecer el cadáver de la joven y, en particular, para hacer una limpieza a fondo de su vivienda. Así que ahí va mi hipótesis. En primer lugar, envolvería el cadáver de la muchacha en alguno de los muchos plásticos de invernadero que observo en el puesto. En segundo, lo sacó de la casa y lo cargó en el coche, claro que después de asear supongo que la cocina, donde ella permanecía al llegar. En tercer lugar, su pueblo queda a pocos kilómetros, y es factible que se dirigiese allí donde existen minas y, por tanto, depósitos y balsas donde echar un cadáver para que se disuelva en poco tiempo. Su conocimiento de esto le llevó a hacerlo así y regresar al pueblo justo para que nadie le viese quitar el relleno del camastro y colocarse él. He aquí lo que ocurrió, Joaquín, y ahora reconózcalo de una vez.*

*—¡Que no. Fui al médico. Me puso las vacunas y...!*

*—Quince, veinte, treinta minutos a lo máximo. Le dio tiempo de ir, tener otra coartada contando lo del perro rabioso, y continuar su plan.*

*—Vamos a ver, Joaquín, me lo estás poniendo muy difícil ¿Tengo que creerte? ¿O quizás mejor a Rodrigo? —comentó Pepe con semblante preocupado y un tono que se alejaba de la afabilidad tenida hasta ese momento —Tienes la oportunidad de aclararlo ahora. Así que adelante, o tendré que tomar medidas.*

*—¡Pepe, no maté a Pilar! Te lo he jurado y lo vuelvo a jurar. Lo que pasa es que tuve que hacer otra cosa y...*

*—¿Cómo? ¿Qué quieres decir con otra cosa, Joaquín? —Pepe, Antonia, así como el propio Rodrigo se pusieron en tensión, viendo cómo parecía que el muro se estaba derribando.*

*—¡Pero, créeme, te digo que fue por su culpa! ¡Sólo por su culpa! ¿Sabes, Pepe? —comenzó a sollozar aquel hombre y, enseguida, a llorar a moco tendido —¡No tuve más remedio que acabar con aquello!.*

*—¡Vamos, Joaquín, aclárate! ¿A qué te refieres? ¿A Pilar?*

*—¡No, hombre! ¡Nada de eso! ¿Cómo iba yo a hacerle daño a ese ángel del Cielo? Te repito que a Pilar no le hice nada. ¡Fue a ese hijoputa del hermano de Pepín!*

*—Bueno, parece que ya vamos centrando el tema —comentó Pepe y Rodrigo, un tanto frustrado, pareció dejar la iniciativa del interrogatorio en esta oportunidad al guardia, quien tomó el testigo entendiendo el paso atrás del investigador madrileño —Ahora, Joaquín, tranquilízate y cuéntanos qué ocurrió, pero de verdad, aquella noche.*

*—Todo empezó el día antes ¿Sabes, Pepe? Pasó por aquí mi primo hermano Eulogio. Y me puso la sangre ardiendo, lo que no puedes hacerte una idea. Resulta que me dijo cómo, desde que me había venido para acá, había visto con sus propios ojos de qué manera el hermano de Pepín entraba en mi casa y, lo peor, que mi mujer le abría la puerta como si tal cosa. Y no una, sino varias veces que los pilló. Le dije que chitón, y que me dejara a mí. Así que esperé a que*



fuera la fiesta, también sabiendo que tú pasarías por aquí y que luego tendría la oportunidad de escaparme poniendo ese relleno en el camastro para la segunda ronda. Ya había dejado la furgoneta aparcada más abajo del pueblo, así que me escurrí, llegué, la arranqué con toda tranquilidad porque todo el personal estaba arriba en el baile, conduje todo lo que pude sin luces, porque ya sabes que era luna llena y me conozco la carretera como la palma de mi mano, hasta que en el cruce de mi pueblo ya recorrí el camino hasta éste con toda normalidad pegándole fuerte a la “furgona” que, para mi bien, estaba completamente vacía. Después de todas las curvas que sabes hay y en algo menos de una hora me planté cerca de mi casa, aparcando también sin luces y a distancia para que no me barruntaran. Anduve unos pasos, calmé a los perros al dejar que me olisquearan y entré por la ventana de la cocina. Los niños estaban como troncos y, tranquilo por eso, me fui para el dormitorio y les cogí a los dos en plena faena ¿Sabes? A ella sólo le arreé dos o tres veces y le pegué un empujón, pero a ese cabrón hermano de Pepín le agarré y le cosí a navajazos, pero con la mala suerte de que era un armario empotrado y no se moría el muy mamón. Así que consiguió cogerme por el cuello, hasta poniéndole la rodilla en la garganta y con esas manazas me hizo estas heridas. Pero me repuse y le pegué tal cuchillada que le metí toda la navaja y, de paso, media mano en el pecho. Después me di cuenta que estaba sangrando y me había hecho un buen tajo. Aunque estaba contento ¿Sabes? Había podido con esa mula y estaba allí, desnudo boca arriba, con el pito fuera. Le dije a mi mujer que limpiara todo y que cerrara la boca. Luego me fui al coche, lo acerqué a la casa, cogí unos plásticos, los metí en el dormitorio, envolví al putaño ese con todas sus ropas y zapatos, para luego acarrearle a la furgoneta como pude. Para terminar, como tenía pensado, me fui para el depósito de la mina, que tiene más de veinte metros de algo como la cal viva y lo arrojé. La suerte se me puso de cara porque acababan de rellenarlo y parecía hervir. A la mañana siguiente, cuando encontraron los restos, sólo quedaba una babaza purulenta y, según me enteré, los dientes cantaron que era ese mierda que me llevé por delante. Todos creyeron que fue un accidente y hasta hoy. Pero aquella noche volví para acá a toda pastilla que casi me mato en el camino. De todas formas, conseguí llegar a una hora que al médico de guardia la pareció normal y se tragó lo del perro a la primera, igual que todos vosotros. Aunque la verdad es que creí cómo la suerte se me había puesto esa vez de espaldas cuando desapareció Pilar. Sin embargo, nadie me vino a acusar de nada, sobre todo porque en la casa no habían encontrado ni una gota de sangre y yo, precisamente, estaba cosido a arañazos y media mano cortada. De todas maneras, me largué del pueblo, además de verdad porque me dieron unas fiebres horribles. Y eso es todo. Esta vez, Pepe, parece ser que lo que me quedaba de suerte lo he gastado y me espera una buena temporada a la sombra.

—Joaquín, tú mismo lo has dicho —contestó Pepe con gesto sombrío —y ya sabes lo que tiene que ocurrir, por mucho aprecio que te tenga.

—Pepe, amigo, no te preocupes que me lo tengo merecido. Hasta muchas noches, ahí echado en el camastro, cuando venías para fumarnos un pitillo pensé en decírtelo. Pero, te confieso que me acobardaba y no reunía las fuerzas suficientes. Así que aquí tienes mis manos.

—No, hombre, déjate de esposas y grilletes. Sé que eres un hombre cabal que ha cometido un error. Venga, vámonos para el cuartelillo, cogemos el coche y te pongo a disposición del juzgado.

—Oye, Pepe, mi mujer...

—No te preocupes que podrás llamarle. En cuanto a ella, te advierto que la justicia tendrá que pedirle cuentas de su silencio.

—¿Cuántos le caerán, Pepe?

—Bueno, si te digo una cifra es hablar por hablar, así que mejor piensa que buscaremos algún atenuante o le dices al juez que le amenazaste y esas cosas. Vamos, no te apures que en estos casos no son tan severos como lo serán contigo.

—A mí me da igual. Me lo merezco, Pepe.

—De acuerdo, Joaquín, vamos para allá y...

—Pepe ¡Los melones! Me queda todo por vender y qué van a comer mis hijos si...

—¿Qué valor tiene todo lo que hay en el puesto? —Rodrigo, quien había permanecido en silencio, lamiéndose las heridas tras el patinazo sufrido al errar en su hipótesis primera sobre la autoría del crimen de Pilar por parte de Joaquín, interrumpió a éste y se echó mano al bolsillo interior de su chaqueta.

—¿Todo? —contestó con otra pregunta el melonero, quien se rascó la barbilla y luego comenzó a contar de manera torpe con los dedos de izquierda a derecha y viceversa durante un largo minuto haciendo cálculos —Vamos a ver, así y sin tirar muy alto más de cuarenta mil pesetas.

—¿Tanto, Joaquín? —preguntó el guardia sorprendido del precio, a su juicio desorbitado.

—Pepe, no sabes lo que ha subido la vida y ahora el gasoil para ir a Extremadura o La Mancha, ya te harás una idea. Además, fíjate qué cantidad de melones hay todavía por vender.

—Aquí tiene —extrajo Rodrigo, sin discutir, la cantidad exacta y se la puso en las manos al melonero, a quien dejó sin palabras observando tal cantidad de billetes verdes y nuevos.

—La primera vez en mi vida que veo tanto dinero junto —dijo Joaquín, sin quitar la mirada del fajo y manoseándolo una y otra vez —Oiga, perdone la curiosidad pero ¿Para qué quiere usted tanto melón? Están buenos, pero no para que duren tanto tiempo como para comérselos.

—Ya lo creo, pero en este caso no serán para mí, sino para Antonia y su grupo parroquial, quienes seguro sabrán qué hacer con ellos.

—¿De verdad? ¿Para nosotros? —respondió Antonia con una sonrisa inocente, haciendo cábalas para sí sobre la cantidad de personas que se beneficiarían de aquel gesto de desprendimiento, ya segundo de Rodrigo, para el que no tenía palabras.

—Sí, Antonia, todos y a ver qué se te ocurre para que llegue a cuantas más familias necesitadas.

—Rodrigo, ya diría que tengo pensado cómo y a quién.

—De acuerdo, Antonia, pero ya sabes la condición “sin equa non” que te pongo.

—La sé, Rodrigo.

—Te la recuerdo y es que todo esto es gracias a Pilar.

—Y yo espero que ella muy pronto lo sepa.

## CAPÍTULO VIII

Rodrigo se había levantado bien temprano y, tras asearse incluyendo un afeitado a fondo, bajó al bar con tal de tomar fuerzas para la nueva jornada, donde coincidió una vez más con el chaval que atendía la barra a quien le supuso llevaría alguna cadena cogida a su cuerpo, dado que había comprobado cómo tenía horario más de esclavo que de trabajador propiamente dicho.

Nada más verle aparecer, el muchacho le había hecho unas colosales tostadas regadas con abundante aceite de oliva, de sabor intensísimo como nunca había degustado, y acompañadas de un café solo largo que, nada más alcanzar su estómago, había puesto a trabajar a destajo a sus neuronas aún cautivas del sopor de la noche.

Rodrigo, entre tanto, hizo balance del día anterior, donde habían existido luces y sombras a partes iguales según su concepción de lo acontecido, puesto que había quitado el velo a muchos interrogantes, incluso de manera indirecta desenmascarando a un homicida ya confeso gracias a su singular y psicológica forma de interrogatorio, la cual desarmaba a quienes se ponían a su alcance. Sin embargo, en detrimento de lo anterior, se culpaba de no haber dado ni un solo paso importante para saber del paradero oculto de Pilar.

No obstante, tuvo que reconocer para sí y de esta forma no pasarse a la hora de ejercer cierta auto flagelación, cómo había conseguido un avance significativo que le daba un plus de ventaja frente a todos los demás investigadores, quienes eran legión, cuando logró arrancar no sin esfuerzo la confesión de Daniela en cuanto a que su amiga desaparecida le abrió la puerta y, por tanto, estaba en la casa a una hora muy posterior a la tenida por cierta o, más bien, probable.

Ni que decir tiene que eso le proveía de una fuente de información tal que podía incluir en la sospecha a muchos más de los que podía imaginar. Por otra parte, de igual forma esto era un verdadero hándicap a la hora de enfocar la investigación del caso, en particular porque estaba solo en aquella aventura que se había puesto a simple vista cuesta abajo y, más tarde —con el giro inesperado de la confesión de Joaquín ajeno al tema de Pilar— tomando el camino inverso con cuesta empinada.

En esa tesitura, Rodrigo hizo una recapitulación rápida y entendió cómo precisaba de algún nuevo indicio que condujese a un camino con salida y no, como hasta ese momento, sin una vía de escape para el siguiente nivel donde poder de una vez establecer una hipótesis seria sobre lo que ocurrió con Pilar aquella noche, en la cual todos —incluidos sus tan acogedores como entrañables Pepe y Antonia— resultaban ser sospechosos mientras él mismo no decretase lo contrario.

Tanto era así que no descartaba a nadie de la población en ese momento y, salvo él mismo, todos podrían ser ese sospechoso que ansiaba tener a un metro de distancia para observarle con detenimiento y, de esta forma, leer sus gestos. Justamente en ese pensamiento, y sin saber de qué manera, Rodrigo giró la cabeza y observó al chaval en la barra, cruzando su mirada con la de aquél.

*—¿Estaba muy fuerte el café? —preguntó el muchacho, no mayor de dieciocho años, pelado casi al cero, muy delgado, lo cual no le extrañó con la cantidad de vueltas que daba por toda la enorme barra, y una expresión perenne de niño bueno que llamó la atención de Rodrigo.*

*—¡Qué va, hombre! Exquisito. Me gusta así y más cuando necesito estar despierto. Tengo esa costumbre desde mi etapa de estudiante y sigo consumiendo esa dosis de psicoactivo cada*

mañana. Y te digo más porque, mientras no me quite el descanso nocturno, continuaré con ella.

—¿Y la tostada?

—Enorme, colosal, pantagruélica, en fin que no encuentro palabras, hombre, y casi no puedo con ella. Pero al final me la he zampado porque el aceite de oliva era perfumado, denso, absolutamente gourmet y la primera vez en mi vida que he tomado uno de esa pureza.

—Me alegro. Aquí en el pueblo todo es natural, no como en la capital. Estuve allí un tiempo y, de un día para otro, me volví. No me acostumbraba a eso. Demasiada gente, mucho ruido, y lo que me pagaban era más pero todo estaba carísimo. Así que para vivir de esa manera, pues mejor aquí aunque sea currando de sol a sol. Y es que prefiero en mi casa y con mi gente.

—Bien, sí, te entiendo —le dijo Rodrigo aunque sin mucho convencimiento, pensando en las jornadas que ya le había visto al chaval cumplir al pie de la barra en soledad —Oye ¿Y tantas horas aquí? Cada vez que vengo te veo ahí, sin parar.

—Bueno, no es siempre así —respondió gesticulando con su mano derecha en sentido negativo el muchacho —Estaría hecho cisco. El ritmo que has visto sólo es para estos dos días, porque quien hace el turno de tarde estuvo de mudanza con el jefe.

—¿Mudanza?

—Sí, claro, es que el almacén del bar lo tiene Anselmo, el dueño, en su casa. Así que ayer me tocó doblar el turno. Pero hoy, dentro de un rato ya me hace mi compañero el relevo.

—¿Te paga bien?

—¿Anselmo? Qué va. Además, en confianza, está arruinado. No tiene un céntimo. La casa le costó un riñón y no tiene más que esto y, tarde o temprano, tendrá que venderlo. Nada más que tiene deudas. Pero va tirando y a mí me paga cuando puede.

—Oye ¿Y el campo? Podrías trabajar en él y...

—¿Campo? Ni arrastrado —dijo el chaval con rotundidad —No me verás en esas ¿Sabes? Cuando era zagal mi padre me hacía acompañarle a segar, a cortar leña y todas esas cosas pero, del dolor de espalda que cogí, le dije que no contase conmigo y que me iba para cualquier bar. Aquí es duro, pero no tanto como todo el día ahí fuera, como un animal, pasando frío, calor, la lluvia calándote hasta los huesos ¡Ni loco me voy a trabajar al campo! Además, aquí se pasa el tiempo como si nada, entre cafés y copitas de carajillo del personal bien temprano, los jubilados que vienen luego a echar la partida, más tarde y antes de comer los de los vinitos hablando de sus bichos y cultivos. Pero lo mejor es cuando se reúne la Sociedad de Cazadores que, por cierto, el guardia que va con usted es el presidente y el que tiene más trofeos en monterías. Es un fuera de serie pegando tiros.

—Oye, es curioso que no me haya presentado. Soy Rodrigo Pascual y...

—Sí, hombre. Investigador privado. Aquí en el pueblo ya lo sabemos todos.

—Vaya, buen sistema de información tenéis.

—A ver, eso que no falte. Nada más sabemos algo uno, ya lo sabe el pueblo entero. Esto es pequeño y corre como la pólvora todo.

—¿Tú te llamas?

—Perdona, es verdad, vaya atontado que estoy. Soy Luis.

—Muy bien, encantado, Luis. Oye y dime una cosa ¿Qué podías decirme tú del tema de Pilar?

—¿Esa? Que andará por ahí y con muchos duros.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Porque esa niña estaba forrada y ¿Para qué iba a estar aquí? Un sitio tan apartado. Para mí que nos mandó al carajo a todos y se las piró. Esto es muy aburrido, sobre todo el invierno

con un frío que pela.

—Bien, entiendo. Tú apuestas por esa posibilidad, pero ¿Piensas que lo hizo en solitario? ¿O bien con alguien acompañada?

—Con alguien, hombre. Sola sería muy aburrido ¿No?

—Bien, de acuerdo, pero ten en cuenta que podría haberlo hecho, aunque lo lógico es pensar que su abuela...

—Nada de abuela. No se llevaba bien con ella ¿Sabe? Me lo decía más de uno por aquí, y es que por lo visto estaba todo el día llamándole y ella diciendo que no le dejaba en paz.

—Me imagino que no estaría contenta de tener a la nieta tan lejos.

—Ya era mayorcita. Las abuelas son unas pesadas y esa Pilar diría que ya estaba bien de que le dijera qué tenía que hacer y, además, con quién tenía que estar.

—Luis, dime ¿Nadie andaba detrás de ella?

—¿Qué? Pues claro, hombre ¿Cómo no? Estaba buenísima y guapa de verdad. Pero te digo que no le echaba cuenta a ninguno. Y mira que estaban varios a ver si se dejaba, ya me entiendes.

—En confidencia, Luis ¿Qué me dices de ese grupo de la parroquia...?

—Una planta de butano, macho, lo que yo te diga.

—Me dejas de piedra, Luis.

—Pues así es, y harán muchas obras y mucha caridad de los cojones, pero están todos más calientes que la pistola del Coyote y...

—¡Buenos días! ¿Qué tal? —escucharon una voz femenina, interrumpiendo Luis sus palabras, y vieron cómo se trataba de Antonia.

—Buenos días —contestaron al mismo tiempo tanto el chaval en la barra como Rodrigo, quien quedó prendado de la joven hija del guardia, pareciéndose había sufrido una auténtica metamorfosis.

—Veo, Rodrigo, que te has alimentado de lo lindo ¿Verdad?

—Y que lo digas, Antonia, me cuidan en casa de Anselmo como si se tratase de la mía propia.

—Oye y ¿Has descansado bien?

—De un tirón. Es una delicia dormir sin ruidos de coches rodando toda la madrugada y borrachuzos intentando entrar en los portales. Así que sumando descanso y desayuno, me encuentro en forma para continuar las pesquisas.

—Pues, como te imaginarás, hoy sólo me tendrás a mí a tu lado.

—Por supuesto. El asunto de Joaquín tendrá a tu padre enredado algún tiempo y espero que pronto se reincorpore con nosotros —contestó Rodrigo, aunque dejando un margen para contemplar el cambio radical de Antonia, quien a contraluz al entrar en el bar le había parecido otra persona ya que lucía nuevo peinado, un maquillaje que le pareció tan suave como elegante, un color de labios rosa pastel que favorecía el contraste con su piel una pizca bronceada, despojada del pantalón del día anterior y, por el contrario, iba embutida en un traje de color blanco que realzaba su figura.

—Bueno, Rodrigo, tú dirás.

—Antonia, si no te parece mal, es mejor que demos un paseo y hagamos un resumen de cuanto tenemos de ayer.

—Me parece lo correcto —Antonia, más lista que el hambre, también leyó las líneas de la cara de su investigador de cabecera, dándose cuenta al instante de cómo aquellas palabras escondían un mensaje oculto que tradujo por “salgamos de aquí y hablemos en privado, por si

*las moscas”.*

Antonia, aparte de sentirse a gusto con él a su lado, le percibía ya como un regalo del Cielo, sacándole de la espesa rutina en que se había convertido todo para ella y que, salvo las acciones de caridad de la parroquia, le producían un aburrimiento inaguantable. Ella misma no podía negar que le atraía a rabiarse, incluso pensando para sí que no era su tipo. Sin embargo, su forma de ser le subyugaba y su mirada tal vez lánguida, de fondo violáceo, inflamado el color por la luz circundante, le provocaba una sensación hasta ese momento desconocida para ella que ningún muchacho, por muy escultural que fuese y hasta de rasgos etruscos, había conseguido.

—*Ya sé lo que querías decirme, Rodrigo —cuando estaban ya fuera del bar, caminando hacia la parte alta del pueblo entre los olmos que todavía concedían a la población una notable umbría que aplacaba los calores estivales, habló Antonia con sinceridad y el joven quedó aún más encandilado con su forma de decirlo —Ya ves que no eres el único que lee las líneas, los gestos y demás.*

—*Las mujeres tenéis un radar aún más certero, Antonia —contestó Rodrigo, bien ruborizado al pillarle la muchacha observándole el escote que dejaba ver un anticipo de la belleza que se escondía oculta tras la ropa.*

—*No quiero presumir, Rodrigo. Nada de radares y más bien que conozco cómo funcionan aquí las cosas —reconoció Antonia bajando la voz, incluso en medio de la calle, lejos de las puertas todavía cerradas por la hora temprana.*

—*¿Te refieres al chaval de la barra?*

—*Sí, claro. Luis.*

—*Buen chaval.*

—*Sin duda. Rodrigo. Muy trabajador, pero también muy cotilla ¿No te parece?*

—*Bueno, sí, no sé, es que trabajar en un sitio de reunión tendrá esas cosas.*

—*Sí, pero él pone de su parte ¿Sabes, Rodrigo? Apenas averigüe algo de ti, ya lo estará largando a los demás y no tardará todo el pueblo, hasta los niños de pecho y las viejas en cama desahuciadas, en conocer hasta el último detalle de tus intimidades. Ese es el riesgo de vivir aquí. Todo muy natural, muy ecológico como se lleva ahora de moda, pero asfixiante para vivir porque tienes la sensación de que estás sometida a un juicio continuado y sin final. Bueno, rectifico esto último, porque el final sí te meten en una caja de pino y te llevan a hombros al camposanto.*

—*Oye, Antonia, hablando de eso, y quiero decir en lo referido a que todo se sabe, resulta que el amigo Luis me ha hecho una confidencia, la cual no deja en buen lugar al grupo ese al que perteneces en lo referido a, en fin, ya me entiendes, incluyendo a Pilar.*

—*No le echas cuenta ¿Sabes? Somos muchos y habrá de todo y no digo que haya, como en el caso de Daniela, gente que tenga esas tendencias. Sin embargo, en general no hay más que oración y trabajo con las personas necesitadas, que hay muchas y falta gente para ayudarles de verdad.*

—*Bien, espero no haberte hecho daño...*

—*No, Rodrigo, qué va, tranquilo. Lo que sí te digo es que yo, a la inversa, tendría que haberte puesto sobre aviso con respecto a Luis.*

—*No entiendo.*

—*Vas a entender enseguida cuando te diga que Pilar comentó, precisamente en el grupo, cómo Luis y en más de una ocasión le había propuesto eso que estás pensando y, a pesar de darle unos buenos cortes en los que ella era especialista, nos desveló de qué manera en un par de ocasiones se lo había encontrado sentado enfrente de su casa y a horas inadecuadas de la*

noche y, también te imaginarás, para qué.

—¿Mirón?

—Hombre, no va a ser para admirar las margaritas que tenía plantadas la pobre delante de su casa.

—¿Te consta que pasara alguna vez de eso a...?

—No, eso no, es la verdad. Si lo hubiese hecho, mi padre lo habría puesto en conocimiento de sus superiores. Y no creas que le entraron ganas de añadirle a la lista de sospechosos. Sin embargo yo misma le convencí de que no podía ser él, por el hecho de que le vi aquella noche con otro amigo, con quien siempre se junta, y los dos con una cogorza seria rompiendo botellas al lado de la iglesia.

—¿Recuerdas la hora?

—Bueno, ahí me pillas, Rodrigo. Lo cierto es que en el tramo horario que apuntabas, antes de hablar con Daniela, no había duda. Sin embargo, ahora, con lo referido por ella pues ¿Qué quieres que te diga? Tendré que reconocer cómo también podría haber sido él.

—¡Vaya con Luis! Donde las dan, las toman.

—Suele ocurrir, Rodrigo. Verás, los más cotillas del pueblo resultan ser, tarde o temprano, los que más tienen que ocultar y te voy a poner un ejemplo muy clarificador.

—A ver, dime.

—Pues, el mismo Luis. Por cierto ¿Qué te ha dicho, aparte de echar mierda a todos nosotros?

—Bueno, mujer, lo típico cuando hablas con alguien que acabas de conocer. O sea, de trabajo mayormente, de que había estado en Madrid y...

—¿Madrid? Sí, claro. Y te habrá dicho que se volvió para el pueblo. Justo ahí le tienes ¿A que no te ha comentado que le pillaron con droga y que estuvo seis meses encerrado en el penal de Carabanchel?

—La verdad es que no...

—¿No? Él cree que nadie en el pueblo se ha enterado y no sabe que, el mismo día que le pusieron el traje de preso, ya estaban comentándolo en el bar. Así que ahí tienes la prueba.

—Contundente, sí, señor. Y, ahora escucha, Antonia ¿Sigue teniendo Luis algo que ver con la droga y...?

—Nada. Te lo aseguro. A ese se le quitaron las ganas porque lo pasó de verdad mal en la cárcel y, para que te hagas una idea, comiendo rancho para que no se enterase su familia. Así vino, que parecía uno de esos de los campos nazis de exterminio.

—Y todavía le dura viéndole lo delgado que está.

—Ya ves que no exagero con ese. Así que se meta por cierto sitio las barbaridades que habrá dicho de nosotros.

—Bueno, como veo que ese tema te hace daño, prefiero que cambiemos de tercio, Antonia.

—Perdona que haya perdido un poco la compostura, pero me irritan las maledicencias. Porque alguien del grupo tenga ese comportamiento, los demás no tenemos que ser iguales.

—¿Lo dices por Daniela?

—Sí y no.

—Aclárate.

—No voy a negar que alguien más también anda jugando a la oca y tiro porque me toca. Aunque, la verdad, yo no soy nadie para juzgarle. Allá cada cual con su cuerpo.

—¿Te refieres a Pilar? Y perdona mi pregunta...

—¡Por Dios, Rodrigo! Claro que no. Ella ni pensarlo que actuaría así. Otra cosa es que

*tuviere a muchos detrás. Pero, oye, eso es normal ¿O no? Somos jóvenes y no me digas que ese mentiroso ha dicho algo malo de Pilar...*

*—No, no. Todo lo contrario. De todas formas, y te reitero mis disculpas, tenía que preguntártelo a ti que me pareces más de fiar y, además, tu testimonio es de primerísima mano.*

*—No lo dudes. Y mejor que ese Luis no haya echado más porquería sobre Pilar porque, si no, es que se iba a enterar y bien.*

*—Siento de corazón haber sacado este tema, Antonia, porque veo cómo te duele y te altera.*

*—¡No puedo, no puedo, Rodrigo, con tanto cotilla! Menos mal que pronto llegan las clases y me quito de aquí. Es que me ahogo con tanto correveidile, tanto cuchicheo. Si te digo la verdad, no sé cómo Pilar lo soportaba.*

*—¿Te lo dijo así?*

*—No como yo, que tengo estos nervios que me ves, Rodrigo. Ella es la persona con más seguridad, más temple y, sobre todo, con más paciencia que conozco y aguantaba lo indecible.*

*—¿Algún rumor sobre ella?*

*—No, por lo que sé que estás pensando. Era más bien por la abuela.*

*—En eso Luis está bien informado.*

*—Cómo no iba a perder la oportunidad ese, ese... me voy a callar lo que iba a decir que es una palabrota y no me gustan. Seguro que te habrá largado lo de la abuela.*

*—Así es. Bien, no es para tanto. Ya calculaba algo parecido, conociéndole.*

*—Pues no ha exagerado porque la tal señora yo creo que le acosaba de verdad y mañana, tarde y noche. No había día que no le llamara al ambulatorio, hasta conchabó al cura y le dejaba telefonarle al despacho parroquial. Una pesada ¿Sabes? Aunque Pilar lo tenía claro y por mucho que le dijese que se volviera para Sevilla, ella no se movía de aquí.*

*—Tengo entendido que ella en Sevilla también participaba en algo parecido en su parroquia.*

*—Sí, así es. Por eso aquí a nosotros nos ponía la cara colorada de lo que sabía y organizaba. Era algo digno de ver la capacidad de trabajo que tenía, lo lista que era y lo buenísima persona con todo el mundo. Con los que tenían mucho, a quienes no se lo reprochaba, les sacaba a las buenas lo que podía. Y a los que no tenían, les llevaba de todo y le miraban como hada madrina. Cómo sería la cosa, Rodrigo, que de verdad te digo cómo sentía celos de ella, y no porque sea tan guapísima, ni por ese tipo que tiene que es idéntica a una modelo, sino por lo que le quería la gente, por cómo ella era, por cómo todos le admiraban, porque sencillamente sabía en mi interior que jamás alcanzaría a ser un diez por ciento de Pilar.*

*—¿Celos? O, perdona mi pregunta ¿Envidia?*

*—En cierta forma tengo que reconocer que sí, Rodrigo. Pero, para no escandalizarte, era una forma de envidia, digamos, sana que me hacía motivarme más en el trabajo que hacía y, en fin, sigo haciendo aún a la espera de que la profesora regrese cuanto antes.*

*—Antonia —le lanzó una mirada Rodrigo a la muchacha sin trazas de condescendencia, aunque sí envuelta en una apariencia ambigua —¿Tendré que incluirte en mi lista de sospechosos?*

*—No veo por qué no. Todos en el pueblo sé lo somos, y yo no voy a ser menos.*

*—Me pareces una sospechosa encantadora y, si me lo permites, dejaré el interrogatorio para el final con tal de no quedarme sin tu compañía, por si acaso —Rodrigo, por primera vez, dejó la pusilanimidad y permitió que Antonia, con un nudo en la garganta y el estómago encogido, comprobara lo que en su fuero interno deseaba con todas sus fuerzas, observándole*



*cómo, después de detenerse ambos en su caminata, él se le acercó, miró sus labios y se dispuso a besarlos sin que ella ni pudiera, ni quisiese evitarlo.*

*—¡Bueno! ¡Por fin os alcanzo! —los dos jóvenes, alertados por el vozarrón del padre de Antonia a sus espaldas, recompusieron sus cuerpos, se despegaron lo suficiente para no llamar su atención respecto a sus propósitos y, dándose la vueltas ambos, recibieron con sus respectivas sonrisas al guardia totalmente ajeno a la acción que había interrumpido.*

*—Luis me ha dicho que habíais salido, pero no si para arriba, o para abajo. Así que ya veis que elegí la contraria. Vamos, que no acerté a la primera y he dado la vuelta al pueblo como un tonto.*

*—¿Todo bien con el tema de Joaquín? —preguntó Rodrigo, todavía escocido por su falta de puntería a la hora de señalar al melonero como culpable en el tema de Pilar o, en su caso, como colaborador necesario que iba a ser la segunda opción guardada para sí, aunque sin desvelarla.*

*—Sí, Rodrigo —contestó Pepe, añadiendo a sus palabras unas palmadas en la espalda del joven —Y no te apures porque no acertases con Joaquín, creyéndole relacionado con Pilar. Tienes que ver la parte positiva y esa es mucha porque has quitado la careta a un asesino, por muy buena persona que yo crea que es, pero al fin y al cabo le ha arrebatado la vida a ese paisano suyo. Así que tómalo como un éxito, aunque si te digo la verdad se lo han apuntado en su pueblo mis compañeros ¿Sabes? En parte porque me pareció lógico llevarle para allá ayer a última hora, que confesara todos los detalles otra vez ante ellos y que se encargaran de todo. Por cierto, me pidió Joaquín le llevara a su familia esa cantidad que le diste por los melones.*

*—Me parece bien, Pepe, y en cuanto a lo de los méritos por mi parte sin problema. Digamos que en esta oportunidad la fortuna me sonrió y me siento incapaz de aceptar ni siquiera uno para mí. Fue suerte y nada más.*

*—Lo que tú digas, chaval. Pero, para Antonia y para mí, fue aquello algo maravilloso ver cómo acorralabas a Joaquín y terminaba por reconocer lo que había hecho, acertando de lleno en las cicatrices, dando en el centro de la diana en cómo la víctima, en este caso el hermano de Pepín, se había defendido y deduciendo que la herida de la mano fue porque se le resbaló la navaja empapada de sangre. No digas que no fue emocionante, Rodrigo, porque como agente no he visto nadie como tú.*

*—Me halaga, Pepe, y me anima a seguir. No obstante, y con toda la sinceridad que puedo expresar, estaré satisfecho de mí mismo cuando encuentre a Pilar y, si alguien ha sido quien le ha hecho daño de una u otra forma, atraparle de igual tenor que a Joaquín, o sea, minándole, desarmándole de esa coraza forjada en la mentira.*

*—Estoy seguro que lo vas a conseguir, Rodrigo —Antonia no tardó en sumarse a su padre, en parte porque no había encontrado ni las palabras, ni siquiera el momento para sacar el tema. Viéndole el día anterior tan disgustado tras pinchar en hueso con Joaquín, incluso sacando a la luz su acción criminal de manera brillante, había preferido mostrar un perfil bajo con respecto a ese asunto, tirando la joven de ese toque diplomático femenino del que ella se vanagloriaba con justicia, y aquel instante en el que su padre había tenido el valor de poner sobre el tapete la cuestión le había venido a ella de perlas para congraciarse en primer término, y, sobre todo, para alabar la figura como investigador de Rodrigo —Lo de ayer ¿Qué quieres que te diga? Fue, sencillamente, espectacular. Ni en las películas, ni en los libros que leo he visto alguien sacar la verdad de esa forma. A Joaquín le faltó poco para pedir ir al psiquiátrico, porque estaba de manicomio si te digo la verdad. Hubo un momento, cuando comenzaste a enumerar los gestos, en el que hasta olí mal, y lo digo de manera literal. Creo,*

Rodrigo, que se le descompuso la barriga a Joaquín allí mismo.

—No seas exagerada, Antonia, por favor —saltó Rodrigo y habló pero justo después de reírse un buen rato con ella y su padre, a quien las carcajadas de nuevo le dejaban fuera de juego para articular siquiera una sílaba.

—Bien, oídme ahora los dos —Rodrigo, ya recompuesto pero todavía aguantándose la risa, se dirigió a sus compañeros de investigación —Hay un detalle que quiero que pongamos en claro.

—Tú dirás, Rodrigo.

—Pepe, en este caso creo que Antonia te va a sacar ventaja y de la buena.

—En todo me aventaja esta niña. Tan lista como su madre y como ella ¡Una Santa!

—Papá, déjate de cachondeo con Rodrigo, hombre.

—Bien, Pepe, te vas a dar cuenta que ella es a quien tengo que recurrir porque, sin decirnos quién ha sido por cuestión profesional y también sigilo investigador, tengo en mi poder un documento excepcional, encontrado en casa de Pilar y, según me dice, ni la prensa tuvo conocimiento sabiendo vosotros cómo se las gastan cuando cunde el morbo.

—A mí me lo vas a decir —añadió Pepe.

—Tengo un profesor que siempre nos dice cómo el de periodista es el oficio más indigno de todos.

—Y no le falta razón, Antonia. Pero, si os parece, voy a enseñaros el objeto en cuestión —concluyó su respuesta Rodrigo, en tanto extraía la fotocopia facilitada por Jacinto que él conservaba en su cartera como algo excepcional para, a continuación, mostrársela tanto al guardia como a su hija.

—Muchacho, la verdad, ni idea —dijo Pepe a botepronto tras leer un par de veces el texto

—Se ve que es una poesía pero, aparte de eso, no me dice nada.

—¡Vaya! Lo que son las cosas. A mí sí, Rodrigo —Antonia, con una sonrisa traviesa, no tardó ni un par de segundos en identificar el texto.

—¡No me digas, Antonia! Ya me veía de vuelta a Madrid, a ver si alguien me ponía en la pista.

—Eso que te ahorras. Y, en fin, es muy fácil. No sé cómo ni la policía, ni nadie, ha caído en la cuenta.

—Pues, no. Mi contacto tampoco es dado a temas poéticos. Entonces, Antonia ¿Qué me dices? Me tienes ahora mismo sobre ascuas.

—Sí, te lo digo, pero antes déjame que lo declame.

—Nada me gustará más —Rodrigo, pareciendo que Pepe no estaba a un metro de distancia, dijo aquello como un dardo directo al corazón de la muchacha, consiguiendo un rubor que ella disimuló dando la espalda a su padre.

—Entonces, allá va —dijo Antonia y, habiéndose aprendido el texto, miró a Rodrigo y, sin dejar un instante de hacerlo, lo declamó pausado, sintiéndolo.

En la noche dichosa

En secreto que nadie me veía

Ni yo miraba cosa

Sin otra luz y guía

Sino la que en el corazón ardía.

—En fin, muy bonito, sí, señor —Pepe, ajeno a las miradas de los dos jóvenes, callados todavía tras terminar Antonia la declamación, no tenía más argumentos—

—No es bonito, papá. Es una obra maestra —habló Antonia recomponiéndose junto a

Rodrigo y, al parecer, sin levantar sospechas de Pepe.

—Bueno, hija, tú estás más estudiada y cuando lo lees pues te parece eso que dices. Por mi parte, sólo diría que es un poema, a secas, claro está.

—Antonia, espero que alumbres un poco el tema. Yo, igual que tu padre, estoy todavía en la inopia.

—Mira que es fácil. Hasta los párvulos saben que es un poema de San Juan de la Cruz.

—¿Sí? Vaya.

—Así es. Y de los facilitos, hombre. Sin embargo, una joya de la literatura española —aclaró Antonia, exhibiendo cierta superioridad respecto a los dos, lo cual le dio un punto de bienestar.

—Juan de la Cruz —dijo Rodrigo pensativo.

—San Juan.

—Bueno, sí, que fue Santo.

—Eso es. Aunque tampoco se llamaba así, sino Yepes. Lo del nombre por lo visto se lo puso cuando le ordenaron sacerdote, o monje, o algo de eso. Bueno, Rodrigo, a ver si nos dices dónde apareció eso en casa de Pilar y compensas lo que te acabo de decir.

—Conforme, pero de manera confidencial —advirtió Rodrigo muy serio —Y os digo que no por un tema que me concierna personalmente a mí, sino a mi contacto que, de conocerse su acción compartiendo conmigo este detalle, tendría un serio problema y hasta responsabilidad penal. Así que, por favor, guardad para vosotros que este poema, como lo veis ahora fotocopiado, se encontró dentro de las hojas que componen el breviario que tenía Pilar.

—Sí, es verdad. Por lo visto decía siempre que su tío se lo había regalado. Es cura ¿Sabes?

—Así es. Me lo confió su abuela y me advirtió de ese detalle. Por lo tanto, ese poema a simple vista puede ser un marcador de hoja, si lo estuviese leyendo, o tal vez Pilar admiraba el texto o...

—Alguien se lo dio —habló Antonia.

—Lo veo difícil.

—¿Por qué, Rodrigo?

—Porque la letra es de Pilar. Y te lo digo porque es un dato verificado de manera oficial.

—Está bien, Rodrigo, o sería para alguien ¿No?

—Esa es la cuestión, Antonia.

—Pero, no sé...

—Si lo lees con detenimiento puedes que comprendas la cuestión. Vamos, inténtalo —animó Rodrigo a la muchacha, quien se puso para sí a leerlo una y otra vez—

—¡Un mensaje! ¡Eso es!

—Pepe, no sé si sabes que tienes una hija que vale un imperio —Rodrigo compuso una sonrisa que ocupó todo su rostro, viendo la perspicacia mostrada por Antonia.

—Sale a su madre, muchacho, ya te lo dije.

—¿Cómo no me he dado cuenta?

—Bueno, mujer, tranquila —respondió Rodrigo —En un par de minutos lo has hecho. Yo llevo dos días y hasta anoche, relajado, en la cama y tras beberme un vaso de leche caliente, no caí.

—Sí, así es, Rodrigo. Está claro que Pilar se lo entregó a una persona para que, como dice el texto en clave, fuese por la noche con sigilo. En fin, me sabe mal decir esto de mi amiga, porque la verdad no esperaba eso de ella. Porque esto quiere decir que...

—Antes lo has dicho, Antonia. No somos nadie para juzgar.

—Es verdad, Rodrigo. Tenía derecho a amar y ser amada.

—De acuerdo. Y la cuestión entonces, Pepe, Antonia, es determinar a quién le escribió esas líneas y por qué estaban en su breviario. Lo normal es que las guardase su destinatario.

—Rodrigo, un momento. También pudiera darse el caso de que llegase el destinatario a su casa aquella noche y se lo entregara, me figuro que como recuerdo. Ella, por cuestión sentimental, lo guardó luego en su librito de oraciones.

—Me quito el sombrero, Antonia.

—Muchacho, ten cuidado que te quedas sin oficio.

—Con gusto, Pepe, si me deja ser su ayudante.

—Yo, encantada —Antonia, de espaldas a su padre, le guiño un ojo de manera pícaro a Rodrigo y éste sólo pudo corresponder con una sonrisa, aunque no menos de ese cariz picante.

—Dejemos de momento este asunto aparcado del poeta de Úbeda...

—¿Úbeda?

—Sí ¿No has dicho San Juan de la Cruz?

—Un cero patatero para ti, Rodrigo, en Literatura y, quizás más en Historia.

—Verás, Antonia, que yo sepa Úbeda fue donde nació...

—¡Que no, hombre! ¡Estás hecho un paquete en cultura general, Rodrigo!

—Bien, lo reconozco. No fue nunca mi fuerte. Pero, pondría la mano en el fuego de que San Juan de la Cruz era de Úbeda.

—¡Y dale, Rodrigo! El poeta era paisano de mi padre y mío. Nació en Fontiveros, en esta provincia de Ávila. Otra cosa es que se trasladara a Úbeda.

—Aclarado, Antonia ¿Tienes por ahí unas buenas orejas de burro? Me las pondré como castigo.

—Te las mereces desde luego, Rodrigo. Y da gracias a que esté la escuela cerrada, que si no otro gallo cantaría.

—No creas, Rodrigo, que está exagerando. Te digo que sería capaz de hacerlo, así que no le des ideas de esas.

—Tomo nota —contestó Rodrigo a Pepe sin darle demasiada importancia, pero dando gracias que fuera todavía pleno verano —Bien, amigos, como ya insinué anoche antes de despedirnos, es turno para interrogar al grupo de pastoral.

—Sí, Rodrigo. Lo malo es que hasta las doce no aparecen, ya que se reúnen en la piscina. Digo ellos porque hoy faltó, por supuesto. No me pierdo esto de la investigación.

—Vaya, esa cuestión sí que es algo no previsto y, por tanto, una contrariedad grande.

—Nada de eso, Rodrigo —habló Pepe con seguridad —Te recuerdo que también comentaste cómo no querías dejar de hablar con el párroco, Don León.

—¡Con la iglesia hemos topado, Sancho! —soltó Antonia aquello, logrando de nuevo esa sonrisa habitual ya en Rodrigo a poco que la chiquilla le dedicaba alguna de sus bromas, pensando para sí el joven cómo en día y medio había reído más que en todo el tiempo que había dedicado a la investigación privada, sumado el de funcionario policial.

—Esperemos no importunar al párroco.

—Qué va, Rodrigo. Como mi mujer, es otro Santo bendito.

—En eso estamos de acuerdo mi padre y yo, Rodrigo. Así que sigamos hacia arriba del pueblo, que la iglesia no tiene pérdida —comentó Antonia, señaló con el brazo la dirección donde deberían caminar, cogió a su padre por el brazo izquierdo, a Rodrigo por el derecho y así, en tanto ella recitaba más pasajes quijotescos que dejaron admirado a Rodrigo de su prodigiosa memoria, recorrieron los apenas cincuenta metros hasta el recinto parroquial, muy sencillo, con una torre mudéjar coronada por un enorme nido de cigüeña habitado en esos

momentos. Penetraron en él y siguieron hasta la sacristía donde, escoltado por otro joven eclesiástico, se encontraba el párroco entre papeles varios.

—¡Don León! Veo que, aparte los negocios con Dios, los terrenos le tienen ocupado.

—¡Calla, Pepe, que estoy hecho un verdadero lío! Resulta que, como sabes, hemos tenido que arreglar la techumbre, ahora que no llueve claro está, y estoy aquí preparando la justificación para presentarla a primeros de septiembre en el Palacio Arzobispal.

—Bueno, padre, ya le digo yo que una firma suya y dos letras serían suficientes.

—Ya quisiera fuese así, Pepe. Pero no puedes hacerte una idea de la burocracia que también tenemos en la Iglesia. Que si papeles por aquí, que si presupuestos por allá, que si las facturas, que si... bueno algo demoníaco, hijo.

—Dicen que mal de muchos, consuelo de tontos y no andan descaminados porque, en mi caso, en el gremio policial no se puede hacer una idea de los papeles que me hacen rellenar para cualquier tontería. Yo creo que son los tiempos, padre, que están locos.

—Dímelo a mí, hijo, y con la edad que tengo, ni te cuento.

—Por cierto, padre ¿Para cuándo la jubilación?

—En Navidad, Pepe. Si Dios quiere, para el año nuevo mi coadjutor, aquí presente, se hará cargo de todo. Ya sabes que le he formado como el Señor manda.

—Y tanto, padre. Seguro que sigue sus enseñanzas y nos tiene ganados a todos.

—Pero, oye, que seguiré por aquí. En segundo plano, pero dando guerra.

—Eso es una alegría para todo el pueblo, padre, siempre con nosotros.

—Hijo, eso espero y que el Señor me lo permita. Pero, aparte de Antoñita, veo que vienes acompañado hoy.

—Padre, permítame presentarle a un mucho extraordinario, un gran investigador privado que ha venido desde Madrid y contratado por la abuela de Pilar.

—Encantado, joven —habló el párroco, haciendo amago de incorporarse pero que Rodrigo no le dejó, acercándose él y saludándole con respeto —Si usted supiera que ya sé que andaría por aquí investigando ¿Qué me diría?

—Me pone, padre, muy fácil la deducción.

—Veo que es usted despierto.

—Gracias, padre. Espero colmar sus expectativas y empiezo por decirle que, conforme a su expresión, Doña María de los Reyes desde Sevilla le ha telefonado y le ha puesto al día.

—Y tanto. La abuela de Pilar es una gran mujer, una gran devota, y una persona estimadísima por la Iglesia. Lleva mucho tiempo haciendo lo imposible para encontrar a su nieta y yo espero, y por supuesto rezo a diario, para que el Señor te ilumine y des con ella al fin.

—En ello estoy y, escuchándole, creo que así será.

—Joven, por cierto, no sé si sabe hasta qué punto desde la Iglesia nos hemos movido en su búsqueda.

—Padre, la verdad es que no.

—Doña María de los Reyes me parece que se lo habrá reservado, creo por modestia, pero debes saber que hasta el Papa ha intervenido en este asunto tan triste. Ella es alguien de mucha alcurnia y ha movido Cielo y Tierra, hasta el punto de que todo el clero español, portugués, francés e italiano, por pura proximidad, está colaborando en su búsqueda exhaustiva. No hay parroquia, templo o ermita, por pequeña que sea, donde no haya llegado su fotografía y, de igual forma, no hay sacerdote, coadjutor, diácono o catequista que no sepa de Pilar. Hasta los asilos atendidos por Hermanas de las distintas corporaciones, hospitales

*gestionados por la Iglesia, abadías, monasterios, Carmelos, etcétera, están concienciados para avisar si logran ver o tener noticias de Pilar.*

*—Me sobrecoge lo que dice, padre, y me siento la verdad algo empequeñecido. No obstante, me alegro de que tanta gente y tan buena no pierda la fe en traerle sana y salva.*

*—Amén, hijo. Ahora, por favor, tomad asiento los tres y os escucho.*

*—Gracias, padre —Pepe retomó la palabra, quien con gran respeto había aguardado la parrafada del párroco, ciertamente emocionada —Nuestro jovencísimo investigador sólo quería hacerle un par de preguntas. Esperemos no interrumpirle demasiado en sus cuentas esas del demonio, y perdone la expresión.*

*—Perdonado, hijo, y no me interrumpís. Todo lo contrario, porque me sirve de relax ante tanto número. Adelante y a vuestra disposición.*

*—De nuevo agradecido, padre —regresó la palabra a Rodrigo, mientras Antonia permanecía en un mutis reflexivo, observando cómo se manejaba aquél —Pero vamos a nuestro asunto. Verá, sé positivamente cómo el secreto de confesión no le permite desvelar nada de lo escuchado en el confesionario dicho por ella....*

*—En eso, hijo, no puedo ayudarte. Todo cuanto sé morirá conmigo y sólo ella, por sí, y el Señor, por intercesión, podrán compartirlo contigo.*

*—Sí, padre, y perdone. De todas formas, sí quería me hablara de Pilar, pero no desde el punto de vista sagrado, sino netamente humano. Me refiero a sus impresiones de ella, de su forma de ser y, si hubiese, algún problema que le plantease fuera del acto sagrado de la confesión.*

*—¿Qué puedo decir de ella? Un alma cándida que había emprendido el camino de la Santidad. Pero prefiero hablar en presente y decirte que es, en esencia, un ejemplo del amor hecho persona porque Cristo, nuestro Redentor, mora en ella, se solaza en sus acciones, muestra su Luz al tratarle, deja sentirle en sus palabras preñadas de medida, calma la sed como él, da de comer al hambriento, reza en la soledad, lucha contra el demonio, vence a la carne, expulsa a Satanás con sus actos de pureza. Hijo mío, es un Ángel del Cielo descendido a orillas del Guadalquivir, regalo del Señor para todos los que le aman y ella les corresponde. Y si me preguntas qué pude hacer yo por ella en alguna ocasión, te digo que la cuestión no es esa sino ¿Qué pudo hacer ella por mí mismo? No fui yo quien le enseñé la senda, sino que fue ella quien a mí me la recordó, ni con fuego ni con espada, sino con la bendita palabra del Señor encarnado en su ser. No me duelen prendas reconocer que hace un tiempo, mientras ella permanecía junto a nosotros siempre en tareas caritativas, decidió “motu proprio” tenderme una mano cuando mis fuerzas flaquearon al llamar el Señor a su seno a mi asistente de toda la vida. Pepe y Antonia lo recordarán bien, y para mí fue como una daga que cruzaba ardiente mi corazón. Fueron días de dudas, tras largos años de sacerdocio y, sin que te diga más, te aseguro que ese Ángel que te he descrito supuró la herida con apenas unas palabras y, destrozado por el dolor, tomó éste y lo dobló hasta sanar mi alma. Por eso, sólo tengo palabras de agradecimiento.*

*—Entiendo, padre —dijo Rodrigo, anonadado pero menos que Antonia, Pepe y hasta el mismo coadjutor, un joven prelado con cara de niño que se encontraba junto al veterano párroco con la mirada de humildad más poderosa que había visto en nadie y, al escuchar aquello, Rodrigo sufrió un aldabonazo serio, más teniendo en cuenta cómo la descripción escuchada casaba con la primera de la abuela de Pilar, no así con los hechos “a posteriori”, pero sí más cercanos a las confidencias de Antonia que también permaneció mucho tiempo a su lado.*

Y, sobre todo, no coincidía aquella santidad con la hipótesis última, donde Pilar había tenido un papel muy apartado de esa victoriosa guerrera cristiana contra el pecado y la carne. Por tanto, para Rodrigo en ese momento ¿Dónde quedaba la verdad? ¿Dónde estaba ese término medio para tener un retrato exacto de Pilar? Se preguntaba en silencio para sí ¿Es Ángel? ¿O tal vez demonio? La respuesta tenía varias facetas y eran difíciles de abarcar.

No obstante, tuvo claro que ninguna de las descripciones resultaban exactas, sino pequeños trozos de su carácter, que quienes los relataban añadían su propia sensación, dibujo en este caso, de su personalidad como si fuese un todo y no una parte como así dedujo el joven investigador.

—Padre, ahora, le ruego me refiera el trabajo de Pilar en la parroquia, aunque ya Antonia me ha hecho un resumen de su compromiso fraterno.

—Antonia, de quien no hace falta me parece te diga es uno de nuestros poderosos pilares en los que nos apoyamos, siendo excepcional, caritativa, desprendida, incansable ayudando a quien lo precisa, estoy seguro te habrá hablado de los muchos proyectos que Pilar abordaba y que también, no sé cómo, podía con todos. Esa, quizás, era su faceta más relevante. La capacidad de trabajo que ahora, si me lo permites, echamos muchos de menos ¿Verdad, Antonia?

—Sí, padre —contestó la muchacha sin dudar, en tanto extraía una fotografía donde podían verse los integrantes de la Pastoral Diocesana —Aquí precisamente estamos en la foto con Pilar. Vaya grupo que teníamos entonces. Ahora, no está mal, pero sin ella ni mucho menos. Mira, Rodrigo, aquí la puedes ver —entregó la foto al joven y éste la tomó, observándola con detenimiento.

—¡Qué buena gente! Se ve que ibais todos a una.

—Siempre, Rodrigo, y Pilar al frente guiando ¡Qué recuerdos más bonitos! Ahora, fijate, ni ella ni Adolfo están.

—¿Adolfo? —preguntó Rodrigo extrañado.

—Sí, hombre, en la foto puedes verle. Es el coadjutor que está al lado de Daniela y Pilar —dijo Antonia y Rodrigo por fin acertó a observar al prelado, vestido con sotana y, de repente, toda la piel se le electrizó al recordar las palabras de la abuela de Pilar. Alto, moreno...—

—Padre —Rodrigo le habló, acercándose más, de manera enérgica al párroco —Hábleme de Adolfo.

—Bueno, era el anterior coadjutor de la parroquia, y precisamente un mes después de desaparecer Pilar pidió el traslado. No es de extrañar que le afectase lo que se montó en aquellos días, lo mismo que a todos en el pueblo y, muy particularmente, a los miembros del grupo de Pastoral.

—Bien, se llama Adolfo, pero el apellido...

—Espera, sí, hombre, que me quiero acordar —contestó el párroco pensativo —¡Eso es! Manrique de Lara y Mendoza.

—Correcto, padre —apostilló Antonia.

—Como ves, un apellido ilustre y, si me guardas el secreto, de alcurnia que él mismo pedía no se supiese. Es hijo de los condes de, de...bueno, no me acuerdo de dónde, pero sí que es aristócrata.

—Sí, padre —Antonia habló —Adolfo era un pedazo de pan, salvo cuando salían dos temas por medio. Uno era que le dijeran lo guapísimo que era, y eso me va a perdonar usted, tan alto, tan apuesto, pero era la realidad y no le faltaban piropos por todo el pueblo y, si me permite la confianza, hasta de las chicas del grupo que no éramos monjas, por supuesto. Y la segunda, que aún más, es que alguien le preguntase, sabiendo la respuesta naturalmente y por morbo,

*algo relacionado con su título nobiliario.*

*—Hija, debes saber que en nuestra juventud a los curas también nos echan piropos y nos tientan. Ya sabes que el demonio siempre anda tras de nosotros. Y ahora que estamos solos, no te haces una idea de los que me echaban a mí en mi pueblo. Así que entra dentro de lo normal que un coadjutor tan jovencísimo, y con buena planta, llamara la atención del sector femenino —soltó el cura veterano con un gracejo que sorprendió a todos, incluyendo a Pepe, quien nunca le había visto reconocer algo así en alguien tan pacato.*

*—Padre ¿Dónde está ahora Adolfo?*

*—Pues, verás ¡Dionisio! —llamó el párroco la atención del otro coadjutor —Oye ¿Adolfo volvió a Sevilla...?*

*—¿Sevilla? —preguntó Rodrigo con las orejas tiesas.*

*—Sí, claro, creí que lo sabía.*

*—Yo tampoco conocía ese detalle, padre —Antonia habló sorprendida —Al menos, él nunca lo comentó en el grupo.*

*—Antoñita, hija, recuerda lo reservado que era en todo lo que hacía. Un místico, si me apuráis y, como os decía, antes de venir aquí estuvo como coadjutor en la Iglesia del Divino Salvador, en Sevilla, aunque bien es verdad que un breve plazo. Quizás alguien conocido de la familia movió las piezas del tablero, porque no es fácil ese lugar para alguien recién salido del seminario. Bueno, Dionisio, a ver si tú te acuerdas y me dices dónde está ahora Adolfo.*

*—Sí, padre, volvió a su pueblo. A Fontiveros.*

*—¡Fontiveros! ¡San Juan de la Cruz! —exclamaron tanto Rodrigo como Antonia de manera simultánea, levantándose juntos también y dejando boquiabierto al cura.*

*—Ni que hubierais descubierto América, hijos.*

*—Padre, discúlpenos, para nosotros como si así fuese... —contestó Antonia, quien salió como alma que lleva el diablo de la estancia junto a Rodrigo, cogidos de la mano y a la carrera.*

*—Pepe ¿Son novios? —preguntó el cura momentos después al guardia, todavía cariacontecido al ver la escena, para él sin pies ni cabeza—*

*—Pues ¿Qué quiere que le diga, padre? Como si lo fuesen.*



## CAPÍTULO IX

Rodrigo estaba como ausente, pero no menos Antonia. Otro cantar era Pepe, quien durante todo el camino entre el pueblo y Fontiveros no había dejado de hablar de escopetas, de cartuchos, de palomas, de zorzales, de zorros, de perdices, de codornices, de jabalís, de ciervos y toda la fauna habida y por haber, además de soltar una perorata acerca de los tipos y modos de acechar en las monterías que, si no fuera por los pensamientos de ambos jóvenes tenidos para sí con respecto al caso, habría conseguido que durmiesen la siesta más profunda jamás tenida.

Pepe, de esta forma, parecía estar también y a su manera absorto, tal vez a conciencia por todo lo que se venía encima. Y mucho más cuando Rodrigo ya había esbozado, al inicio del viaje, un adelanto de su estrategia en el interrogatorio al que pensaba someter al coadjutor Adolfo; lo que el guardia no quiso escuchar puesto que conocía bien al joven cura y, por qué negarlo, sabía de su integridad. El caso es que entre los comentarios de Rodrigo y su hija al respecto, habían propiciado que se evadiera con las cacerías y, en un momento dado, hasta dio una conferencia completa sobre cetrería y otra, no menos erudita, sobre la particularísima caza con galgos que confesaba era el cénit de la afición cinegética.

No obstante, aquel insufrible discurso de Pepe, motivado a las claras por su propio nerviosismo, concluyó al fin para los dos jóvenes en el momento en el cual, cruzado íntegramente Fontiveros, habían alcanzado el umbral de la iglesia donde, tras averiguaciones de Pepe con la complicidad del párroco Don León, sabían prestaba servicio Adolfo, a quien por cosas del destino se lo encontraron de frente nada más llegar a la sacristía, enfrascado en sus quehaceres.

*—¡Adolfo! —fue Pepe el primero en estrechar su mano y a continuación Antonia, quien ni siquiera se planteó darle un beso en la mejilla, conforme había relatado durante el camino de ida hasta allí, al ser alguien que se apartaba al mínimo intento de cualquier fémica de hacerlo y, al parecer, tomándose eso del sacerdocio al pie de la letra evitando cualquier contacto con la delicada piel de una mujer y, muchísimo menos, sus labios que le parecerían algo así como los de Belcebú a tenor de su celibato radical.*

*—¡Pepe! ¡Antonia! —dijo el joven cura —Dichosos los ojos ¡Qué alegría! Doy gracias al Señor por encontraros y rezo por vosotros.*

En tanto se producían los efusivos saludos entre ellos, Rodrigo se mantuvo en un segundo plano observando de cerca al coadjutor. Así, pudo constatar cómo le sacaba al menos cinco centímetros de estatura y, aparte de tener un cierto aire a James Bond, escuchándole hablar le parecía como si se tratase del mismísimo San Juan de la Cruz; por lo que supo no había errado el tiro de la sospecha en esa oportunidad.

*—Más alegría nos da a nosotros, Adolfo, encontrarte tan bien y vemos que atareado en tu nueva parroquia.*

*—Pepe, Antonia, no os podéis hacer una idea del trabajo que, comparado con el pueblo, es diez veces mayor. Y todo para mis espaldas. Pero, en fin, lo llevo bien ¿Y vosotros?*

*—Ya ves, ahora de paso aquí para saludarte y, en cuanto al pueblo, pues Antonia sigue en el grupo, ya sabes que no como antes tan activo con Pilar, y yo como siempre en el cuartelillo.*

*—Sí ¡Qué triste lo de Pilar! Precisamente poco después de desaparecer, y con lo que me había afectado aquel morbo que se instaló en el pueblo, con los periodistas, que si radio, que si*

televisión, y todos diciendo barbaridades y mentiras, preferí pedir el traslado para acá, que es mi pueblo.

—Sí, como San Juan de la Cruz.

—Eso es Antonia. Oye, y tú ¿Terminaste la carrera?

—Este año la mando a paseo.

—¿Por qué dices eso, mujer?

—Son cosas mías. No me eches cuenta —añadió Antonia mordiéndose la lengua cuando su padre le echó una mirada de las suyas.

—Muy bien, Adolfo —Pepe dio un paso atrás y tomó del brazo al joven investigador —pues quería presentarte a Rodrigo Pascual, detective privado, quien se ha acercado junto a nosotros para hablar contigo dado que estabas en el grupo de Pastoral dirigiéndolo y, en fin, sólo para hacerte unas preguntillas con respecto a Pili.

—Buenos días —dijo el cura con gesto serio al estrechar la mano de Rodrigo.

—Encantado —contestó Rodrigo ofreciendo un semblante presidido por una amplia sonrisa y en las antípodas del mostrado por Adolfo, quien ni siquiera así modificó su rictus de desconfianza por no decir de clara enemistad —Padre, disculpe esta forma de venir a verle, tan de repente sin advertirle, pero le aseguro que sólo será un momento para preguntar algunas cuestiones y....

—No sé qué puedo yo decir con respecto a Pilar, pero ya le adelanto cómo estoy muy apartado de ese tema, ya que prefiero quedar al margen.

—Perdone, padre —habló Rodrigo, correcto pero esta vez algo más serio —No es cuestión de márgenes sino de preguntas y respuestas. En mi caso he sido contratado por la abuela de Pilar y, si aprecia a ésta, sería de gran ayuda me respondiera a unas cuantas interrogantes que puedan conducirme a dar con su paradero.

—Bien, señor, tratándose de su abuela y en atención a su dedicación a la Iglesia, no tendré inconveniente. De todas formas, le rogaría por favor no fuera mucho tiempo puesto que la Misa comenzará dentro de veinte minutos.

—Me sobrarán quince.

—¿Cómo? —preguntó confundido el joven prelado tras aquel comentario eléctrico de Rodrigo, el cual también inquietó a Pepe y, por el contrario, emocionó a Antonia, conociéndole ya.

—Nada, nada, padre. Sólo preguntarle dónde nos podemos acomodar para comenzar la entrevista, si me permite llamarla así.

—Si no os parece mal a ninguno, aquí mismo en la sacristía. Poneos cómodos y tomad asiento, por favor —amable invitó Adolfo.

—De acuerdo, usted dirá en qué puedo ayudarle —se dirigió el cura a Rodrigo, una vez todos en su sitio.

—En mucho, padre, aunque tendrá me temo que hacer un esfuerzo de memoria, más teniendo en cuenta cómo ya ha pasado un tiempo en el que los recuerdos comienzan a nublarse —respondió Rodrigo, con esa pizca de ironía marca de la casa, observando al joven eclesiástico como el gato lo hace con el ratón.

—Es cierto lo que dice —habló Adolfo —Si bien, en mi caso, aquellos días fueron tan intensos que aún tengo en la retina cada instante vivido.

—Eso es fantástico para mi investigación. Y, para ponerle a prueba, dígame una cosa ¿Vio usted a Pilar en la fiesta aquella noche del quince de agosto?

—No, imposible —contestó Adolfo sin dudar un instante y transmitiendo seguridad en su

respuesta —Era el baile y, como se imaginará, es algo vedado para mí y....

—Entonces, estaba usted en la parroquia —Rodrigo no le dejó seguir y le soltó la andanada tras la primera pregunta de control, cuyo cebo tragó a la primera.

—Sí, eso es, en la parroquia —respondió el cura dejando un tiempo casi imperceptible para Antonia y Pepe, pero no así para Rodrigo, quien advirtió el lapsus y la indecisión fruto de la acción del cerebro del sujeto rastreando la respuesta.

—Padre ¿Está seguro de lo que dice? —Rodrigo comenzó el acecho, llevando su tono a la gravedad, su mirada inquisidora y ladeando la cabeza en un gesto de alguna manera con tintes amenazadores—

—Sí, estaba en la parroquia y....

—Miente, Adolfo, y usted lo sabe.

—Pepe, no sé a qué viene esto —se dirigió Adolfo al guardia, en solicitud tácita de ayuda.

—Tranquilo, Adolfo. Verás, Rodrigo sólo quiere situar a todos los testigos aquella noche. Tal vez no lo recuerdas bien.

—Bueno, a lo mejor es eso. No sé, puede que saliese a un aviso de algún moribundo.

—¿Lo ves? —Pepe asumió el papel que Rodrigo esperaba para sus fines y salió a pedir de boca.

—De acuerdo, eso cuadra, Adolfo —pareció Rodrigo dejarle por un momento y no meterle más presión, falseando su conformidad con la segunda respuesta que, lo mismo que la primera, tenía la certeza de que era tan falsa como aquélla.

—Sí, es que, en fin, antes he hecho elogio de mi memoria y me parece que suspendo con una simple pregunta.

—Adolfo, tengo entendido que estuvo usted de coadjutor en Sevilla.

—Sí, hace unos años. Me trae recuerdos imborrables aquella etapa —sonrió Adolfo y se le encendió la mirada —Una ciudad única, muy especial, aunque con muchas claves para entenderla y siempre digo que o la amas con todas tus fuerzas o, por el contrario y sólo te quedas en la superficie, la odias con todas tus ganas.

—¿Me puede confirmar que estuvo en la Iglesia del Divino Salvador?

—Así es, un templo soberbio y no sé si saben que fue la primera Catedral de la ciudad. Si la visitan no dejen de admirarla y rezar ante Jesús de la Pasión, obra cumbre de Martínez Montañés, y el Santísimo Cristo del Amor, gubiado de una manera magistral por su discípulo más aventajado, Juan de Mesa.

—Muy bien, padre, y también he sabido que dirigía el grupo de Pastoral Diocesana.

—Sí, cierto. Otra etapa de mi vida que tendría que enmarcar y con gente maravillosa de...

—¿Conoció allí a Pilar? —soltó Rodrigo la pregunta tal si de un obús se tratase; vertiginoso en su ascenso y frenético en su descenso hasta el objetivo.

—Sí, así es. Una feligresa comprometida como su abuela y con esa fuerza para trabajar por el prójimo que jamás hallé donde después estuve —Adolfo rectificó su aire festivo anterior y volvió a la pose primera, donde las dudas y la preocupación emanaban de él.

—Y, Adolfo, una casualidad que coincidieran unos años después de marcharse usted de Sevilla en el pueblo de Antonia y Pepe.

—Sí, cierto. Eso le dije al encontrarnos. La verdad es que no me lo esperaba, en particular porque Pilar tiene una familia ilustre en Sevilla, ya lo sabrá, y le esperaba ejercer al lado de los mejores doctores del Hospital Virgen del Rocío. No obstante, ella misma me confesó que su compromiso con el Evangelio y la palabra de Cristo le había impulsado a seguir la senda de la humildad, aceptando esa plaza en sitio tan apartado y simultaneando su tarea médica con la de

ayudar a los necesitados.

—Padre, es curioso —Rodrigo sacó la ironía a pasear —Eso que acaba de referir tengo la sensación de que es un guion radiofónico, televisivo o, si me apura, cinematográfico.

—¡Oiga, no sé a qué viene ese comentario! —Adolfo perdió por primera vez la compostura.

—Que estoy cansado de oír sandeces, no sé si aprendidas o, por voluntad propia, dichas así.

—Pepe, creí que esto era una entrevista y no...

—¿Le importa enseñarme su breviario? —Rodrigo cortó esta vez en seco la nueva petición de ayuda de Adolfo, para observar con detenimiento la reacción del joven cura.

—¿Cómo? No sé si sabe que es un objeto muy personal para un sacerdote.

—De acuerdo. Entiendo que no quiere mostrarlo y...

—¡No, no quiero!

—Muy bien, Adolfo. No insistiré, en particular porque sé que no es de su propiedad.

—Pero ¿Qué dice usted? ¿Cómo se atreve? —saltó enérgico el eclesiástico tras recibir el dardo envenenado de Rodrigo, dejando ver su furia interior contenida a duras penas y, como consecuencia de ello, perdiendo aquel halo de prudencia que le había caracterizado —¡Pepe, hasta aquí hemos llegado! No responderé más preguntas y haré oído sordo de lo que dice y....

—¡Escúcheme, señor coadjutor, y responda! ¿Fue usted a casa de Pilar aquella madrugada del dieciséis de agosto? —Rodrigo no aguardó un momento más para asestarle un mandoble.

—¡No! ¡Por supuesto que no!

—¡Está mintiendo, Adolfo! ¡No lo niegue! He observado cómo se ha clavado la uña de su dedo índice de la mano derecha en el pulgar de la izquierda, cómo se ha mordido el labio inferior, cómo se ha tapado al contestar el ojo derecho y ha frotado la ceja de manera compulsiva. Luego miente, Adolfo, miente como todo el rato que lleva respondiendo. Porque todo en usted es pura mentira, es falso en toda su extensión corporal y...

—¡Déjeme en paz! —gritó de una forma que Antonia y Pepe jamás imaginarían verle hacer a su otrora amigo.

—¡Responda con la verdad, Adolfo! —persistía Rodrigo en su maniobra furibunda de ataque, sin abrir la mandíbula pero mordiéndole de manera dialéctica donde más le dolía al cura.

—¡Salga de aquí ahora mismo! ¡Estamos en Sagrado!

—¡Ni Dios en persona me va a impedir quitarle ese disfraz, Adolfo!

—¡Blasfemo! —gritó el coadjutor, intentando tanto Pepe como Antonia tranquilizarle.

—Espera, Rodrigo —pidió el guardia.

—No voy a esperar, Pepe. Entiendo que tú no quieras escuchar la verdad, y confieso que a mí me pasaría igual con algún amigo por el que sintiera, como vosotros, un aprecio así. Sin embargo, la realidad es bien distinta y dejará de serlo cuando escuchéis cómo aquí, nuestro curita de metro ochenta y cinco centímetros y en el transcurso de aquella madrugada fue a casa de Pilar.

—¿Cómo se atreve a decir eso?

—Me seguiré atreviendo hasta que muestre su breviario.

—¡Está bien! —Adolfo pareció rendirse ante la tozudez de Rodrigo y sacó el objeto de su bolsillo para, de mala manera, colocarlo encima de la mesa —¡Ahí lo tiene! ¿Qué hay de malo?

—Algo bien sencillo, padre, y es que le falta un detalle como es éste —extrajo a su vez Rodrigo del bolsillo interior de su chaqueta el poema fotocopiado, luego abrió el breviario y lo colocó entre sus páginas.

—¿A qué viene eso?

—Veo que insiste en disimular, padre. Es evidente que ese breviario no es suyo. En primer lugar porque he tenido la precaución de pedir a la abuela de Pilar me lo describiera y, en efecto, ese que usted acaba de enseñar es el de su nieta al coincidir plenamente con lo indicado por ella, incluido el detalle del color verde Esperanza, tal como dijo. El suyo, señor, permanece en la casa de su queridísima feligresa y, por supuesto, incompleto porque el poema que ella le escribió es el que acabo de colocar entre sus páginas.

—¡Todo es una mentira...!

—¿Mentira? Vamos a ir por partes y veamos las mentiras, pero tuyas, señor coadjutor, un chico alto, moreno, como diría la abuela de Pilar, el tipo de la joven sevillana encandilada desde que compartían juntos grupo en la parroquia sevillana. Hasta tal punto fue aquel amor, el cual le traspasaba el corazón, que Pilar no dudó un momento en pedir la plaza donde usted fue destinado y así continuar la relación que había comenzado entre tanto rezo y golpe de pecho en medio de volutas de incienso. Sí, Adolfo, un amor que Pilar llevó en secreto entre Avemarías, Padrenuestros, sacristías, sagrarios, imágenes benditas, procesiones, azahar y Sevilla como marco de la pasión.

—¡El demonio habla por su boca!

—Se equivoca, amigo, el demonio está en usted y sus acciones. Y ahora le diré cómo Pilar aquel día, pienso durante el transcurso de la tarde, le entregó ese poema de San Juan de la Cruz, que usted conociendo las claves entendió a la primera. Era el momento oportuno ¿Verdad? Le invitaba a su casa en el día más indicado para la intimidad. Agosto, fiesta, todo el mundo en el baile y ustedes al amparo de la soledad de las calles, disfrutar de la fruta prohibida porque, Adolfo, la tentación, el pecado y la carne os vencieron a los dos. Pero algo se torció, padre, y usted acabó con ella y...

—¡Basta! ¡No fue así! —gritó Adolfo, pareciendo por fin reaccionar.

—Ya es un primer paso, padre. Ahora, confiese —se calmó Rodrigo, dejó el látigo imaginario en que se convirtió su lengua y guardó silencio.

—No es nada pecaminoso lo que hay entre Pilar y yo.

—No lo dudo, padre. Sin embargo, sí lo que había entre usted y otras feligresas jóvenes y comprometidas, según sus palabras.

—No lo niego. “Mea culpa”. El celibato no lo he llevado bien y confieso, con gran pesar, cómo no he cumplido con mi voto de castidad. Sin embargo, en el caso de Pilar no era así, puesto que era un amor verdadero de ella para mí y de mí para ella.

—Vamos por buen camino, padre. Continúe y no desvaríe, porque observo cada gesto suyo y sabré cuando mienta.

—Es verdad que ella me puso la nota en el breviario y supe que me citaba para aquella madrugada festiva. En cuanto pude, me escapé y, sin nadie que pudiese identificarme en el pueblo, rodeé su contorno y llegué sin novedad hasta su casa...

—¿Hora?

—Serían las dos y media, más o menos.

—Correcto. Siga.

—Ella me abrió la puerta trasera, como en otras ocasiones y entré. Lo del breviario fue una casualidad que el suyo estuviese encima de la mesa de la cocina y, al salir de la casa, lo cogí por equivocación y, como decía, dejando el mío con el poema de San de la Cruz a modo de mensaje, en su lugar.

—Ahórrese más detalles y diga qué hizo con el cuerpo de Pilar.

—¿Qué dice? Yo no le hice nada a Pilar. Ella era mi amada y jamás le haría daño. Esa

noche sólo hablamos, aunque mejor sería decir que discutimos.

—Correcto. Discusión y asesinato posterior.

—Por favor, claro que no. Fue una discusión, pero sin gritos ni malas caras. Eran diferencias de criterio y por una cuestión muy grave. Verán, Pilar estaba harta de tanto fingir, también de sufrir porque en algún momento tuviéramos un descuido y se supiese nuestra relación que era algo más allá del simple cariño.

—Sexo puro y duro, Adolfo, dígalo así.

—Era sexo, pero amándonos. No como usted piensa.

—Siga y díganos ya cómo se deshizo de Pilar.

—Nada de eso. Ya le digo que discutimos porque ella, como le decía, estaba al límite y quería que tomásemos los dos una decisión drástica, a lo que yo me opuse. Al menos de momento, quiero decir. Ella, por su parte, me propuso escaparnos aquella misma noche juntos, abandonarlo todo, desaparecer y vivir el resto de nuestras vidas lejos de todo y de todos. Yo me negué en principio, pidiéndole un tiempo de reflexión para hacer algo así. En su caso no era tan difícil de acometer, pero en el mío sí era una decisión durísima con unas consecuencias para mí y mi familia, imaginará muy tradicional, que me impedían de ese modo dar un paso de tanta transcendencia. Así que me marché, dejándole desconsolada porque se había hecho unas ilusiones de emprender la huida sin coger nada, con lo puesto, a la buena de Dios, a la aventura, pero contando con que ella tenía la intención de, pasados unos días, pedir a su abuela cierta cantidad de dinero que tenía en fideicomiso de sus padres, lo que por cierto era una barbaridad la cantidad que insinuó. Y eso es todo cuanto puedo decir y les ruego me perdonen ustedes mi comportamiento pero, lo aseguro, no soy un asesino ni sé qué pudo ocurrir para que Pilar desapareciese sin dejar rastro. Puedo añadir que hasta pensé cómo, y motivado por su desilusión, decidió seguir el plan de marcharse aunque sin mí y haciendo cuanto había imaginado en soledad. Es cuanto puedo decir y...

—¡Rodrigo! ¡No sé si he llegado a tiempo! —paró su confesión el coadjutor, levantó la cabeza y observó en la puerta de la sacristía a la persona que había hablado y, con gran preocupación, a los dos agentes de la policía nacional uniformados que le acompañaban.

—¡Jacinto, amigo, en el momento exacto! —contestó Rodrigo, levantándose y acudiendo a saludar a su amigo —Acaba de confesar nuestro cura, aunque yo diría que en un noventa por ciento a tenor de mi radar de interrogatorios. La verdad es que ha estado sereno y pienso que dice cosas ciertas aunque, también te advierto, considero que un diez por ciento se lo ha quedado en el tintero y eso deberéis vosotros apurarlo para saber dónde está la muchacha y, como sabes en estos casos, en algún sitio convertida en polvo. En cuanto al móvil, o más bien sería decir el motivo por el cual decidió hacerle desaparecer, no he llegado a arrancárselo pero, supongo, que nuestro apuesto curita tenía otras sábanas que visitar e, imagino, que menos piadosas que Pilar.

—Es la historia habitual, Rodrigo —habló Jacinto —O sexo o dinero. Es el patrón que siempre se cumple. Bien, me lo llevo y ya te diré si termina por cantar antes que el gallo —concluyó el inspector, ordenando detener al cura, quien se resistió como gato acorralado hasta blasfemando él mismo como cualquier mortal enojado, para luego conducirle los dos agentes hacia el coche policial rumbo a la sala de interrogatorios de la capital donde, pensó Rodrigo en voz alta junto a Pepe y Antonia, de qué manera le echaría a él en falta.

—Rodrigo ¿Llamarás a la abuela de Pilar? —preguntó Antonia minutos más tarde curioseando, una vez se dirigían rumbo al pueblo, mientras su padre conducía.

—No, ni mucho menos, Antonia. Sólo lo haré cuando se encuentre el cuerpo de Pilar.

—Oye, Rodrigo —Pepe también quiso saber —Después de ese nuevo recital que has dado interrogando a Adolfo, quien me ha decepcionado de una forma que no esperaba, no te veo nada satisfecho y eso que has pillado al criminal.

—Sí, Pepe, pero no ha confesado aún. De todas formas, es lógico que le pusiera en manos de mis ex compañeros, puesto que sabrán arrancarle qué hizo con Pilar.

—¿Te inclinas porque ha hecho desaparecer el cuerpo?

—No del todo, Pepe.

—Tú mismo lo has dicho antes.

—Sí, pero no dejo de pensar en esa medalla empeñada. Por lo tanto, Pepe, las piezas están colocadas pero todavía una o dos no encajan. Y eso me incomoda.

—Bien, en cuanto empiece a hablar el cura todas entrarán en su sitio y esto se habrá acabado y, déjame decírtelo, de manera brillante para ti, porque ¿Quién iba a imaginar que Adolfo y Pilar...?

—Yo tampoco, Pepe. Sin embargo, gracias a Antonia y su memoria, le hemos echado el guante.

—¿Qué te gusta dar méritos a todos menos a ti, Rodrigo! —habló Antonia.

—Lo prefiero ¿Sabes? Hasta he dejado que Jacinto tenga una oportunidad, primero porque es amigo fiel y, segundo, por darle una lección a un tipo que tanto a él como a mí nos tenía en la diana. Uno de esos lameculos que se dedican a minar tu nombre ante los superiores.

—Mal día para ese sujeto, Rodrigo.

—Y que lo digas, Pepe. Por mi parte, creo que me tomaré una copita a la salud de mi amigo Jacinto e imaginaré la cara de ese pelota rastrero, en cuanto sepa que tiene en la sala de interrogatorios al más que probable culpable de la desaparición de Pilar.

—Pues eso es lo que esperaba de ti, Rodrigo. Verás, nada más lleguemos al pueblo nos vamos para el Bar de Anselmo, que hoy tenemos comida de la Sociedad de Cazadores. Así que brindaremos con buen vino y en cuanto a la pitanza, chico, vas a probar un arroz con liebre exquisito que, precisamente, me encargo de cocinar.

—No me digas, Pepe.

—Ya verás, Rodrigo. Mi padre es un cocinero de primera y el arroz ese le sale de rechupete.

—Ya me estoy relamiendo, amigos —dijo Rodrigo con una sonrisa de oreja a oreja, para luego comentar los tres sus impresiones sobre el caso y los acontecimientos que habían conducido a su resolución de una manera tan inesperada.

Entre las preguntas de Pepe, quien todavía andaba medio despistado con tanta pesquisa e indicios, y las respuestas a medias respondidas por una avispada Antonia como por Rodrigo, pasó el tiempo raudo hasta que apenas una hora después se encontraban los tres en medio de un barullo de gente en el bar de Anselmo donde, por doquier y entre el guirigay formado, el joven investigador madrileño veía individuos todavía con la indumentaria de color verde camuflaje propia de los cazadores, así como portando todo tipo de complementos que les identificaban como tales. Por su parte, siendo el griterío ensordecedor en aquel maremágnum, Antonia cogió de la mano a Rodrigo y tiró como pudo de él hasta la cocina, donde Pepe estaba ya preparado para llevar a cabo su obra maestra culinaria.

—Vamos a ver, Daniela, Luis, traed los ajos, la verdura y el aceite —dijo Pepe a los dos pinches que él mismo había nombrado y éstos anduvieron diligentes para acarrear cuanto había pedido el guardia, quien ya tenía colocado el mandil y el oportuno gorro de cocinero.

—¡Hombre! ¡Pepe, te veo de chef! —le soltó un individuo recién llegado a la cocina, de idéntica edad al guardia aunque con más pelo y menos panza.

—¡Pedro! Oye, fijate cómo me preparo y no te digo cómo está el personal ahí fuera esperando ese arroz delicioso, que ya mismo va a estar preparado. Por cierto, no te he presentado a Rodrigo.

—Encantado de conocerte y ya era hora, porque me han hablado de ti maravillas —le dijo el recién llegado a Rodrigo.

—Igualmente —respondió Rodrigo estrechando la enorme y áspera mano del amigo del guardia.

—¿Sabes, muchacho? Pedro es nuestro vicepresidente de la sociedad de cazadores —aclaró Pepe, sin dejar de preparar el arroz —y el mejor montero, según dice él, aunque también sabe que soy yo el número uno.

—¡Pepe, me cago en... siempre igual, cojones! Ríndete, porque tú sabes bien que no hay quien me gane a pegarle tiros a los ciervos.

—¡Calla, calla, Pedro! Exageras, hombre, porque recuerda cómo fui yo quien la temporada pasada se llevó ese título.

—Bueno, Pepe, de acuerdo, pero de eso déjame decirte que fue una raya en el agua. No obstante, macho ¡Ojo que ésta te vas a enterar otra vez!

—¿Te has fijado, Rodrigo? ¡Qué buen ambiente! —después de las risas y un par de collejas entre los amigos, el guardia preguntó al joven, quien atendía mudo al cruce de palabras entre los dos camaradas.

—Y que lo digas, Pepe, muy sano y de gente extraordinaria, campechana y amigos de verdad aunque tengáis vuestras diferencias con eso de los tiros.

—Es poca cosa, hombre. Es sólo guasa que tenemos los dos. Aquí lo importante es disfrutar de las monterías y de esos ciervos con los que tenemos carne para todo el año. Exquisita ¿Sabes?

—Bien, sí, Pepe, pero con tantos que acabáis ¿Qué hacéis? Imagino que no os los comeréis todos.

—¿Que no? —contestó con otra pregunta Pepe, añadiendo un falsete cómico a su voz —Hasta el último y no dejamos ni uno. Ya te digo que la carne de venado es un manjar y yo mismo hago unos estofados riquísimos.

—Nada que discutir, porque eso es verdad —le aseguró por su parte a Rodrigo el vicepresidente de la sociedad, quien dio unas palmadas fortísimas a Pepe en la espalda mientras éste regaba con aceite de oliva la paellera —Pero, le tienes que aclarar que no todos en un día.

—Claro, y ya se entiende, Pedro. Es que Rodrigo es un chaval inteligentísimo y ya lo supondría nada más yo decirlo.

—Pues, Pepe, ahí confieso me has pillado.

—¡Mira! —dijo Pedro, invitando a Rodrigo a darse la vuelta y andar unos pasos —Aquí tienes el secreto —añadió después señalando un congelador—

—De acuerdo. Lo entiendo, ahora. Tenéis truco.

—¡Hombre, claro! Si no fuera por esto, a ver cómo íbamos a zamparnos tanto bicho, por muy buena que esté su carne. Se trocean y vamos sacando poco a poco lo magro. Oye, y no veas cómo nos ponemos si además nos bebemos una arroba de vino de la tierra.

—Buen sistema y mejor degustación —dijo Rodrigo.

—Oye, Pepe, una curiosidad —preguntó Pedro al guardia, quien continuaba su tarea al frente de la paellera —¿Este cacharro es nuevo? ¡Coño, qué grande es! ¿Y el otro congelador que había?



—Sí, Pedro, se nota que no cruzas la puerta de la cocina y te limitas a disfrutar lo que sale de aquí. El otro se lo llevó Anselmo hace ya años para su casa y allí le guardábamos la carne. Llegó un momento, me parece que fue el verano de hace dos años que, de tanta que le mandábamos se quedó sin sitio. Así se fijate qué buen armatoste se agenció, donde no hay problema de almacenamiento.

—¡Eso es! —exclamó Rodrigo alzando los brazos.

—¡Hombre, Rodrigo! Parece que has visto marcar un gol al Madrid y luego el árbitro anulárselo —dijo Pedro soltando una carcajada viéndole cómo se llevaba las manos a la cabeza y se daba golpes.

—¡Pero, chico, que te haces daño! —dijo Pepe al verle así, aunque manteniendo una sonrisa el joven en los labios que no entendió.

—¡Pepe! ¡Antonia! ¿Dónde está Antonia?

—¡Aquí estoy! —dijo la muchacha, asomando la cabeza por entre uno de los corrillos de cazadores en plena tertulia a grito limpio que había en la puerta de la cocina.

—¡Anselmo! ¿Dónde está Anselmo?

—Se ha levantado hoy fatal porque ha pillado un constipado de aípa —contestó Daniela, quien acababa de entregar una cabeza de ajos a Pepe —Le ha dado calentura esta noche y ha preferido quedarse en casa.

—¿Sí? —contestó con esa pregunta afirmativa el joven investigador, con una expresión que Antonia tradujo en pura emoción —Pues, es hora que le hagamos una visita y, por cierto, Pepe, Antonia y Daniela acompañadme, por favor. Y necesito un teléfono ¿Dónde hay un teléfono? ¡Mi reino por un teléfono! —gritó hasta que Daniela le dijo dónde estaba y, tras marcar habló en voz muy baja, mientras todos aguardaban sin poder pillar qué decía por la escandalera del bar.

A los pocos minutos, Rodrigo al fin colgó el aparato y les dijo que emprendiesen el camino hacia la casa de Anselmo que Pepe, quitándose toda la parafernalia de cocinero y sin hacer más preguntas viendo la determinación de Rodrigo, amén de hacer caso a la seña de silencio en los labios que Antonia le había hecho, obedeció sin chistar e invitando a todos a subir al coche policial y así recorrer los cinco minutos que les separaban de la casa del dueño del bar; precisamente a escasos metros de la de Pilar, la cual permanecía aún con el sello del juzgado impidiendo su paso.

—Daniela, por favor —pidió Rodrigo a la muchacha, nada más llegar y bajar todos del vehículo —Abre el portón del garaje.

—Mi padre estará arriba —contestó Daniela dubitativa.

—Seguro que baja en cuanto nos oiga —advirtió Rodrigo, dejando a todos aún más intrigados en tanto cruzaban el umbral del portón y penetraban en el garaje.

—¿Qué pasa?

—¡Vaya, Anselmo! Un placer volver a verle —dijo Rodrigo nada más ver cómo el hombre, quien no tenía trazas de sufrir de nada y, tras haberles oído llegar, apareció bajando unas muy empinadas y estrechas escalerillas que conectaban la estancia con la parte superior de la vivienda —Además, es que llega usted a punto.

—¿A punto de qué? —le soltó el tipo a Rodrigo con gesto avinagrado, pero menos maleducado que su desafiante tono de voz.

—De que comience el acto final de esta tragicomedia, en la que usted, amigo Anselmo, resulta ser un protagonista destacado.

—¿Qué dice? No entiendo.

—No se preocupe que, le garantizo, va a entender usted enseguida. Si le parece, y a los demás también, voy a relatarles paso a paso qué ocurrió la noche del día quince de agosto de hace dos años y, para mayor abundamiento en detalles, la madrugada del día dieciséis. Para ello, retrocedamos al momento en el cual Pilar abandona el baile y eso lo comprueban varios testigos. Nada que objetar. Ella se retira a su domicilio cruzando el pueblo en el más absoluto de los silencios. Sin embargo, sólo puso una excusa dado que, de manera previa, había acordado con Adolfo, el coadjutor de la parroquia, encontrarse en su casa. Desconocía la hora en concreto en la que éste aparecería y por eso, al llegar a su domicilio y para aguardarle, se puso a ver la televisión que tenía en la cocina donde hay una puerta trasera por donde, muchas más veces, su amante nocturno accedía a su hogar. Aquella madrugada gozosa la presentía muy especial para ella aunque, al llegar su amado, se convertiría en una de profunda tristeza rompiéndole en dos su corazón. Y esto fue por el rechazo del joven eclesiástico a emprender una huida propuesta por ella, sin más que lo puesto con tal de abandonar la desazón diaria por el miedo a que les sorprendieran en esa relación, la cual ambos entendían como pecaminosa. Ella le insistió al coadjutor ofreciéndole argumentos de peso y uno en concreto, el cual creyó definitivo para convencerle tal si fuese un caramelo como era el fideicomiso que disponía en Sevilla constituido por la colosal herencia de sus padres, y que pediría a su abuela con la seguridad de que legalmente debería aceptar. Era el salvoconducto para una nueva vida, ya liberados ambos de sus ataduras. Sin embargo y contra todo pronóstico para sus ilusiones, el amor oculto de Pilar, desde que se conocieron en el grupo de Pastoral de la hispalense Iglesia de El Salvador, le dio unas tan inesperadas como rotundas calabazas, negándose a dejar su mundo de mentiras, rezos diarios, confesionarios y prebendas sacras. Pilar quedó desolada y su amado, dejando claras sus intenciones y patente también su cobardía, abandonó la casa sumida ella en la pura desesperación. En aquellos momentos de la ruptura definitiva, tanto fue el nerviosismo del joven Adolfo que, al emprender la marcha de la casa, se llevó el breviario de Pilar en la creencia que era el suyo, quedando una prueba pequeña pero crucial en el caso con el poema entre sus hojas que, ella ilusionada, le entregó horas antes para que acudiera a su encuentro furtivo.

—Rodrigo, disculpa que te interrumpa, pero hace un rato la hipótesis no era esa —dijo Pepe bien extrañado.

—Sí, Pepe, antes de que comenzaras a cocinar ese arroz con liebre, el cual pienso saborear a poco que os diga cómo, nada más salir Adolfo, una persona llamó a la puerta de la cocina de Pilar. Ésta le reconoció y, confiada, le dejó entrar. A continuación, esa persona le dijo algo tan grave a nuestra pobre desaparecida que ella no dudó un instante en salir de su hogar y seguirle justo hasta este lugar donde nos encontramos. Sin que mediara más, esa persona asesinó de manera fría y calculada a Pilar y, en un movimiento de maestro, en la senda del crimen perfecto, consiguió que nadie sospechara y, aún mejor, nadie encontrase su cuerpo. Por lo tanto, Anselmo, ha llegado tu hora.

—¿Qué? ¡Pepe, haz algo con este forastero, coño! —el cantinero no daba crédito a la acusación de la que era objeto, buscando ayuda del guardia.

—Rodrigo ¿Estás seguro...? —Pepe, todavía con la sorpresa en el rostro, se arrancó para echarle una mano al amigo.

—¡Anselmo! —Rodrigo volvió a la carga interrumpiendo a Pepe, sin ni siquiera ofrecer una explicación y poniendo contra las cuerdas al sospechoso —¿Quiere que lo haga yo mismo? ¿O prefiere usted decirnos dónde está Pilar?

—¡Este tío está loco, Pepe! —gritó Anselmo con las manos en la cabeza.

—*¡Bien, Anselmo, en ese caso...!* —hizo amago Rodrigo de dirigirse hacia donde estaba.

—*¡Para, coño...!* —contestó en un puro grito Anselmo y, anticipándose a Rodrigo, anduvo hasta situarse junto un arcón congelador que se encontraba en un lateral de la estancia. Luego lo abrió y comenzó a sacar uno a uno los trozos de productos congelados, los cuales fue apilando hasta que se detuvo y lanzó una mirada furiosa a Rodrigo.

—*Anselmo, tenga el valor de seguir* —le dijo Rodrigo, esta vez con voz pausada aunque firme, y en ese momento aquél retiró dos grandes cajas con pescado congelado.

—*Apártese, Anselmo, por favor* —ordenó Rodrigo —*Pepe, ven para acá y Antonia, te lo ruego, no te acerques* —El guardia, con las manos temblorosas, la frente perlada y Antonia con lágrimas en los ojos sin hacer caso a Rodrigo, se colocaron junto a él y les pareció como si el mundo se deshiciese de repente, como si el suelo se hubiera convertido en un líquido denso y les arrastrara una corriente de lodo, magullándoles para luego engullirles en la masa informe que se convirtió.

Rodrigo, sin capacidad para aguantar la emoción, Pepe, temblándole los labios sin querer que se le escapase un sollozo y Antonia, agarrándose con fuerza a su padre para no caer desplomada al suelo, en un silencio que podía ser cortado contemplaron el rostro virginal de Pilar; su cuerpo intacto retenido en el tiempo por el intenso frío, su piel anacarada aún tersa, inmaculada, sus manos contraídas en un último intento por salvar la vida y, rodeándole el cuello, un lazo apretado a modo de testigo de su trágico fin.

—*¡Hijo de puta! ¡Te voy a...!* —gritó Pepe sin que Antonia pudiese reaccionar, llegando hasta donde estaba Anselmo y éste impasible incluso viendo cómo su, antaño, amigo intentaba partirle la cara.

—*¡Quieto, Pepe!* —llegó Rodrigo justo para evitar aquello que al guardia le pedía el cuerpo, consiguiendo que volviera junto a su hija para consolarle sin poder ésta apartar la mirada del cadáver de Pilar, quien aparecía como una bella durmiente de cuento sostenida por el frío glacial de un imperio tenebroso.

—*¿Llego a tiempo?* —todos los presentes, incluido Anselmo, dirigieron la mirada hacia el portón del garaje, absortos ante lo que se había desarrollado allí, donde vieron una vez más a Jacinto acompañado esta vez de más uniformados.

—*Gracias a Dios, veo que te han pasado el aviso al coche patrulla* —muy serio, todavía con el cuerpo cortado, Rodrigo le habló al inspector.

—*He soltado al cura* —contestó Jacinto —*tal como pediste y he venido para acá zumbando pero, chico, de verdad que no entiendo nada.*

—*Pues, Jacinto, acércate* —contestó Rodrigo y su amigo llegó hasta donde estaba. En ese momento, sin desmerecer en nada la impresión causada al guardia o a su hija, quedó paralizado el inspector ante la visión del cuerpo de Pilar, flanqueado por una mortaja blanca de escarcha.

—*Nunca me acostumbraré a esto, Rodrigo* —dijo en voz baja Jacinto todavía sobrecogido, después de permanecer unos segundos con los dedos tapando su boca y respirando a duras penas.

—*Dímelo a mí.*

—*Bien, compañero, aún no sé a quién debo detener, y ni siquiera acusar.*

—*¡Aquí estoy!* —dio un paso adelante Anselmo, colocó las manos juntas y Jacinto fue hacia él con decisión.

—*¿Ha confesado usted?* —le preguntó el inspector de policía, colocándole las esposas.

—*No, pero soy el culpable de eso* —contestó Anselmo muy serio, aunque sin mostrar

*sentimiento alguno y más bien con el rostro hierático para alguien confeso de asesinato, el cual mantuvo una vez Jacinto, junto con un par de agentes, se lo llevaron hacia fuera del garaje.*

*—¡Jacinto! Espera un momento, si no os importa, que hay una cosilla que se me ha quedado atrás—* habló Rodrigo, justo en el momento que pusieron, tanto el propio inspector como los uniformados y Anselmo, los pies en la calle.

*—Lo que digas, compañero. Además que no hay prisa. Oye, y vaya bombazo cuando lleguemos a jefatura en Madrid —comentó Jacinto —Si te parece, ahora aviso a los de la científica para que se vengan para acá y pongan patas arriba todo este sitio. Por supuesto, también al forense para que levante el cuerpo de la muchacha.*

*—Fenómeno, amigo —contestó Rodrigo —De todas formas y, anticipándonos a todo eso, me gustaría pedirle a nuestro Anselmo que explique, me refiero con exactitud, cómo fue su crimen, ahora demostrado de qué manera no tan perfecto.*

*—¿Qué voy a decir? —en su línea de desaire, habló Anselmo —Fui a la casa de esa, le traje aquí y me la cargué. Ya está. ¡Y venga, vámonos para Madrid! ¡Aquí no hay más que rascar, coño!*

*—Anselmo ¿Sabe una cosa? —Rodrigo se le acercó y le habló a un palmo —Sería usted un asesino pésimo aunque, por el contrario, un padre excepcional sólo que, a mi juicio, demasiado protector. Recuerdo lo que dijo justo ayer, momentos después de conocernos cuando se preguntó a sí mismo “¿Qué no haría yo por mi niña?” ¿No es verdad, Daniela?*

*—¡Anda ya y déjale en paz, cabrón, hijoputa, vete de aquí, que sólo has traído ruina, forastero asqueroso! —presa de la furia, Anselmo se echó para adelante y vociferó a un centímetro del rostro de Rodrigo, quien tuvo reflejos para apartarse a tiempo, incluso Jacinto y los dos uniformados haciendo esfuerzos para tirar de aquél.*

*—¿Qué quiere conmigo? —dijo Daniela dando un paso atrás desde donde estaba, para acercarse a su padre.*

*—¡Pepe! ¡Ayuda a mi niña! —soltó Anselmo, esta vez suavizando su comportamiento y cambiando su expresión por una que rozaba la súplica a su amigo.*

*—¡Jacinto! —exclamó Rodrigo al ver cómo Daniela, de manera ágil, salió del garaje a la carrera y Anselmo acompañó aquella acción sorpresiva de su hija, en una clara maniobra de distracción, poniéndose a patatear y chillar con todas sus fuerzas intentando zafarse de sus guardianes.*

*—No te preocupes, Rodrigo —contestó Jacinto sin inmutarse, señalando a su amigo cómo otros dos agentes traían inmovilizada a Daniela, si bien llevándose más de una patada y algún que otro bocado que la joven, atlética y en plena forma, les dio.*

*—Gracias, Jacinto —tomó la palabra Rodrigo —Y déjame que dé conclusión, ahora sí y os lo prometo, al acto final de esta obra con la presencia de nuestra estrella en el papel principal junto al primer actor, aunque debo reconocer que el galán, un atractivo coadjutor, ha sido relevado de la función ya que su culpa no la juzgará la justicia sino su propia conciencia.*

*—Antes, paso a paso, os he ido relatando la secuencia de aquella trágica madrugada pero me quedé a medias aunque, como habéis podido presenciar, a conciencia para que los pájaros no volaran al mismo tiempo. Ya a buen recaudo ambos, recompondré todo yéndonos a ese momento en el cual Adolfo, el coadjutor amado de Pilar, se dispone a abandonar la casa de ésta una vez le había comunicado la decisión de no huir junto a la joven doctora, abandonándolo todo.*

*—Ahí se gesta la tragedia cuando Daniela, quien había acudido a su domicilio donde ahora estamos y tan cercano al de su amiga, observa la secuencia del cura saliendo de la casa de*

*Pilar y luego perdiéndose entre las sombras rumbo al lugar donde estaba citado con ella misma, en el cual Daniela debía esperarle aquella madrugada tal como habían acordado. Pero el destino barajó las cartas para que, previamente y aguardando al cura, Daniela cayera en la cuenta de que había olvidado todo el arsenal de precauciones anticonceptivas y, además, al desplazarse hasta aquí y después al rebuscar en su casa comprobar que se habían agotado. Fue en ese momento, en el cual decidió acudir a Pilar, cuando presenció lo inimaginable para ella. Y es que ver a Adolfo dejar la casa de Pilar le enfureció y de una manera irreflexiva, al descubrir con sus propios ojos cómo se convertía su amiga en rival por los favores de su amante secreto como era el coadjutor, imaginando furiosa que habría sido relegada, tanto aquella noche como todas las demás, a segundo plato.*

*—Eso desquició a Daniela y, en vez de salir de su corazón un enfrentamiento verbal y una enemistad, surgió una ira inconmensurable, un odio asesino que se transformó de repente en un plan mascado en la soledad de la madrugada en tanto permanecía de pie justo aquí, al lado del arcón congelador y comprendió cómo sólo tenía que atraer a su víctima, esperar su momento y acabar con su vida pero, en concreto, con su competencia frente a Adolfo. Para ella fue la solución definitiva contra su inesperada rival y, como seguro predijo, sin una gota de sangre y, más crucial, sin dejar pista alguna que seguir por parte de los investigadores.*

*—Daniela no lo pensó más y fue directa a casa de su amiga. Pilar aún permanecía despierta, con el corazón destrozado por la desilusión de la huida frustrada con Adolfo y, al ver cómo su amiga llamaba a la puerta, le abrió sin hacer preguntas e, imagino, sin ni siquiera poner una mala cara, siempre dispuesta a echar una mano a quien lo precisase. En ese instante, Daniela supo cómo tenía que lograr arrancarle de la casa para lo cual y, os confieso que fantaseo en este asunto, tal vez le pediría su ayuda por una enfermedad grave, pongamos por caso un infarto de su padre. Ya conocíais a Pilar y no dudaría en dejar la casa tal cual, con lo puesto, incluso sin echar la llave, para salir en ayuda del enfermo imaginario.*

*—Daniela había alcanzado la primera parte de su plan con éxito y más cuando la fiesta proseguía, con las calles desiertas, la noche aliada para sus planes y Pilar entrando en este garaje sin sospechar qué conspiración se fraguaba en su contra. Por ello y en este mismo lugar, imagino cómo Daniela le pediría que observara algo en concreto, consiguiendo que se pusiese de espaldas a ella, momento en el cual nuestra fría asesina, asidua de monterías y artes cinegéticas, rodearía el cuello de Pilar con ese lazo que aún se ve en su cuello. Su cuerpo atlético, nada que ver con la delicadeza del de su amiga, le permitió acabar con su vida en esos dos o tres minutos necesarios en el que el corazón deja de latir. Lo demás, amigos, ya os lo imagináis y es que Daniela vació el arcón congelador, seleccionó la máxima temperatura posible y luego colocó a Pilar en su tumba helada. Crimen perfecto, ejecutado con fría precisión y en tiempo record.*

*—Por lo tanto, quitémonos el sombrero ante esta mujer que ha alcanzado la cima en el arte del crimen, si bien les diría que vuelvan a calárselo dado que cometió un pecado de libro y no sola, sino en compañía de su padre. Puesto que Anselmo, su amantísimo padre, manipulaba de manera habitual el arcón congelador, a estas alturas no hace falta que les desvele cómo Daniela, “a posteriori” y estoy seguro haciendo una de sus piruetas dramáticas no teniendo más remedio que confesar a su padre la autoría del asesinato, recibió de él ese perdón que precisaba y, de esta forma, le incorporó a la sociedad criminal que tenemos delante de nosotros ahora mismo, sin que un poco de remordimiento aparezca en sus gestos ni actitudes.*

*—Abundo en el tema dado que es clave en el caso, puesto que Anselmo, en vez de dar cuenta a las autoridades tal como era su obligación, decidió arriesgarse y ocultar la acción de su hija*

*tras escuchar de sus labios lo que acababa de hacer con su mejor amiga y, por supuesto, suplicarle perdón. No es de extrañar este comportamiento del padre, ya que Daniela interpretaría una escena fastuosa haciéndole ver cómo todo había sido fruto de un accidente, sumando una buena ración de llantos y, lo que pesaría más en la decisión a su favor, siendo ella el ojito derecho del cantinero.*

*—No obstante, si les soy sincero, fue algo circunstancial y, como siempre, los ulteriores sucesos fueron movidos por el capricho del destino. Por ello, dado que la sociedad de cazadores, a la cual pertenece el propio Anselmo, no paraba de enviarle carne para su conservación, el arcón congelador pronto se quedó pequeño, con lo que no tuvo más remedio que pensar en adquirir uno de mayor capacidad y, con la excusa de la comodidad para su trasteo en los banquetes de la sociedad, colocarlo en la cocina del bar del pueblo.*

*—E insisto en el hecho de que no tuvo más opción Anselmo porque estimo cómo jamás se plantearía mover el cadáver del arcón, al comprobar cómo día a día la presión sobre las autoridades policiales que la abuela de Pilar mantenía para encontrar a su nieta hacía imposible llevarlo a cabo, mediando incluso multitud de batidas por las tierras adyacentes al pueblo y, de esta forma, el tema no terminaba de enfriarse para, en un momento favorable, deshacerse del cuerpo.*

*—De todos modos, para ese plan había un obstáculo serio y es que la adquisición del nuevo arcón necesitaba un dinero con el cual Anselmo no contaba, dada su desastrosa situación económica. Y para ello qué mejor que financiarlo, estando hasta arriba de deudas y acreedores conforme averigüé en su bar, con la lujosa medalla de oro que había visto colgaba del cuello de Pilar, cuyo valor sería más que suficiente para comprar el moderno y espacioso congelador que completaría el crimen perfecto. Así que Daniela en octubre pasado, y calculo que caracterizada conforme a la fisonomía de Pilar, teniendo en su poder la documentación de ésta birlada aquella noche en su casa, acudió a empeñar la medalla en el Monte de Piedad de Madrid, lo cual fue un claro paso en falso a tenor de mi presencia hoy aquí y tanto ella, una despiadada y cruel asesina, como su padre, una marioneta de sus caprichos y cómplice cobarde, con sendas esposas en sus manos gracias a la providencia.*

*—Punto y final para esta obra donde alguien como Pilar, la bondad personificada, un ser angelical, colmada de virtudes, fue víctima de quien llevaba enroscado el Demonio en su corazón y decía ser su amiga, quien ahora penará por la eternidad haberle quitado la vida y se reencontrará con su amigo surgiendo del fuego, en el cual arderá, al acabar sus días en una celda fría y oscura. Ahora, amigos, baja el telón.*

*—¡Bravo, Rodrigo! —dijo Jacinto dándole un abrazo.*

*—¡Rodrigo, muchacho, enhorabuena! —Pepe se acercó y le dio otro aún más efusivo, incluyendo unas palmadas en la espalda del muchacho que retumbaron en todo el garaje.*

*—Por favor, amigos, necesito hacer una llamada —pidió el joven investigador con la cara desencajada y el color huido de ésta, quien había guardado silencio con la mirada perdida ante las alabanzas recibidas.*

*—¡No, Rodrigo, por favor, no estás bien! Que Jacinto... —le dijo Antonia, quien después le abrazó con fuerza.*

*—No, tengo que ser yo. Es mi obligación, Antonia. Le hice una promesa a esa señora y debo cumplirla —contestó a la joven, a quien después abrazó de nuevo para compartir ambos emoción y lágrimas.*

## EPÍLOGO

Rodrigo, de pie junto al ventanal del despacho que ocupaba en el edificio de oficinas del madrileño Paseo de La Castellana, observó el bullicio que, a modo de enjambre, se extendía a los pies de aquél. Sin embargo no era esto donde centraba su atención, ya que su mente permanecía en esos momentos esclava tanto de los recuerdos como las vivencias experimentadas hacía justo un año; traídas de nuevo al frente de sus pensamientos al hojear la prensa de aquella mañana.

Y es que, a primerísima hora, Antonia le había telefoneado para decirle que no dejara de leer el artículo publicado acerca de la inauguración en su pueblo del Instituto de Educación Secundaria “Pilar Brackenbury” en memoria de ella, perdurando así el recuerdo de ésta entre todos sus habitantes. Cosa que hizo y le llenó de emoción, puesto que la abuela de Pilar, tras su rechazo para cobrar los honorarios y su petición de que éstos más la prima prometida los destinara a la población, se propuso hacer realidad ese sueño de su nieta y, así, contentándole a él.

Y no paró ahí la cosa, puesto que la propia Antonia había logrado que la primera empleada del Instituto fuera Salud, a quien no olvidó en ese momento de procurarle un futuro para ella y sus hijos más pequeños, puesto que el mayor ya se ganaba la vida con su nuevo oficio, habiendo abandonado el mundillo del trapicheo de droga y hasta invitando a una copita a Pepe de vez en cuando, dejando de correr nada más verle aparecer.

Si esto fue nostálgico y emocionante a la vez, no lo fue menos recordar que, como predijo la anciana, su hazaña investigadora salió en las páginas de los periódicos y las televisiones le entrevistaron a cuenta de su brillante resolución del caso, enquistado tanto tiempo sin un mínimo avance que él conjuró con su talento. También tuvo tiempo para reírse para sí y en silencio de la tozudez de la abuela de Pilar, buscando decenas de fórmulas para pagarle sus servicios hasta que se rindió al fin con la excusa del instituto, y más cuando Rodrigo le hizo mención a que su propia situación financiera había mejorado de manera considerable con la publicidad, la cual le habían dado de manera gratuita todos los medios de comunicación y, consecuencia de esto, le comenzaron a llover asuntos para investigar que propiciaron un sustancial incremento de sus ingresos; teniendo ya despacho en un sitio digno, una secretaria y un par de ayudantes que se encargaban de casos que él odiaba, tan rutinarios como sosos, reservándose los de alto copete y dificultad,

—*¿Se puede?* —*escuchó Rodrigo la voz de Antonia desde la puerta, sacándole de sus pensamientos y acudiendo luego aquélla para abrazarle y besarle.*

—*¡Cariño! Pero ¿Qué haces aquí? ¿No quedamos en que te recogería en la Facultad y nos marcharíamos de fin de semana al pueblo? Recuerda que es el homenaje a tu padre en la sociedad de cazadores y, en fin, no podemos faltar a la degustación de su famoso arroz con liebre.*

—*Sí, muy bien, Rodrigo, pero tengo una sorpresa.*

—*Antonia, que te conozco ¿Qué traes ahí?*

—*¿Qué traigo? Pues, míralo bien.*

—*¿Un cheque? Ya tu nombre.*

—*Claro que a mi nombre ¿Crees que tendría esta sonrisa si no fuera así? ¿Has visto el importe?*

—*¡Jesús bendito! ¡Dos millones de pesetas!*

—Como suenan y todo para nosotros. Vamos, que tenemos la entrada del piso.

—Pero, vamos a ver, Antonia ¿Qué? ¿Cómo...?

—Tranquilo, señor investigador privado, que no he cometido delito alguno. Salvo escribir un libro.

—¿El libro? ¿Ese que decías que escribías en tu tiempo libre en la Facultad...?

—Como lo oyes. Bueno, digamos que le he dado otro aire al argumento, pero en resumidas cuentas es tal cual te comenté en su día. Verás, envié a varias editoriales el texto y esta mañana recibí un telegrama para que me presentara en las oficinas de una que estaba interesada.

—¿Sí? ¿Tan pronto?

—Claro, hombre. El caso es que llego, me sientan en un despacho, llega un jefazo muy trajeado con un puro enorme en la mano derecha, se pone delante de mí y me dice, sin más y de manera literal, “señorita, queremos publicar su novela ¿Le parece bien un anticipo de dos millones de pesetas?” Y yo, imagínate, Rodrigo, es que me quedé muda y casi me muero del susto. Pero, tranquilo, que al final me salió un “sí” muy, pero que muy chiquitín, aunque suficiente para que me soltaran ese papelito que ahora mismo voy a llevar al Banco.

—Bueno, no sé qué decir, Antonia, eres, eres, tan, tan...

—¡Bésame, tonto...! —Rodrigo no esperó a hacerlo, abrazarle de nuevo y a continuación mirarle con una de esas caras de extrañeza suyas —¿Y dices, Antonia, que dos millones de pesetas?

—Ya lo has visto ¿No? ¿Por qué?

—Bueno, por nada, pero ¡Qué casualidad! ¿No?

—A mi plín, amor, sólo acierto a ver nuestro nido al alcance de la mano.

—En fin, sí, olvidemos esto y disfrutemos —dijo finalmente Rodrigo sin sospechar, o tal vez sí gracias a su olfato de sabueso, que en el edificio justo enfrente al suyo, en su planta número nueve, la abuela de Pilar, la mujer más terca del mundo, estaba sentada en uno de los despachos charlando con un individuo.

—Y dígame, señor editor ¿Todo ha ido bien? —preguntó la anciana sentada en el despacho, en cuya puerta podía leerse en letras doradas “Ediciones Barataria”, teniendo sentado justo a su frente a un sujeto trajeado, aspirando el humo de un colosal habano.

—Esplendido, señora. De acuerdo a sus instrucciones.

—Eso me agrada ¿La chica ha quedado conforme?

—Totalmente. Le pareció correcto el anticipo por su obra.

—Entonces, misión cumplida ¡Ese jovencito no sabía con quien había dado!

—No entiendo, señora —dijo el editor extrañado.

—Bien, son cosas nuestras —contestó la anciana —Oiga y, en confianza ¿Qué tal el libro?

—¿El libro? Bien, no suelo leer libro alguno, discúlpeme, y menos éste del cual ha pagado usted la edición completa.

—De acuerdo. Por cierto ¿Cuál es el título?

—Pues, con sinceridad, no tengo la menor idea, pero espere que lo busco —respondió el tipo abriendo un cajón y tirando a su alrededor decenas de manuscritos arrumbados —Sí, aquí lo tengo, señora, y se titula “La desaparición de Pilar Brackenbury”.

---